

«Sumérgete en un viaje conmovedor y lleno de aprendizaje, a través de la mirada de un padre que lucha por comprender el autismo de su hijo y descubre un amor inquebrantable.»

Desde tus ojos



M. Markusen

M. Markusen

**Desde
tus
ojos**

Contenido

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[Verónica Castro Rumbo](#)

[Carolina Rasero Gómez](#)

[Amelia Carratalá Moreno](#)

[Montse Sánchez](#)

[Yeya Villa Montiel](#)

[Andreia Lopes](#)

[COLABORACIONES](#)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Primera edición 2023

© M. Markusen.

Todos los derechos reservados.

Safe creative 1256358756214

Instagram [@marcmarkusen](https://www.instagram.com/marcmarkusen)

Portada diseñada por Mari Luz Montes [@marluzmonteskd](https://www.instagram.com/marluzmonteskd)

www.mmarkusen.com

Gracias a todas las familias y asociaciones que han colaborado aportando su relato al final de mi biografía y, sobre todo, a mi mujer por ser tan paciente y ayudarme a comprender a nuestro hijo.

ANTES DE EMPEZAR

Antes de dar comienzo a la lectura de esta autobiografía, debo advertirte que algunas partes podrían herir tu sensibilidad, ya que en ella se mencionan temas delicados como el acoso escolar, el suicidio, la discriminación social y los problemas de conducta graves. Mostrando mi historia y experiencias personales, intento ayudar por igual a aquellas personas que desean ponerse en los zapatos de un familiar o un amigo que está viviendo una situación similar a la mía, y a otros padres de niños especiales para que no se sientan solos e incomprendidos.

Ten en cuenta que todos los hechos que narraré a continuación realmente sucedieron, pero los describiré desde mi perspectiva, y basándome en el sistema médico y ayudas sociales de España. Además, me gusta cruzarme con el humor en cada esquina porque la vida sin él no vale la pena, así que no tomes todo lo que diga al pie de la letra ni tengas en cuenta cada comentario, porque suelo ser una persona bastante sarcástica.

Sin importar el motivo por el cual hayas decidido pasarte por aquí y leer mi relato, sé más que bienvenido. Sentémonos juntos en un gran sofá de piel durante unas horas, frente a una cálida chimenea, acompañados de un café con leche recién hecho, y permíteme guiarte a través de un camino emocionante con pequeñas grietas de dolor y tristeza, y senderos de esperanza y aprendizaje. ¿No te gusta el café? ¿En serio...? ¿Te puedes ir de mi casa?

Es broma.

CAPÍTULO 1

EL DIAGNÓSTICO

Qué responderías si te formulara esta pregunta: "¿Recuerdas cuál fue el día más duro y difícil de toda tu vida?" Estoy convencido de que si encontrases en el desierto una lámpara mágica con un genio dentro, dispuesto a concederte un deseo, borrarías ese instante del historial de tu mente sin dudar. Probablemente, tus recuerdos te producirían un nudo en la garganta, y responderías con la dolorosa pérdida de algún ser muy querido. Un padre que te enseñó a andar en bicicleta y te animó a levantarte de nuevo cuando te lastimaste las rodillas, que te ayudó en los momentos más difíciles y te regaló aquello que tanto deseabas, y al que se le paró el corazón mientras dormía tras varios años de operaciones delicadas. Una madre que solía prepararte el desayuno cada mañana, que se enojaba contigo cuando te desviabas de la rectitud y te ayudó a pagar la entrada de ese nuevo hogar que te haría independiente, pero una de esas mañanas que fuiste a visitarla, había olvidado no solo quién eras tú, tu nombre y tu rostro, sino también su pasado creciendo en el pueblo junto a tus abuelos. Un hermano que te enseñó cuál era la música de verdad y no esa basura que escuchabas porque te lo ordenaba la televisión, te pasaba revistas para mayores a escondidas y te defendió en el recreo de los abusones, y una tarde, volviendo de una fiesta, se marchó para siempre en un desafortunado accidente de tráfico. Incluso, puede que el maldito cáncer se llevara a ese gran amigo íntimo con el que jamás discutiste y con el que fumabas a escondidas cuando tus padres no estaban en casa. Si me apuras, apuesto a que desearías no tener en tu memoria la partida de una mascota que te recibía con dulces, alegres y peludos besos, pero inevitablemente envejeció hasta romper tu alma en un millón de pedazos.

¿Qué respondería yo a esa pregunta? Respecto al día de mi vida en el cual se desgarró mi corazón, tengo muy claro cuál fue, al menos mientras escribo estas palabras sentado en una silla sin acolchado de Ikea y frente a un ordenador portátil destartado al que le faltan varias teclas porque mi hijo las arrancó, y por ello me vi obligado a utilizar un teclado externo. La silla fue muy económica, sí, pero me deja el trasero tan dañado que, al levantarme, camino durante unos minutos con la misma torpeza y lentitud que una tortuga con síndrome de Chiquito de la Calzada.

Se podría decir que mi realidad se transformó en un abrir y cerrar de ojos, y de forma radical con... ¿Me permites una breve pausa para hacer cuentas durante un momento?

Una, dos, tres...

Mi mundo cambió para siempre y sin remedio con cuatro palabras exactas. ¿Cuáles fueron? Te lo contaré. Después de todo, para eso has venido hasta aquí.

Recuerdo aquel día de un soleado y cálido verano, hace ya algunos años, con memoria fotográfica. Tendría que remover cientos de documentos, que están durmiendo dentro de una obesa carpeta guardada en las profundidades de un armario, para darte una fecha exacta. Si te soy sincero, hurgar entre vieja burocracia no me apetece nada. Registros médicos, citas con especialistas, recetas de medicamentos..., y mucho más papeleo que ha exterminado bosques enteros y me produce un intenso dolor de cabeza. Para conocerme más a fondo, te informaré de

que tengo alergia a tres cosas únicamente: "El polen, el bricolaje y la burocracia." Además, rompería el ritmo narrativo de esta biografía.

Fue a finales de la década de dos mil diez, pasado el dos mil quince. Hazme un favor y no te preocupes por el año exacto. Aunque, al decir esto, llega a mi cabeza una absurda pregunta. ¿Cuál sería la manera correcta de nombrar esa década? Puede que... ¿los años diez? En mi opinión, suena mucho mejor que "la primera década del nuevo milenio", sin duda.

En fin...

El día más difícil de mi vida me pilló por sorpresa, y también tiene que ver con una pérdida, la del hijo que creí conocer y al que tuve que volver a descubrir desde cero. No te preparan debidamente para esta situación, la verdad, y llega hasta tu cara veloz y sin avisar, como una bola de nieve estampándose a toda velocidad. Jamás me ha ocurrido algo así, en los alrededores de Valencia capital no nieva nunca, pero supongo que debe ser muy doloroso.

Mi mujer y yo esperábamos sentados pacientemente en la consulta de la neuropediatra a que esta llegara con los resultados de varias pruebas que le hicieron a nuestro hijo. La sala no era muy grande, y el aire acondicionado aliviaba el calor asfixiante del exterior. Nada destacaba. Tenía una tradicional mesa con un ordenador obsoleto y el correspondiente teclado que era pulsado por los dedos índices de los doctores con lentitud a pesar de su avanzado nivel académico. ¿No enseñan mecanografía en la universidad?

Varias estanterías blancas, para variar, guardaban el reposo de decenas de cajas de medicamentos. Por sorpresa y pegada a la pared había... ¿A ver si lo adivinas? Había una camilla y, sobre esta, una ventana reflejaba la danza de los árboles del exterior.

La neuropediatra nos daría una explicación que nos mostraría luz acerca del extraño comportamiento y el retraso madurativo de nuestro pequeño. Entraré en detalles más adelante, pero resumiendo, nuestro hijo Aarón tenía dos años y pocos meses, casi había cumplido tres, y todavía no había dicho ni una sola palabra clara como "papá" o "pandereta verde". Le costaba mucho conciliar el sueño por la noche y se despertaba con mucha energía, aleteaba las manos con ansiedad igual que cuando te quemas al tocar algo caliente, se daba repetidos cabezazos contra el carrito al balancearse, no respondía apenas a su nombre ni a nuestras llamadas de atención, y perdía a menudo la mirada buscando moscas invisibles.

Mi mujer se mordía nerviosa las uñas haciendo chirriar sus dientes, y rascaba su largo pelo con extrema inquietud, ondulado y tan castaño como una catarata de café recién tostado en los campos de Sudamérica.

Así como existen tres cosas a las que tengo alergia, hay otras que considero indispensables para sobrevivir y ser persona: El café...

Básicamente es el café.

Envíame junto a un grupo de desconocidos a una isla desierta sin café, y en pocos días los verás luchando para sobrevivir ante mi acecho como en la película Predator.

Mi hijo, con su pelo corto y moreno como el mío, estaba sentado en su carrito a nuestro lado, riendo y jugando, aleteando las manos y con la mirada perdida. Algo debió ver, algo que yo no localizaba y le hizo gracia. A mí se me pegó la risa. ¿A quién no se le contagia la risa de un niño pequeño? Incluso al peor de los villanos le hace reír ese sonido.

Según dicen los especialistas, la alopecia es hereditaria en mayor medida genética por parte del abuelo materno, por ello, doy gracias al cielo por el día que descubrimos que el padre de mi mujer tenía una melena que ya le gustaría al mismísimo Tarzán.

¿He dicho "descubrimos"? Es una larga historia paralela, muy larga de contar, y que no tiene relevancia con esta, pero sí, lo descubrimos.

Yo no compartía ni comprendía la preocupación tan paranoica de mi mujer respecto a los problemas de Aarón. ¡Seguro que no era para echarle tanto drama! Al fin y al cabo, cada niño avanza a un ritmo diferente, ¿no es así? Al menos, eso me dijeron mis padres cuando les comenté que a su nieto había que hacerle algunas pruebas médicas debido a su retraso madurativo.

—¡Pero qué exagerados son los médicos de hoy en día! —opinó mi padre, algo molesto, gesticulando con sus enormes manos forjadas tras toda una dura vida preparando barras de pan artesanales, y con su agravada alopecia heredada de mi abuelo y que yo, para mi desgracia, también heredé—. En mis tiempos no te llevaban al médico para comprobar bobadas así; cada niño avanza de una forma distinta. ¡Mírame a mí, por ejemplo! ¡No hablé hasta que cumplí tres años!

—Papá, me parece que estás exagerando bastante —sugerí—. ¿Seguro que no hablaste hasta tan tarde? Me da la impresión de que te lo has inventado.

—¡Que sí, que te lo digo yo! ¡No hablaba nada! —insistió—. Bueno..., quizá sí hablaba, pero no muy bien. Chapurreaba raro.

—Papá, hablar raro sí es normal, y para solucionar ese problema se lleva a los niños a un especialista llamado “logopeda”.

—Sé qué es un logopeda, hijo —aclaró, ofendido—. No me tomes por tonto.

—Juan, los médicos sabrán lo que es mejor para tu nieto —le interrumpió mi madre—. Si le tienen que hacer algunas pruebas al niño, debe ser porque han visto algo que no les cuadra. Aun así, hijo —se dirigió a mí—, tú siempre fuiste un niño muy despistado y también te perdías en la luna de Valencia.

Es una expresión de esta zona. Significa que te distraes fácilmente con cualquier cosa.

—Pero, mamá, yo hablé muy pronto y muy bien, y tú lo sabes —comenté—. Me dijiste que con apenas un año era capaz de decir: "Mamá, necesito ir al váter para hacer popó o mancharé el pañal, por favor" —recordé, con acento señorial.

—Es posible que exagerara con la pronunciación y la forma de pedirlo —como toda madre cuando describe a su hijo ante un grupo de amigos—, pero sí es cierto que hablaste de manera muy prematura.

—Que le hagan las pruebas y a ver qué pasa —sugirió mi mujer—. Hay que descartar todos los problemas que pueda tener el niño.

—Eso está claro —coincidió mi padre.

Recuerdo claramente las visitas de rutina a la pediatra, donde íbamos para que administraran las vacunas y revisaran a Aarón. En esas ocasiones, mi mujer solía señalar ciertos comportamientos de nuestro hijo que la desconcertaban. Sin embargo, la pediatra, en lugar de considerar la posibilidad de un problema, solía descartar sus preocupaciones de manera categórica.

Sus comentarios solían ser así.

—Estas mamás modernas siempre están preocupadas por todo. Cada niño sigue su propio camino de desarrollo, no es necesario obsesionarse tanto.

Volviendo a la consulta del neuropediatra, en el interior de mi cabeza yo estaba igual que mi hijo; desconectado de la realidad y sin dar importancia a nada.

—¿Qué crees que habrá visto Aarón que le ha hecho tanta gracia, cari? —pregunté a mi mujer.

Suelo llamarla “cari” o “teta”. Lo segundo no tiene nada que ver con..., ya sabes qué. Es una expresión valenciana que refleja cariño o amistad, y también la usan mucho los amigos. La verás pasar bastante por esta biografía.

—No lo sé, la verdad —respondió—. Ahora mismo no tengo la cabeza para pensar en qué

hace reír a mi hijo.

Mi Pitufito aleteó sus brazos como si bailara sevillanas y gritó con una sonrisa porque sí, otra vez.

—¡Olé, mi niño! —jugué con él, copiando su baile e imitando un acento andaluz de una manera cutre y ridícula—. ¡Qué arte, "illo"!

¿Qué tal se me da bailar sevillanas? Para que te hagas una idea: imagina a Lola Flores, invierte su nivel al máximo opuesto y adjunta mucha vergüenza ajena. A ese despropósito, añádele una falta de sincronización preocupante y la falta absoluta de talento para mover el esqueleto.

A mí no me echaban de las discotecas, directamente me ponían una demanda.

—Aarón no está bailando, mi amor —opinó mi mujer—. Repetir esos gestos sin parar no es normal.

¿Por qué estaba tan preocupada Vanessa? Yo solo quería que entrara de una vez la neuropediatra, nos dijera que todo estaba en orden, y nos fuéramos a casa.

—Teta, de verdad. Cálmate —le pedí—. Todo está bien, ya lo verás. Lo que tiene nuestro hijo no es más que un simple retraso madurativo. A muchos niños les sucede lo mismo.

Me miró con ojos tristes y suspiró.

—Ojalá tengas razón, cielo, pero mi instinto me dice que algo en mi pequeño no marcha bien.

Aparte de morderse las uñas y tocar impulsivamente su pelo, mi mujer tenía el clásico tic en el pie que le hacía tambalearlo arriba y abajo, como si impulsara el pedal de una antigua máquina de coser invisible.

—Díselo a mamá, tete. ¿Qué has visto que te ha hecho tanta gracia? —pregunté a mi hijo.

¿Lo ves? Te dije que aquí es natural llamar “tete” a tu hijo, amigo, vecino o pareja.

Él no contestó, ni siquiera proyectó sus ojos hacia mí. Siguió a lo suyo, buscando un misterio oculto que revoloteaba por la consulta y no pude localizar.

Reconozcámoslo. A los dos años y medio no decir ni una sola palabra no es normal. Me negaba a admitirlo. Pero no nos adelantemos en la historia y vayamos pasito a pasito.

Hasta llegar a este instante en la consulta del neuropediatra, mi mujer y yo pasamos a nuestro hijo por mil pruebas médicas. ¿Alguna de ellas debía darnos una respuesta! ¿Por qué nuestro Pitufito no hablaba y tenía esos impulsos tan extraños? Caminaba perfectamente y aprendió a comer solo, pero claro, se supone que esas son cosas que un niño de dos años debe saber hacer sin ningún problema. Aun con esos dos progresos, Aarón no tenía intención comunicativa. Es decir, no se comunicaba de ninguna manera. ¡Pero en ese punto los médicos estaban equivocados! Mi hijo sabía expresar lo que sentía, al menos cuando se trataba de comida. Le encantaba zampar, y eso es algo que no ha cambiado en la actualidad.

Por contarte una anécdota divertida.

No se me da mal cocinar, la verdad. No ganaré una estrella Michelin, eso es seguro, aunque me apaño bastante bien en la cocina. Sin embargo, admitiré que ese día la tortilla, por factores del destino, me salió de pena. La emplaté y la coloqué ante los ojos de mi hijo, que esperaba su cena con entusiasmo, sentado en su puesto del comedor. Pinchó un trozo, lo introdujo en su boca y, tras masticar con pocas ganas, me miró fijamente, sin pronunciar palabra. Cogió mi mano, la abrió, y depositó sobre la palma el trozo de huevo batido pasado por la sartén a medio masticar. Si algún día se convierte en crítico gastronómico y le hace eso a un chef, le hunde la vida.

Regresemos a la consulta.

¿Por qué no hablaba todavía? Pensé que, quizá, mi mujer y yo le estábamos dando demasiadas vueltas a la cabeza y simplemente era un niño algo tímido.

Sí, eso debía ser.

Sus oídos funcionaban bien, solo que él ignoraba nuestras palabras porque le daba la gana. Días antes de esto, le hicieron una prueba de audición con un aparato en la cabeza que nos costó horrores y batallas colocarle. Aunque era pequeño, solo tenía dos años largos, era fuerte como un vikingo levantándose con el pie izquierdo. Hizo falta la ayuda de dos auxiliares para sujetar el casco extraño en su cabeza mientras mi hijo se zarandeaba con violencia y chillaba a pleno pulmón.

Ponte en la piel de Aarón por un instante. Varias personas desconocidas con ropa blanca y tu padre te dicen palabras que no comprendes, y te obligan a tener puesta en tu cabeza una cosa extraña que te molesta. Lo único que deseas es quitártela, cómo sea, pero cuanto más lo intentas, más aprietan.

Suena horrible, ¿verdad?

Pero si esa experiencia te ha parecido dura, espera un momento, porque lo peor estaba por llegar. Un par de semanas después, le hicieron otra prueba. Esta vez, para comprobar su actividad neural, o algo así se trataba. No soy médico, así que no me preguntes. Aarón tenía que estar dormido para que los resultados fueran los correctos. Le colocaron un gel pringoso en el pelo, similar a la gomina, y un casco lleno de cables que a mí me recordó al que le ponían a Alex en aquella mítica escena de La Naranja Mecánica. Tras una hora, otra vez, de forcejeo, lloros y gritos para que no se lo quitara, se calmó y se durmió gracias a unos vídeos que puse de Pocoyó en YouTube. Esta segunda vez, estuve a solas con él durante todo el proceso.

Pudieron hacerle las pruebas necesarias y los resultados fueron aceptables, pero esta experiencia fue horrible para ambos y, de todo corazón, no se la recomiendo ni a mi peor enemigo.

Este día, tras un par de semanas, tendríamos el veredicto final.

Mi mujer era la pesimista y yo el típico que solo sabía decir: "Ya verás como todo está bien. Hacen estas pruebas para descartar posibles problemas, y nada más."

—Cielo, ¿qué te pasa? —pregunté a mi mujer—. Te lo digo en serio; debes calmarte. Él no es sordo ni nada de eso. Mira a tu hijo y lo comprobarás. —Chasqueeé los dedos y Aarón, sin dejar de reír, giró los ojos hacia mí y, al segundo, volvió a perderse en busca de la mosca ninja—. ¿Lo ves? Me ha escuchado.

—Vamos a esperar a los resultados de la neuropediatra y a ver qué nos dice del niño —sugirió mi mujer.

La puerta de la consulta se abrió y la neuropediatra entró con un característico uniforme blanco, unas grandes gafas y cargando una carpeta amarilla rellena de papeles. Era joven, de unos veinte años, y muy educada. ¿Con cuántos años termina la carrera una neuropediatra? Parecía una niña y todavía olía a universidad. Apartó su silla y se colocó en su puesto, frente a su ordenador de la década pasada.

—Disculpad el retraso, pareja, estaba recogiendo vuestros resultados —nos explicó.

—Tranquila —dije—, no se preocupe.

—Tutéame si quieres —bromeó—. Todavía soy joven.

—Más que yo, seguro, que tengo casi cuarenta años.

Ambos reímos, pero mi mujer no pronunció ni una sola palabra ni expresó ningún sentimiento. Continuaba machacando sus pobres uñas a golpe de hincada dental.

—Te veo algo nerviosa, Vanessa —se fijó la neuropediatra—. ¿Quieres que te traigan algo para que te tranquilices?

—No hace falta, estoy bien —respondió mi mujer—. Es solo que me preocupa mi hijo.

—Te comprendo, y es normal. —La neuropediatra carraspeó y abrió la carpeta. Ojeó varios

folios y frunció el ceño—. La buena noticia, chicos, es que los resultados de las pruebas que hemos realizado a Aarón son normales. Vuestro hijo no tiene problemas auditivos ni de actividad cerebral.

—Entonces, ¿quieres decir con ello que hay una noticia mala? —preguntó mi mujer.

A continuación, la dolorosa frase de la pediatra llegó a mis oídos como un martillazo de Super Mario sobre la cabeza de Donkey Kong, como una estaca clavada en el corazón de un vampiro o como una jarra de agua helada mientras duermes. Lo último, aunque sea en broma, molesta mucho. No se lo hagas a nadie jamás, por favor. Y lo anterior, lo de la estaca en el corazón... Si tiene los colmillos demasiado grandes y lo ves bebiendo sangre de forma regular, puede.

—¿Sabéis qué es el autismo? —lanzó la doctora.

Rectifico lo que te dije al principio de la biografía. Las peores palabras que escuché en toda mi vida fueron cinco.

—¿Autis... qué?! —pregunté.

—Intuí que algo malo le pasaba a mi niño —susurró mi mujer para sí misma.

Hasta ese instante, la poca idea que tenía acerca del autismo había llegado a mi cabeza como ligeras gotas golpeando mi calva en un día con lluvia escasa.

—Un momento... ¡Mi hijo es autista, qué guay! —exclamé con alegría y con una estúpida expresión de entusiasmo—. ¡Eso significa que Aarón es un niño superdotado, ¿no?!

Mi mujer, con su pelo castaño, largo y ondulado, me miró con ojos húmedos y tristes. Posó su mano sobre mi hombro.

—Cariño, eso no es así —me indicó.

A mí me extrañó su tristeza. ¿Cómo podía ella estar a punto de llorar? ¡Aarón era más inteligente que la media!

—Por supuesto que sí lo es, teta —corregí—. ¡Mira a Sheldon Cooper, el protagonista de Big Bang Theory! Él es autista y tiene un doctorado en física teórica. He visto a niños autistas que son maestros del ajedrez. ¡Incluso dicen que Messi, el jugador de fútbol, es autista!

No me gusta el fútbol. De niño sí, pero ahora...

—Para empezar, lo que tiene Sheldon Cooper es síndrome de Asperger —rectificó la doctora—. El trastorno del espectro autista es muy amplio, Marcos. Cada niño es muy distinto del otro y no hay dos iguales. Algunos, efectivamente, son superdotados y desarrollan altas capacidades, pero otros, por desgracia, ni siquiera adquieren la capacidad de hablar y dependen mucho de la ayuda de terceros para realizar sus tareas.

Hasta ese segundo, tenía arraigada en mi mente la idea de que mi hijo sería el primer hombre en visitar Próxima Centauri, nuestro sistema solar vecino, o sería el inventor del coche volador que aparece en la película "Regreso al Futuro". A día de hoy..., mi único deseo es que mi hijo sea, en la medida de lo posible, una persona independiente y feliz, y que yo sea un padre lo suficientemente capacitado para ayudarlo a avanzar, algo que no siempre logro.

En estos duros momentos, te das cuenta de que aquello a lo que dabas mucha importancia, quizá no la tenía tanto después de todo. Conozco a varias parejas de padres que se obsesionan con darle una dieta perfecta a su hijo para que tenga una salud exagerada, pero no se dan cuenta de que, al crecer, comerá lo mismo que coman sus amigos para no ser rechazado por el grupo. Otros padres se vuelven locos con que aprenda inglés, cuando es probable que, pasados unos años, se ponga de moda el chino o el coreano. ¡A saber qué idioma será más importante en el futuro!

Desean vestirlo con la mejor ropa del momento, o comprarle los juguetes más educativos y caros de la tienda, aunque, paradójicamente, estén fabricados con cordones, cables y zapatos

baratos vendidos en un mercado rural o recuperados de un basurero. Todo eso, ¿para qué? Tu hijo se conforma con que saques lo mejor de ti y le regales un padre excelente. Anhelan transformarlo en un ser perfecto, como si fuera un muñeco al que exponer al público o un logro personal que no alcanzaron en su infancia, y un niño no es un trofeo. Creen que hacen algo bueno por su futuro, pero su futuro no se puede forjar y, queramos o no, lo decidirán ellos por su cuenta por mucho que se lo intentemos imponer. Por otra parte, conozco a personas que durante su infancia se dejaron llevar por las imposiciones erróneas de sus padres y ahora son dueños de un negocio infeliz, pero esa es otra biografía paralela que no tiene nada que ver con esta.

Me vas a tener que disculpar. He sido descortés y no me he presentado. ¿Eres hombre o mujer? Te llamaré de forma neutral a partir de ahora, ¿de acuerdo? Veamos. Qué te parece... *Acompañante*. ¡Ey, no suena nada mal! Al fin y al cabo, vas a recorrer esta historia a mi lado.

Pues ya tienes un nombre.

¡Ojo! Olvídate de "compañere" o "amigue"; esta biografía no trata de política. Trata de mí, de un idiota cuyo ejemplo a seguir era Luke Skywalker y que un día se dio de bruces y sin frenos con algo desconocido. No soy un príncipe británico que renegó de su sangre real, ni una actriz atrapada en el pasado que adoptó al bebé de su hijo. Soy un hombre como cualquier otro, endeudado y del montón, y con un camino difícil, lleno de obstáculos, que desea ser escuchado y con el que, quizá, puedas aprender a ser una mejor persona. Apuesto todo el pelo que me queda en la cabeza, que no es mucho, a que conoces a un amigo, una hermana, un paciente, una cliente o un hijo que pasa o ha pasado por un momento similar a este, y espero de todo corazón que mi relato te sirva, no solo como entretenimiento ya que, al fin y al cabo y en parte, para eso sirve la literatura, espero que comprendas mejor su situación y seas la mano que le asista durante el duro recorrido que es la vida. Puede que tú mismo estés enfrentándote a un dolor parecido y te sientas incomprendido y desamparado. Déjame mostrarte que no estás solo y que tus errores, muy probablemente, los he cometido también yo, así que aprendamos a avanzar juntos.

¿Existen historias más dolorosas que la que vas a escuchar a continuación? Por desgracia, sí. Pero esta es la mía.

Permíteme carraspear levemente y presentarme. Me llamo Marcos Domínguez Iniesta, nací un seis de mayo en Valencia, España, en el año mil novecientos ochenta y tres, y mientras escribo estas líneas tengo cuarenta años. Y por si te lo estás preguntando... Sí, soy pariente lejano del futbolista que marcó el gol de la victoria contra Holanda en el Mundial de fútbol de Sudáfrica. Mis abuelos eran de Fuentealbilla, del mismo pueblo que el jugador, y según testimonios de mi madre, que ya le gustaría tener sus conocimientos a la Wikipedia, su tatarabuelo y mi bisabuelo eran hermanos, o eso creo recordar. Es decir, él y yo somos primos sextos o algo así. No te entusiasmes, *Acompañante*, porque aparte de la avanzada alopecia, no hemos coincidido en nada más. No tengo su talento para el fútbol ni me apasiona tanto, y tampoco su abultada cuenta corriente.

No pienses cosas raras con la palabra anterior a 'cuenta'.

Emoticono pícaro.

¿A qué me dedico? Pues, aparte de ganarme la vida trabajando igual que cualquiera durante ocho o nueve horas al día, llenándome la ropa de grasa y suciedad, soy escritor independiente.

Ahora te preguntarás: Si tengo un empleo a jornada completa, un hijo autista y una casa que mantener, ¿de dónde saco el tiempo para escribir mis novelas? ¡Gracias por interesarte, *Acompañante*! Eres muy amable. Es un tema que me preguntan mucho, ¿sabes?

Bueno... Para empezar, no fumo, y por ello habría que tener en cuenta que esos cinco minutitos del cigarrillo, los empleo en escribir. Tampoco soy de ir al bar a tomar nada, no me

gustan, y detestarlos me otorga otros minutos más durante el café de la mañana. ¿Y por la noche, antes de dormir? ¡Nada de jugar a la videoconsola todos los días! Con tres o cuatro horas de La Leyenda de Zelda tengo suficiente a la semana. El resto del tiempo, ¡a escribir! Por consiguiente y teniendo en cuenta que una novela tiene entre sesenta o setenta mil palabras, si echamos cuentas...

¡Me voy por las ramas!

Me vas a tener que disculpar, porque es algo común en mí. Ya lo irás viendo.

Como te decía, me llamo Marcos y quizá me conozcas por mi seudónimo de autor, Marc Markusen. Utilizo un seudónimo porque Marcos Domínguez..., no sé a ti, pero a mí me suena a marca de cosméticos de lujo o de ropa elegante para gente pudiente. ¿De dónde vino el seudónimo? Un amigo mío, cada vez que me veía, me daba una palmada en la espalda y me gritaba...

—¡Marc Markusen!

Casi caía al suelo con cada palmada. Era un buen amigo, pero sus brazos eran grandes y mi espalda... Dejémoslo en “normalita”.

—¿Quién narices es Marc Markusen? —pregunté.

—Un atleta rumano. Ganó muchas medallas en las olimpiadas.

—¿En qué disciplina?

—Atletismo, creo...

Según Google, esa persona no existe, pero de esa bobada surgió mi apodo.

Volviendo al quid de la cuestión y para que comprendas lo que supuso para mí la noticia del autismo de mi hijo, te contaré la poca o escasa relación que yo tenía con esa condición.

Empezaré por el principio de todo.

Cálmate, *Acompañante*. Puedes relajarte en el gran sofá de piel, la cama de agua, la nave espacial que está siendo atacada por extraterrestres, el bloque de piedra capaz de viajar en el tiempo o dondequiera que estés leyendo este libro, porque te prometo que no utilizaré el recurso narrativo de La Casa de Papel y no habrá un flashback cada cinco minutos para explicar y resolver la trama. Para tu tranquilidad, la de mi cerebro y la del inventario de Ibuprofeno que me queda en casa, iremos por orden cronológico.

CAPÍTULO 2

AQUELLOS MARAVILLOSOS AÑOS OCHENTA

Para empezar, romperemos el espacio y el tiempo para retroceder hasta la esplendorosa e incomparable década de los años ochenta.

¡Ay! ¡Qué época más maravillosa, ¿verdad?! Sin duda, fue la mejor, al menos para los que la vivimos y sentimos en nuestras carnes. El aire era muy distinto al de la actualidad. Los videojuegos dieron un gran salto evolutivo con la llegada de Nintendo a los hogares de algunos niños. Hasta que no cumplí nueve años, no tuve la primera videoconsola que pude considerar mía, la inimitable NES de ocho bits. En realidad, no era inimitable, había cientos y cientos de copias chinas a mitad de precio, ¡pero para mí, era única! Me la regaló mi tía por mi comunión, fusionando ese regalo con el de mi cumpleaños por la proximidad de las fechas. Ese día era tradición colocar los regalos en la cama para mostrárselos a los invitados que venían a casa para ver tu traje de marinero o, en mi caso, almirante. ¿Un marinero raso, yo? ¡Por favor!

Los parientes lejanos que no sabían qué regalar traían un estuche. Treinta y cuatro estuches gané ese día. Mi padre me ordenó que, si me preguntaban cuál era mi regalo favorito, algo que fascinaba hacer a las parientes más ancianas por el simple hecho de fastidiar, respondiera que todos me gustaban por igual.

Desde aquí te digo una cosa, papá. ¿Cómo vas a comparar una Nintendo de ocho bits con un estuche de colores Carioca?

Al pasar unos pocos meses, salió a la venta la Super Nintendo, el doble de potente y por el mismo precio.

Yo y mi suerte.

Es sarcasmo.

Pero esto pasó en los noventa. En los ochenta tenía un ordenador que se enchufaba directamente al televisor y cargaba los juegos con un casete, haciendo sonar un horrendo e insoportable ¡Pi, pi, pi!

No queda tan mal cuando lo lees.

Imagina que te pitan los oídos, pero a lo bestia, *Acompañante*, hasta dejarte casi sordo. Pues era algo así.

¿No sabes qué es un casete? No es nada importante, solo una cosa de viejos.

¿Para qué te cuento este tostón y qué relevancia tiene en la historia? Vamos a conectar cuando te hable de momentos muy importantes de mi vida y así, al menos, sabrás cómo soy. Tómalo como una conexión literaria y espiritual entre dos personas desconocidas.

¡Guau! Qué profundo y hermosamente bonito ha quedado, ¿no te parece?

Retomemos los años ochenta.

La animación japonesa también explotó en esta década en España con grandiosas series como Dr. Slump, Los Caballeros del Zodíaco y, por encima de todas, la incomparable Dragón Ball. Los efectos especiales generados por ordenador emergían en el cine, las *sitcoms* de familias afroamericanas dominaban la televisión a la hora de la comida, y La Ruta del Bakalao hizo estragos en toda una generación por el consumo sin control de algo que no se puede mencionar

en esta biografía. ¿O los efectos por ordenador y las *sitcoms* fueron más bien de los años noventa? Consultaré estos datos en Google antes de llegar a esa década.

Por aquel entonces, yo tenía alrededor de cinco años. Aparte de sentirme orgulloso por, de una vez por todas, dominar mi vejiga y ser capaz de no hacerme pipí en la cama, empecé a ser consciente de mi propia existencia y pude almacenar recuerdos, y entre esos flashbacks todavía perdura en mi cabeza un niño bastante curioso.

Yo iba, como marcaba el protocolo social, a la preescolar. ¡Pero ya tenía grandes aspiraciones para el futuro! Aunque pronto fueron frustradas por mi madre al explicarme que no podía ser piloto del Halcón Milenario porque ya era propiedad de Han Solo y, además, él no vivía por la zona. Cambié mis aspiraciones y decidí ser un arqueólogo aventurero famoso como Indiana Jones. Así que ¡a cumplir con mi deber y aprender mucho para buscar libremente tesoros en el futuro!

Qué bonita es la ignorancia de un niño, ¿estás de acuerdo?

Tenía un compañero que recuerdo bien. El chico llevaba puesto un parche en un ojo, de esos que se ponían para el “ojo vago”. Su pelo era largo, oscuro, grasiento y despeinado, y siempre tenía la mirada perdida. A pesar de tener mi edad, todavía iba a la guardería junto a los pequeños de tres años con los que compartíamos centro. Si lo comparábamos con sus compañeros, el chico resaltaba como un titán gigante, corriendo y saltando sin control.

A mis compañeros y a mí nos enseñaban lo básico para adaptarnos a la sociedad; a leer, a escribir un poco, a dibujar árboles hechos con dos palos largos y muchas espirales, o a pintar pájaros haciendo una uve gigante, plagando todo a posteriori de pegatinas cuadradas de diversos colores. Dichas actividades eran muy productivas y esenciales para nuestro futuro. Después, estaban las casas, algo más complejas y elaboradas, pero que todos los niños hacíamos exactamente igual. Constaban de dos ventanas con una cruz en el centro, separando el cristal en cuatro partes, y un tejado forjado con un triángulo colosal. No recuerdo que en mi barrio hubiera una ventana o un tejado con esa forma tan bizarra. ¿Cómo llegó a la cabeza de mis compañeros y la mía ese tipo de vivienda? ¿De los dibujos animados? Es posible. El caso es que a él no le enseñaban lo mismo que a nosotros, ni siquiera el mítico y legendario “Mi mamá me mima”, o la canción ganadora de un disco de platino, “Hola, don Pepito. Hola, don José”. No. A él lo dejaban ir a su aire.

Algo en mí se fijó en ese niño. Yo no comprendía por qué, con lo que destacaba su masa corporal comparándola con la de los demás de su clase, él no jugaba en nuestro recreo con nosotros y lo hacía tras la valla con los demás alumnos más pequeños. Llamaba mi atención continuamente al diferenciarse de sus compañeros, por ello lo sigo recordando todavía.

¿Por qué no venía a nuestra clase o jugaba con nosotros? Les formulaba esta pregunta a mis compañeros, sin embargo, ellos no tenían una clara respuesta para esa cuestión. Estaban distraídos con tareas tan importantes y necesarias para el proceso madurativo como comerse los mocos, chupar arena, aprender a escupir o tirar de las coletas de las niñas. Un día, me envalentoné, me ajusté la batita blanca con líneas azules y mi nombre bordado, y le pregunté acerca del asunto a una de las profesoras.

—Zeño... —saludé, muy intrigado—, ¿quién *e eze* niño y por qué no *huela* con *nozotro*?

Yo no ceceaba, ¿vale? Lo escribo así para darle un toque más infantil a la narración. No te rías, por favor; cecear no es gracioso.

—¿Cuál? ¿Ese grandote que está ahí, jugando con los pequeños? —señaló la *zeño* al chico del parche en el ojo—. Es que... ese niño no está bien. No sabe jugar a vuestros juegos y tampoco habla todavía.

Ese niño no está bien...

Es un niño un poco raro...

Es una persona diferente...

No te acerques nunca a él...

No le gustan las personas...

Cuando eres tan pequeño y escuchas esas palabras, tu cerebro absorbe esa información como una esponja y automáticamente, sin ninguna mala intención, relacionas a una persona discapacitada con ese “no está bien”. Por suerte, parece que los tiempos cambian, o eso se suele decir.

¡Ay, los ochenta! Con sus maravillosos televisores con solo dos canales, al menos, a principios de la década, y sus casetes de música copiados sin piedad. Todavía recuerdo la mezcla del olor a sobaco de crianza y tabaco concentrado que impregnaba los asientos de piel de los trenes, a laca barata intoxicando a los invitados en las bodas, y a puro de jubilado mezclado con litros de lejía en los bares. También recuerdo que solo había un tipo de niño discapacitado o, por lo menos, eso era lo que nos enseñaba la sociedad: El subnormal.

Suena fatal, ¿a que sí? Por suerte, esa definición ha quedado, por motivos más que obvios, obsoleta. Pero si viajáramos en el tiempo, esa definición sería la forma coloquial de indicar que alguien tenía síndrome de Down, incluso se les denominaba de este modo por televisión, y no estoy bromeando. Después estaban los llamados “niños tontos” o “retrasados”. No diré más definiciones; las puedes intuir.

¿Que un niño no quiere estudiar? Pues déjalo en paz, es algo tonto y un negado en los estudios. En unos años, a “currar” con su padre en la carpintería o en el taller.

¿Que un niño no deja de moverse? Eso es porque ha salido igual que el idiota de su padre; es nervio puro y un culo inquieto.

Escuché esta definición en boca de muchas madres, y no estaban precisamente separadas. Qué curioso, ¿verdad?

¿Que el niño es bueno en los estudios, pero extremadamente tímido en clase? No os preocupéis, es que él siempre ha sido muy suyo.

Y así, excusa tras excusa, los padres etiquetaban a sus hijos como lo decidía el sistema establecido en vez de hablar con ellos o intentar comprender si existía algún tipo de problema que requería su atención.

En el centro escolar pasaron los días, y en uno de esos, no recuerdo cuál, porque bastante hago con recordar lo que pasó teniendo en cuenta que sucedió hace más de... ¿Cuándo estás leyendo esto, *Acompañante*? Resta mil novecientos ochenta y ocho al año en el que estás.

Continúo.

Uno de esos días, se acercó a mí el niño del parche en el ojo. Personalmente, me alucinaba y quería ponerme uno igual porque le hacía parecer un temible pirata. Creo que ese día el centro escolar celebraba algún tipo de fiesta, o algo así, porque mezclaron a los niños de todas las clases y edades. El pequeño pirata se acercó a mí y me miró fijamente, inexpresivo.

—¡Hola, niño! ¿Cómo te llamas? —saludé moviendo mucho la mano, y él no contestó. Seguía mirándome sin parpadear—. Me ha chivado la profesora que no sabes hablar. ¿Eso es cierto? —Nada, no contestó. Yo era demasiado pequeño para intuir que si este niño no hablaba, no podría responder a mi pregunta, por eso insistí para comprobar si mi nuevo amigo era capaz de decirme algo—. Me gusta tu parche. Es muy *molongui*.

Expresiones de los años ochenta, ya sabes.

Él no dijo nada ni reaccionó, solo me miró. Nunca escuché la voz de ese pequeño, aunque sí

sus gritos y gruñidos. Mi joven mente se negaba a creer que el pequeño pirata no supiera hablar y llegué a pensar que simplemente era excesivamente tímido y nos estaba tomando el pelo a todos para librarse de hacer los deberes y poder jugar durante todo el día.

Yo sostenía una pelota con mis manos y se la pasé. Él, sin expresión alguna, ni buena ni mala, la cogió. Miró la pelota y después, con la boca ligeramente abierta, me miró a mí. Con paso lento, se marchó.

No volví a saber nada más de él.

Hoy en día, tras las actuales experiencias con mi hijo, recordé al pequeño del parche y comprendí que el trastorno que padecía era autismo no verbal.

¿Qué es un autista no verbal? Por alguna misteriosa razón que la ciencia todavía desconoce, algunos niños autistas nunca llegan a desarrollar la capacidad de comunicarse hablando. Varios lo logran en algún momento tras mucho esfuerzo y práctica, y otros, a pesar de las tareas diarias, las sucesivas repeticiones y el esfuerzo de padres y terapeutas..., nunca regalan su voz más allá de gritos y llantos.

¿Te haces una idea de lo duro que es soñar con tu hijo hablando contigo, despertar tras ese hermoso viaje, y regresar a la muda realidad? A mí me ha pasado, más de una vez, y desearía no despertar de ese sueño. En ciertas ocasiones, al ir a dormir, me siento como Alicia entrando en el país de las maravillas, un mundo fantástico en el cual puedo conversar con mi pequeño, contarle cuentos, enseñarle y aprender cosas nuevas de él.

Como padre, asumir que jamás escucharás a tu hijo llamándote “papá” o diciendo que te quiere es un proceso que necesita tiempo y, en ocasiones, hasta tratamiento psicológico. Añade ver a tu pareja deseando lo mismo y sufriendo la frustración por no saber qué hacer, y te garantizo que verás el mundo desde otro punto de vista. Créeme cuando te digo que le permitirías a tu pequeño gritarte un insulto o una palabrota enfadado con tal de poder escuchar su dulce voz.

¿Dieta sana, aprender idiomas, sacar notas perfectas en la escuela? ¿Para qué sirve todo eso? La vida llega, avanza y terminará igual para todos, y dentro de cien años nadie nos recordará, así que no pensemos tanto en impresionar a los demás y, por el contrario, pensemos en hacer felices a los que nos acompañan en este camino llamado existencia.

Cuando recordé al pequeño pirata, no pude evitar compararlo con mi hijo. Llegué a pensar que, del mismo modo que yo contemplé con ojos extraños a mi compañero del centro escolar, a la sociedad quizá le pasaría lo mismo con mi hijo, ese pequeño que no hablaba y se comportaba de una manera extraña y diferente.

¿Qué fue del niño del parche? Como dije, no volví a saber nada más de él. El centro escolar era del barrio y viví allí con mis padres hasta independizarme con mi actual pareja. Puede que me lo cruzara alguna vez y no lo reconociera. ¿Lo tratarían siendo más mayor? ¿Mejoró y finalmente aprendió a hablar? Desde lo más profundo de mi alma, empatizo con sus padres y espero que sí.

CAPÍTULO 3

AÑOS NOVENTA

Avancemos juntos un poco en el tiempo hasta los años noventa. Las olimpiadas de Barcelona en mil novecientos noventa y dos asentaron a España en el espíritu europeo, las nocheviejas con Martes y Trece nos atrapaban y hacían reír frente a la pantalla mientras nuestras abuelas preparaban la cena, los canales de televisión privados brotaban como palomitas de maíz y el disco compacto mandó el casete a freír espárragos. ¡Y cómo nos gustaban las series de estudiantes adolescentes americanos, ¿verdad?! Salvados por la Campana..., y en realidad ya está, porque no recuerdo ninguna más. Y tras buscar en Google, resulta que sí; las *sitcoms* de familias afroamericanas eran más de esta década. En ellas, siempre destacaba un joven chiflado, llámalo Will Smith, Steve Urkel o Carlton Banks, que aportaba la chispa cómica.

A finales de esta década, llegó a los hogares algo que cambiaría el mundo para siempre: “Internet”. Al principio, solo se utilizaba para ligar en los chats y descargar películas y videojuegos gratis en masa. La piratería actual es un chiste comparada con la de antaño.

Los efectos especiales generados por ordenador y los videojuegos en tres dimensiones ocuparon su puesto, y la música todavía era buena. La guerra de Sega contra Nintendo estaba llegando a su fin, y yo seguía rascando el aprobado en la EGB para no pasar a la ESO. Soy del año que se libró de la mili por los pelos, aunque después me alisté en el ejército durante dos años porque me quedé con la espinita de vivir la experiencia, pero eso no tiene nada que ver con el relato de mi hijo y este no es el momento adecuado para hablar de ello.

Para llegar hasta mi colegio, tenía que caminar un kilómetro y pasar por una calle empinada cada día, cuatro veces. ¿Ir en coche? En mis tiempos, eso no lo hacía nadie, o casi, así que tocaba caminata con una mochila de ochenta kilos cargada a la espalda. Vale, quizá no pesaba tanto, pero ¿recuerdas cuando tu abuelo te decía que eras un blando y que cuando él tenía tu misma edad, trabajó cargando sacos de cien kilos?

¡Alerta de spoiler!

Tu abuelo se echó un farol.

Recuerdo, como si fuera ayer, un edificio frente al cual pasaba cada día y todavía existe, aunque, por lo que parece, debe llevar muchos años abandonado. Mantiene su nombre y se llama, porque tiene el cartel colocado sobre la entrada, El Club del Minusválido, y está en Torrent. ¿O era El Hogar del Minusválido? En Google aparece si lo buscas, pero no te preocupes demasiado por su nombre, porque no es relevante. El caso es que, en contadas ocasiones, veía salir de ese lugar a varias curiosas personas. Algunos necesitaban silla de ruedas para desplazarse, y otros, incluso, eran incapaces de hacer girar la rueda con sus propias manos debido a una parálisis en los brazos y necesitaban la ayuda de otra persona para poder moverse. Otros babeaban con la mirada perdida o caminaban con torpeza. Yo tenía, si la memoria no me falla, unos nueve o diez años. En vez de preguntar a un adulto por qué esas personas eran así o qué les había sucedido, me limitaba a reírme de ellos con las imitaciones grotescas y burlonas que hacían mis compañeros.

No seré extremadamente duro conmigo mismo porque no era más que un niño idiota y, como

es comprensible, para mí no eran más que personas extrañas y... diferentes. No comprendía lo que veían mis ojos; solo pensaba en llegar a casa, jugar a la videoconsola durante horas, devorar un bocadillo cargado de Nocilla, ver varios capítulos de Dragón Ball Z e ingerir azúcar en cantidades industriales.

Ríete tú en los noventa del gluten y la diabetes.

En mis tiempos, si algún valiente hubiese dicho en el recreo que era vegano... Prefiero no entrar en detalles, pero te garantizo que lo habría pasado horriblemente mal.

Tengo clara una cosa. Si alguna vez viajo al pasado, me daré una bofetada a mí mismo.

¿Cómo sería la conversación conmigo mismo si algún día ese viaje temporal se llegase a producir? Me parece que sucedería algo similar a esto...

Atravieso un túnel espacio-tiempo y tras cegarme con una intensa luz, llego a mi vieja habitación. ¿En qué año he aterrizado? Espero no haber aparecido en plena pubertad, porque podría ser embarazoso para ambos Marcos. Tú ya me entiendes, *Acompañante*.

Inspecciono la decoración para identificar mi fecha de entrada. En una estantería hay un par de muñecos de Los Caballeros del Zodiaco y, entre ellos, Donatello de Las Tortugas Ninja sostiene un lápiz porque perdí su palo y lo reemplacé de una forma muy ingeniosa. En un lateral, varios cromos del Valencia Club de Fútbol están pegados sobre la madera de dicho mueble, destacando Francisco Camarasa y Mendieta.

Antes dije que de niño sí me gustaba el fútbol.

Con estos detalles ya he reunido la información suficiente para saber que estoy en el año mil novecientos noventa y dos, y tengo nueve años.

¿Dónde estará mi otro yo? Dirijo la mirada hacia el suelo y un chaval con cara de tonto me mira, estupefacto, y sosteniendo un Playmobil albañil en una mano y a HeMan con su espada de Grayskull en la otra. Un duelo un poco desigual, en mi humilde opinión.

Vamos a bautizar a mi “yo” del pasado como Marquitos, para diferenciarnos.

—Tú eres... ¿Dios? —me pregunta Marquitos—. ¡Vale, lo admitiré, tomé la comunión por los regalos! ¡No quiero ir al infierno!

—No soy Dios, y no te asustes —explico—. Soy tú, y vengo del futuro. Del año dos mil veintitrés, más concretamente.

—¡Guau! ¿Vienes del futuro? ¿Eres un Terminator o algo así y vienes a advertirme de un apocalipsis nuclear? ¡Mola *cantidubi*!

Expresiones de los noventa.

—No exactamente. A ver cómo te lo explico para que lo entiendas... Soy tú mismo, pero del año dos mil veintitrés.

Marquitos pone cara de asco al comprenderme.

—Pues estaré bastante hecho polvo, por lo que parece —opina.

—No te preocupes, tus amigos estarán mucho peor que tú. Dentro de los estándares, no estarás tan mal.

—¡Oh, genial! Entonces, ¿vienes a advertirme sobre algo que ocurrirá en el futuro o para qué?

—En efecto, vengo a advertirte, pero no sobre el futuro —explico a Marquitos, y tras la advertencia, me doy una bofetada a mí mismo de tiempos pasados—. ¡Aprende a ser más respetuoso con las personas discapacitadas! ¡Son iguales o mejores que tú!

Mi antiguo yo tapa su mejilla con su mano por el dolor.

—¡Ey, ¿has perdido el juicio?! ¡Esto es maltrato infantil! —se queja.

—En realidad no estoy cometiendo ningún delito, porque me estoy agrediendo a mí mismo.

—Oh, pues tienes razón —admite Marquitos—. Vale, siento haberme burlado de esas

personas, pero los que más lo hacían eran los abusones del colegio.

—Lo sé, lo recuerdo porque soy tú, pero debes aprender esta lección para prepararte cuando llegue el futuro.

—¿Necesito prepararme para el futuro? Me estás asustando.

—Tranquilo, ya lo sabrás a su debido tiempo. Y ahora, tengo que volver a mi época.

—¡Espera un momento! Ya que estás aquí, ¿podrías decirme cómo será el año dos mil veintitrés?

—Pues..., si te soy sincero, bastante decepcionante. La música será repetitiva, horrible y con una letra fácil, los coches no volarán, y olvídate de viajar al espacio y de tener un androide de protocolo mayordomo. Lo único guay serán las gafas virtuales, que sí existirán.

—Pues vaya chasco... Al menos, veo que las gorras seguirán estando de moda.

—No. La gorra la llevo por algo llamado alopecia que tendrás a partir de los treinta y pocos años.

—¿Qué es la alopecia?

—Nada, Marquitos. No quiero traumatizarte. ¡Oh! Se me olvidaba un dato importante. ¡España ganará el mundial en el año dos mil diez, en Sudáfrica, y jugará la final contra Holanda! Ahorra mucho dinero y apuesta todo lo que tengas a ese partido.

—¿Dices que España ganará un mundial de fútbol?! —exclama, incrédulo—. ¡Tú no eres mi “yo” del futuro! ¡Márchate de aquí, farsante, mentiroso, o llamaré a la policía!

Menos mal que no existen las máquinas del tiempo, al menos, por ahora.

De vuelta a EGB; yo era un niño curioso y no podía evitar recordar a esas personas que salían del Hogar del Minusválido y sus caras extrañas.

Iba a un colegio religioso. No porque mis padres lo fueran, ni mucho menos. Bueno..., mi madre sí lo es, un poco, pero no fui a ese colegio por ese motivo. Por residencia me tocaba la plaza en uno, por explicarlo con delicadeza, algo conflictivo, así que mis padres buscaron uno concertado y con mejores referencias y me vuelvo a ir por las ramas. Con apenas diez años, durante una clase, le hice una pregunta a mi profesor de religión. Ya con esa edad dudaba de ciertas lecciones, pero, al igual que este no es un libro de política, tampoco lo es de religión, así que no expresaré mi opinión respecto a ciertos temas. La fe de cada uno es una elección íntima y totalmente respetable.

—Padre —le dije, porque era cura y es lo que se les suele decir—, cuando subo hacia el colegio con mi madre cada día, paso frente a un edificio extraño. Me pregunto, ¿qué es El Hogar del Minusválido?

—Verás, hijo mío. Algunas personas son diferentes a los demás, pero lo importante es que Dios nos ama a todos por igual y estoy seguro de que tiene un plan para ellos que solo nuestro señor es capaz de comprender.

—No era eso lo que quería saber ni la respuesta tiene sentido con la pregunta formulada, pero usted a su bola, padre —pensé.

¿Diferentes? A mi parecer, en aquellos tiempos prehistóricos, sí que eran algo distintos a mí. No tardé en relacionarlos con el niño del parche del centro escolar al ver en ellos esas caras extrañas, inexpresivas y, en algunos, esa forma de hablar confusa y trabada.

Minusválido debe proceder de las palabras en latín “*minus*”, que significa “menos”, y “válido”, que proviene de “*valere*” y significa “ser fuerte”.

Lo he buscado en la Wikipedia, no soy tan culto.

Quiere decir que el estigma social califica a estas personas como poco preparadas y que, a diferencia de los demás, no se valen por sí mismas o son más débiles. Pero si lo analizas a fondo,

todos somos un poco minusválidos, después de todo.

Imaginemos este contexto. Me llevan a una oficina, me dan un papel y un bolígrafo, y me piden que calcule la órbita de Saturno basándome en la inflación gravitatoria de superfluidad adyacente.

Me lo acabo de inventar.

Tras sufrir una fuerte embolia haciendo cálculos complejos sobre los que tengo cero conocimiento, dejaré el folio en blanco. ¿Significa eso que soy minusválido para hacer cálculos que desconozco?

Lo explicaré de una manera más simplificada.

Imaginemos que tras una noche loca, despierto en china, sin móvil ni nada parecido, y me tengo que comunicar con un nativo. ¿Me consideraría minusválido al no poder comunicarme y limitarme a decir palabras inventadas como “pinching” o “shengfong” con la esperanza de que alguna de ellas signifique algo y me presten ayuda? Lo más probable es que diría alguna palabrota sin querer y me darían una terrible paliza con patadas giratorias incluidas.

Los días pasan despacio cuando eres un crío. Vives muchas experiencias en un plazo de tiempo muy corto porque todo te parece nuevo e intenso. Una de esas experiencias la recuerdo muy bien, pero con ciertos vacíos, como si fuera un puzzle sin terminar. Yo estaba en quinto o sexto de EGB y tendría unos once o doce años. Había tres clases por curso para dar plaza a todos los alumnos. Estaba el “A”, después el “B”, y por último el “C”. Después de todo, el sistema era lógico. No iban a nombrarlas “A”, “Dos” y “Exploradores”. Nos pusieron por orden alfabético, así que yo terminé en el “A” por mi apellido. Al “C” lo veíamos como ese lugar misterioso y siniestro, lleno de niños raros, pero con la mayoría de los niños del “B” nos llevábamos bastante bien y jugábamos al fútbol con ellos en algunas ocasiones. Éramos como una especie de diminuta OTAN contra el “C”. Recuerdo a un chico del “B”. Se llamaba...

Me vas a tener que disculpar, porque no recuerdo su nombre.

En realidad, no recuerdo ni a la mitad de los compañeros de mi propia clase. La escuela no fue para mí un camino de rosas, y para acordarse de todos los nombres se necesita tener dos cosas, memoria y ganas, y de lo segundo me queda bastante poco.

Sí, soy muy rencoroso, pero creo que si haces una cena de antiguos alumnos y a ella acude un abusón que te hizo la vida imposible durante el colegio y ahora está, supuestamente, arrepentido de todo porque, y lo entiendo, no éramos más que niños pequeños e ignorantes, no está de más pedir una humilde disculpa.

El chico se llamaba...

Vamos a ponerle de nombre Enrique, por ejemplo. No sé por qué, pero su cara sí la recuerdo y me viene a la mente ese nombre.

Enrique era muy bajito, aun siendo un preadolescente. Tenía el cabello similar al de Bart Simpson, de punta y corto, y llevaba puestas unas gafas enormes que continuamente se le caían, quedando colgadas de su cuello por un cordel que las sujetaba. Él se acercaba a todos los chicos del patio y nosotros le ignorábamos. Yo pensaba que bastante duro era para mi grupo de amigos tener fama de ser unos raritos, como para, además, adoptar a uno que todos ignoraban y alimentar aún más nuestra leyenda.

¿Comprendes ahora por qué le daría una bofetada a mi “yo” del pasado, *Acompañante*?

Así que, simple y llanamente, el pobre chico se quedaba solo en un rincón, comiendo su bocadillo si tenía la suerte de que no se lo robaban los abusones. Algunos días afortunados lo llamaban para unirse a todos cuando faltaba un jugador en un partido de fútbol entre las clases y, gracias a la sonrisa de la diosa fortuna, podía jugar con los demás, aunque fuera como carne de

cañón.

Radio Macuto funcionaba de maravilla en aquellos tiempos sin la necesidad de nada similar a Internet. Si eres joven, sé lo que estarás pensando con tus manos echadas sobre tu cabeza, incrédulo. Sí, vivíamos sin la existencia de Internet o nada parecido, sin servicios de streaming como Netflix, y sin teléfonos móviles pegados a nuestras manos, y ¿sabes qué? Éramos tremendamente felices.

Si un compañero faltaba a clase durante varios días seguidos, el rumor se disparaba en poco tiempo y se expandía como un virus. Un vecino le contó lo ocurrido al padre de un alumno, dicho padre del alumno se lo contó a otro padre frente a su hijo, y su hijo lo escuchó y lo distribuyó. El suceso llegó a mis oídos igual que al de todos, mediante el canal tradicional: El boca a boca.

Yo estaba, como cada día, sentado junto a mi compañero y dibujando unas gafas y un bigote sobre Cristóbal Colón en el libro de Sociedad, que era como se llamaba antes al libro de Historia en la EGB. Mi compañero, por el contrario, decidió diseñarle una falda ajustada a un rey francés.

El cuchicheo preocupado de los adultos llamó mi atención.

—¿De qué hablan los *profes*? —pregunté al compañero sentado a mi lado, que abandonó su carrera de diseñador y productivamente perforaba una goma con un lápiz.

—¿Todavía no te has enterado? Madre mía, tronco. ¡Estás *empanao*! —se burló con una jerga muy de los años noventa. Yo siempre he sido muy despistado, no lo negaré nunca. Azúcar, videojuegos... Ya sabes—. ¡Samuel, el chaval del “B” que tiene la Sega Megadrive, vio todo lo que pasó frente a sus propias narices!

—Pero ¿de qué hablas? —Yo seguía sin entender nada—. ¿Qué fue lo que vio?

—Pues resulta que Enrique, ese niño que no habla con nadie —y nadie hablaba con él—, vive al lado de La Clip.

La Clip era la papelería, quiosco y librería, todo en uno, que todo colegio tiene cerca y está regentada por una señora que ronda entre los ochenta años y la muerte, o por la hija de esa señora al heredar el negocio tras la muerte de su madre.

—¿Y qué tiene que ver Samuel con La Clip? —pregunté.

—Samuel salió de comprar unos chicles de fresa ácida y unos cromos de Son Goku cuando, de repente...

El joven Enrique acudía cada mañana con tristeza al colegio, algo que lo convertía en una presa fácil de collejas y burlas, por ello, una mañana subió a la terraza de su finca, pared con La Clip y, envuelto en pesar, dejó volar sus sueños y esperanzas para el futuro, apoyó sus diminutos pies y manitas en la repisa, tomó impulso y... se marchó para siempre hacia un lugar donde sería el capitán del equipo de su clase, marcaría muchos goles, y sus compañeros le ofrecerían su almuerzo como regalo por ser el niño más popular del colegio.

Así ocurrió.

Esta historia llegó a mí con apenas doce años o menos. Imagínate. Yo no había perdido a ningún pariente todavía, por ello, esa fue la primera vez en mi vida que medité seriamente sobre el concepto de la muerte como parte natural e inevitable de la propia realidad. Durante varios días, miraba al rincón vacío del patio y recordaba al pequeño Enrique. Ese chico siempre estaba allí sentado, y ahora ya no. Yo era consciente de mi propia existencia, de mis pensamientos y de lo que me rodeaba. ¿Cómo podía desaparecer todo eso de repente? Mi pequeña mente no era capaz de comprender esa posible y cruda realidad.

Me planteé una incógnita. ¿De quién fue la culpa de lo sucedido? ¿De los profesores? Claramente, porque sabían lo que estaba pasando y no tomaron medidas. O quizá, ¿la

responsabilidad debería recaer en los abusos? ¡Sí, ellos eran los culpables! Tras darle muchas vueltas y con el pasar de los años, llegué a la conclusión de quién fue el auténtico responsable. Fui yo. Le di más importancia a la opinión popular que a la mía propia. También fuiste tú. Seguro que en tu escuela o barrio había un Enrique, sentado en un rincón, al que ignorabas. La culpa fue y será de todos, porque en algún momento de nuestra vida pudimos echar un cable para evitar que cosas así sucedieran, pero optamos por no hacer nada y cruzarnos de brazos. Todos podemos aportar nuestro granito de arena y estar atentos ante las señales de alarma para que cosas así no vuelvan a suceder jamás.

Tras el diagnóstico de mi hijo, Enrique volvió a mis recuerdos y brotaron en mí algunas dudas y temores. ¿Le ocurrirá lo mismo a mi pequeño? ¿Se burlarán de él por ser diferente o por no hablar con nadie? Hoy tengo clara una cosa. La inclusión es necesaria, y gracias a ella la sociedad actual comprende mejor el autismo y está más familiarizada con las personas especiales, sin embargo, he aprendido que algunos sujetos nunca cambiarán por mucho que te esfuerces o les muestres la realidad de ese mundo.

Permíteme un inciso personal, *Acompañante*. Hacer charlas, reuniones y días de concienciación está muy bien y es incluso necesario, pero con cierto tipo de personas, esas actividades raramente funcionan, sinceramente. Incluso se las toman a broma, y lo he vivido. ¿Qué se debería hacer con ellos? Corto aquí, porque no está en mi mano responder a esa pregunta. Solo pretendo hacerte entender que existen ciertas personas que jamás entrarán en razón, sin importar lo que hagas o les digas. Lo mejor es alejarlos de tu lado como las avispas.

Es mi opinión, nada más.

Continuaron pasando los años y en mi familia no había nadie discapacitado. Ni siquiera un pariente en silla de ruedas. Los ancianos, como es natural, tenían enfermedades como el Alzheimer, pero nada fuera de lo ordinario.

Llegué a la pubertad y al correspondiente mal humor continuo con el clásico: ¡Es que nadie me comprende, jolín! ¡Este mundo no está hecho para mí!

También se sucedían las visitas a los colegas día sí, día también, pasando las horas muertas enganchados a la videoconsola, aunque también jugábamos al fútbol en la calle de vez en cuando. Comía fuera de control debido al aumento de testosterona, me miraba en el espejo y alucinaba con esos músculos que empezaron a notarse también por el aumento de testosterona, y pensaba en chicas por encima de todo debido a ciertos impulsos que se activaban por, otra vez, culpa de lo mismo. ¡Ah, y apareció el acné! Aunque yo no lo tuve, gracias a Dios, más allá de algún que otro grano rebelde. A todo este caos hormonal, súmale una de las épocas más confusas y desconcertantes en la vida de todo ser humano...

Acompañante, busca una introducción musical dramática en YouTube antes de seguir leyendo esta parte. ¿La tienes? Pues dale al botón de reproducir.

Suma una de las épocas más confusas y desconcertantes en la vida de todo ser humano: ¡El temible instituto!

En mis tiempos existía BUP, COU, y no sé qué más. Yo, para no perder a mis amigos, los seguí como un idiota hasta FP, formación profesional. Fue un gran error, la verdad, porque pasaba las horas de estudio con ellos en los recreativos gastando mi tiempo y mi dinero en el Street Fighter. Pero durante la adolescencia es normal cometer cagada tras cagada.

En fin y resumiendo.

Recuerdo a un compañero que se llamaba David. Era muy alto, debía medir más de dos metros, y le costaba caminar debido a su gran tamaño. Doblaban las rodillas hacia dentro con cada paso que daba. Apenas se relacionaba con los demás y se distraía mucho cuando hablabas con él.

No se levantaba de su silla y prestaba mucha atención, pero, aun así, le costaba sudor y sangre progresar en clase. Era... muy buen chico, pero un instituto es como una cárcel hormonada, y un adolescente con ganas de impresionar a una chica, como un chimpancé en celo golpeando su pecho con sus puños, puede convertirse en el más horrible de los monstruos, y por lo visto en mi instituto los regalaban, porque estaba lleno de idiotas.

Es algo que sigue pasando y pasará por siempre. Cuando llegamos a la pubertad, nuestro instinto de troglodita despierta y sentimos la necesidad de ser los jefes de nuestra tribu, que con el pasar de los siglos se ha convertido en nuestra pandilla de amigos, nuestra comunidad de vecinos, nuestra empresa e, incluso, nuestro país.

Un compañero mío, que también lo fue durante la etapa escolar, le hizo la vida imposible al pobre David. Le pegaba continuamente y se burlaba de su aspecto y de su torpe forma de caminar para que todos se rieran de él. Los demás chimpancés le daban coba golpeando su propio pecho con sus puños y dando saltos mientras gritaban, intentando cortejar a las hembras de la clase, llamando su atención con los horribles sonidos que emitían. Yo no era como ellos, te doy mi palabra. Me horrorizaba ver aquello porque, como ya dije, el colegio tampoco fue fácil para mí y empaticé mucho con él. Pero tampoco me interpusé para evitarlo; ningún compañero lo hizo. Nadie plantó cara a ese enano abusón que medía menos de un metro y, literalmente, escalaba por el torso de David para darle una bofetada y divertir al resto de la fauna.

Nosotros éramos unos críos, pero ¿y los profesores? Ellos tenían la autoridad suficiente como para tomar medidas y detener al enano abusón. ¿Hicieron algo para evitarlo? Francamente, ¿debo responder a esa pregunta tan obvia? No. No hicieron nada. Se excusaban con frases como: “No hemos visto nada, así que no podemos hacer nada.”, o: “No podemos expulsar a un alumno sin pruebas.” A mí, más bien me sonaba a: “¡Uf! Qué pereza me da rellenar el papeleo y aguantar la chapa de los padres del abusón quejándose de que su hijo no es así..., él no hace esas cosas... Paso de este asunto.”

Un día, estábamos dando una clase de historia acerca del imperio romano, y David levantó su mano y preguntó: ¿Existe roma en la actualidad?

Esa pregunta, en un principio y a una persona racional como tú, le podría parecer curiosa, e incluso divertida. Si te la hicieran con tu madurez, *Acompañante*, estoy seguro de que soltarías una risita y lo dejarías pasar, pero esa inocente pregunta fue la sentencia de muerte del pobre David durante el resto del instituto.

¿En serio un adolescente podía preguntar algo así? Siendo ya adulto y calvo, me di cuenta de dónde estaba el problema y era que David tenía algún tipo de autismo, en mayor o menor medida.

Tras hacer esa pregunta, todo empeoró para él.

—¿*Froma efiste en la aftualidad?*— se burlaban unos cenutrios de la torpe forma de hablar de David.

Los llamo cenutrios por no llamarles algo mucho peor. No puedo hacerlo porque este libro debe ser, en la medida de lo posible, correcto.

—¡Ave, César!— se pavoneaban otras veces.

Hoy en día, con mis frescos cuarenta años, todavía recuerdo a David. Lo que se le hizo a ese pobre chico está en mi memoria como uno de los momentos más desagradables y repugnantes de toda mi existencia terrenal. Pero, ¡Ey! ¿Qué importancia tienen los problemas de una persona anónima que muy probablemente era autista y de la que todos se burlaban sin parar? Mejor dar en los servicios de *streaming* voz a un famoso que sufre a pesar de tener su vida resuelta porque, por lo visto, solo ellos rompen con sus parejas, sufren estrés y ansiedad, tienen familiares con

problemas y enfermedades terminales, y les costó sudor y esfuerzo alcanzar el éxito. ¡Y qué casualidad! La madre de todos ellos sabía, cuando el famoso era pequeño, que llegaría lejos.

Es sarcasmo.

Al recibir el diagnóstico de Aarón, recordé el daño que se le hizo a mi compañero David y lo crueles que pueden llegar a ser los adolescentes en un instituto. ¿Ser diferente podría exponer a mi hijo a riesgos físicos y mentales? Espero, por la integridad física de los futuros compañeros de mi hijo, que no sea así. ¿He mencionado que estuve dos años en el ejército y sé utilizar armas de fuego? Lo dejo caer, para que quede constancia.

¡Solo bromeaba! Si alguien le hiciera algún tipo de daño a mi hijo, yo no le haría nada..., o eso le haría creer al juez, porque jamás encontrarían al abusón.

Es sarcasmo, es sarcasmo...

La experiencia con David me trae recuerdos de un profesor del colegio que siempre nos repetía la misma frase al terminar su clase de Naturales, que en su momento era lo que hoy en día es Naturaleza, Ecología, o yo qué sé.

¿Me vas a permitir una pizca de lenguaje malsonante, *Acompañante*?

Ahí va.

—Eres joven, eres gilipollas. No importa si eres bueno o malo, listo o tonto. Eres joven, eres gilipollas. No hay más —exponía a toda la clase—. Cuando tengáis treinta años o más, os acordaréis de mí y me daréis la razón.

¿Sabes qué, *Acompañante*? Ese profesor tenía toda la razón del mundo, y creo que coincidirás conmigo al respecto.

Ciertos errores del pasado no tienen solución y lo mejor es pasar página, evitar repetirlos y educar a nuestros hijos para que ellos no los cometan.

Para tu tranquilidad, me crucé con David en varias ocasiones recientemente mientras paseaba, y parecía sonriente hablando por su móvil, dando pasos torpes. Por suerte, el trauma del instituto no lo dañó como hizo con el pequeño Enrique.

CAPÍTULO 4

EL VIAJE DE SER PADRES

Vamos a intentar alegrar un poco el ambiente avanzando unos años en el futuro. ¿Me acompañas? Metámonos en la máquina del tiempo. Un DeLorean estaría bien; es espacioso, cómodo y tiene mucha clase. Una cabina de teléfono, por el contrario, me parece un poco estrecha para dos personas.

Ponte el cinturón de seguridad antes de salir, por favor.

Arrancamos el motor y avanzamos. Agárrate, que voy a pisar el acelerador a fondo. Pasemos directamente hasta mi madurez.

¡Cámara rápida!

Atravesamos mi adolescencia ligando muy poco, pasamos frente a mis amigos que se comportan como idiotas para destacar en el grupo, y dejamos atrás dos años en el ejército a los diecinueve años.

Unos amigos entran por un lado y salen por el otro, y parejas llegan y se marchan.

Amor, desamor, ¡lloros y alegrías!

Los años pasan deprisa, y frenamos en seco al llegar a los...

Como no recuerde el año exacto, mi mujer me pedirá el divorcio.

¡Ah, sí! ¡Ahora lo recuerdo!

Hemos alcanzado el año dos mil siete y yo tenía veintitrés años cuando conocí a la que es mi mujer en la actualidad. Aunque, quizá, ¿la conocí con veinticuatro?

Espero que no lea esto, porque seguro que me dirá muy indignada: ¡¿No recuerdas que edad tenías cuando nos conocimos?!

No te preocupes por mí, *Acompañante*; no dormiré en el sofá esta noche. Borraré esta parte para la versión que lea ella. Pero, si estás leyendo esto..., significa que lo he dejado incluido en la versión final.

¡Ups!

En fin, soy idiota.

Nos hacía mucha ilusión tener un hijo y ser padres.

No será necesario explicarte de dónde vienen los niños por razones más que lógicas.

Tras varias semanas, parecía que algo no marchaba del todo bien, porque Vanessa no se quedaba embarazada. Decidimos pedir ayuda a un especialista, y tras muchas pruebas burocráticas, médicas y estresantes, aunque por suerte, gratuitas, los doctores llegaron a la conclusión de que, por explicártelo de una manera abstracta, mis soldados eran muy perezosos y escasos para la batalla, y por esa razón la derrota estaba prácticamente garantizada.

Dio comienzo el tedioso proceso de fecundación *in vitro*.

A ambos nos dieron una gran charla sobre cómo iba a ser este largo camino e iniciamos un tratamiento. A mi mujer había que administrarle hormonas mediante una inyección en el costado del abdomen, y yo debía tomar unas vitaminas con sabor a naranja. La inyección... había que administrársela en casa, nada de acudir a un practicante, porque eran varias al día, así que fui el elegido para cumplir con dicha labor.

Estupendo.

Es otro sarcasmo.

Desde niño he sufrido una fobia muy intensa a las inyecciones. No me molesta que me saquen sangre, el dolor no supone un problema, pero como me voltee y vea la aguja atravesando mi cuerpo... ¡Ohm! Desmayo asegurado en tres, dos, uno... Así que imagina el panorama. Cada vez que me tocaba administrarle las hormonas a mi mujer, mi casa se convertía en un circo. Si hubiera cobrado una entrada por vernos, ahora tendríamos un chalet de lujo con piscina y un mayordomo francés llamado Garzón.

Ella esperaba, tumbada en el sofá y mostrando su abdomen con la camiseta levantada, a que yo, cagado de miedo y casi meándome encima, le pusiera la inyección. Creo recordar que varias arcadas salieron de mi boca al ver la brillante punta de la aguja.

Fue algo así.

—Cariño, ¿me vas a pinchar ya o me tengo que esperar a que te crezca la barba, te afeites y vuelvas? —me preguntó Vanessa.

—¡¿Eh...?!— solté con cara de imbécil y temblando como un niño que estaba a punto de recibir un aplastante suspenso adjuntado con la correspondiente bronca de sus padres—. ¡Es que tengo tripofobia, teta!

Balbuceé porque me temblaba incluso la barbilla. Creo que hasta me temblaban los temblores dentro de un bucle de temblor.

—¡¿Qué narices es la tripofobia, Marcos?!

—¡Miedo a las agujas, ya lo sabes! Ah, no, espera un momento. La tripofobia es miedo a los agujeros repetidos en la piel. La tripanofobia es el miedo a las agujas, que me había confundido. —Miré la aguja—. ¡Mira cómo brilla, da mucho yuyu! ¡Qué mal rollo me está entrando! De hecho, me parece... que me estoy haciendo un poco de pipí encima.

Estaba aterrado.

Incluso ahora, al recordar esa experiencia, mis manos tiemblan y sudan en exceso, pero era mi deber hacerlo, así que, cargado de valor, atravesé la carne de su costado con la punta de la aguja.

En verdad, ha sonado mucho más imponente de lo que fue. Chillé al aplicar el pinchazo con el gritito de una adolescente viendo una película barata de terror.

—¿Ves como sí que podías hacerlo, cielo? —calmó mi mujer—. No era para tanto. ¿Y tú has estado en el ejército dos años? Vaya tela... ¡Un fusil da más miedo que una aguja!

—¡Con el fusil disparé a dianas de cartón, no a personas, y con esta aguja tengo que pinchar piel humana!

Empecé a hiperventilar.

—¿Te traigo una bolsa para respirar y una tila, cariño mío? —me sugirió mi mujer.

—Te lo agradecería, por favor.

No sé si has caído en la cuenta de que ella me calmó a mí, siendo ella la que recibió el pinchazo.

En fin...

Poquito a poquito, me acostumbré a pincharla en su abdomen y el tratamiento fue de perlas. Unas semanas después, no recuerdo bien el tiempo exacto que duró el proceso, nos dieron los resultados. Apenas dos óvulos habían sobrevivido, aunque algo era algo. Y respecto a mis soldados... Digamos que ahora ya no estaban parados, pero seguían siendo lentos y carne de cañón para el enemigo.

¿Habría alguna pequeña esperanza para lograr la victoria?

El doctor de la bata blanca ojeaba unas páginas llenas de datos y números. Yo intentaba

descifrar lo que miraba, pero los símbolos y textos me sonaban a chino. Era normal, no soy médico.

—Doctor, he dejado de fumar, comido sano y hecho deporte —expliqué—. ¿Hay alguna esperanza?

Él, una especie de papá Pitufito con gafas, carraspeó. ¿Por qué todos los doctores de sesenta años para arriba tienen la misma apariencia? ¿Y si en realidad... se trata del mismo doctor, pero resulta ser un ente superior con la capacidad para teletransportarse? ¿Y si no se teletransporta y en realidad... se multiplica?

Las ramas, ¡las ramas!

—Bueno, pareja, lo que tenemos no es mucho, pero nos la jugaremos a un todo o nada —nos explicó—. Con los resultados obtenidos solo tendremos una única oportunidad. Mejor es esto que nada. Podréis volver a intentarlo, sin embargo, debo advertiros dos cosas. La primera, habría que empezar el tratamiento desde cero, y la segunda, tendríais que probar por lo privado, porque la sanidad pública solamente cubre un intento.

Mi mujer y yo dimos luz verde al proceso. Pusieron las rotativas en marcha y la suerte estuvo de nuestro lado, porque un par de semanas después nos confirmaron que un nuevo aprendiz de Jedi estaba en camino.

Una vez alcanzado ese instante, toda tu vida cambia por completo y no puedes hacer nada para cambiarlo. ¿Cómo sería todo a partir de ahora? Es más, ¿cómo sería su vida?

—¿Será niño o niña? —me pregunté.

—No importa, mientras nazca sano... —me respondí a mí mismo.

—¿Será rico o pobre?

—¿Qué más da eso? El dinero no es algo indispensable en la vida, lo importante es que sea feliz y tenga buen corazón.

—¿Aprenderá a jugar al Street Fighter y al Resident Evil?

—¿En serio te estás preguntando esa chorrada? ¡¿Es una broma?!

—¡Quiero enseñarle a jugar para que lo haga conmigo y, algún día, tras un duro adiestramiento, sea capaz de vencerme y hacerme sentir orgulloso!

—¡Él no jugará a eso, Marcos! Cuando tenga edad para hacerlo, jugará a algo llamado Splush Flankputter o a saber a qué. A lo mejor, ni le gustan los videojuegos. ¿Todavía no ha nacido y te preocupas por eso?

—Espera... ¿Marcos eres tú o soy yo?

—¡Los dos somos Marcos, imbécil! ¡Estás hablando contigo mismo en las páginas de tu biografía!

—¡Oh, tienes razón! Había olvidado lo inteligente que eres. Disculpa, Marcos. Por cierto, hoy estás muy atractivo.

—Gracias, tú también. Pero ¿tus músculos y tu pelo de la pubertad, dónde están?

—Allí se quedaron, en la pubertad.

Dudas y preguntas, una tras otra, se amontonaron en mi cabeza como ladrillos apilándose. La verdad es que la familia no ayudó con sus sermones, algunos como el clásico: “Ya verás cuando llegue el niño, ¡vas a flipar!” El incomparable: “¿Me tienes que decir a mí lo duro que es ser padre? ¡Yo he criado a tres!” El único: “Prepárate para dormir poco. ¡Ahora sabrás lo que es tener sueño de verdad!” Y, por supuesto, no podía faltar el sermón nominado a tres Óscar de la academia como mejor frase de una madre: “Disfrutad saliendo todo lo que podáis ahora, porque cuando venga el niño, se acabó todo.”

Gracias por el apoyo, sí señor.

Recuerdo una anécdota en un día muy divertido. Nos habían dado cita con la... ¿pediatra? Antes de nacer el bebé, ¿era la pediatra la que hacía las revisiones o era otra persona? ¿Prepediatra?

Da igual.

Acudimos a esa cita y, por sorpresa, coincidimos con otras parejas que también esperaban un bebé. Nos bajaron a todos hasta una sala llena de asientos de plástico con una obsoleta televisión de tubo que ya era extremadamente antigua para entonces. Nos sentamos de dos en dos, apagaron las luces, y una asistente metió un...

No me puedo creer que vaya a decir esto.

Metió un obsoleto VHS en un reproductor de vídeo en el mismo año en el que empezaba a quedar en desuso el DVD. No miento, fue literal. Por un instante, imaginé al muñeco de la saga Saw apareciendo en la pantalla y dándonos indicaciones sobre un juego mortal que debíamos realizar para salir con vida de ese lugar, pero fue bastante peor. Vimos un documental setentero titulado: ¿Cómo es la experiencia de convertirse en padres?

El VHS estaba tan dañado que perdía volumen y calidad de imagen a cada segundo, y el reproductor se esforzaba por lograr hacer girar la cinta suplicando piedad, además, los tiempos cambian y el contenido de la grabación estaba anticuado hasta provocar la risa.

Intentaré representar lo que vieron mis ojos verdes. Ellos dos son lo único de mí de lo que puedo presumir, así que ¡déjame vacilar un poco!

Al turrón del VHS.

Una joven embarazada, con una gran camisa y una falda que caía hasta sus tobillos, feliz en exceso, planchaba con esmero la ropa de su marido, porque si la pillaban pensando, o peor, estudiando, la inquisición la quemaría en una hoguera por bruja. Corte y cambio de plano a su marido. Este, debido al fracaso escolar u obligado por su padre, trabajaba en una obra forjando cemento. En un giro inesperado, algo le ocurrió a la mujer, porque se sobresaltó. Dirigió la mirada hacia el suelo.

—¡Qué sorpresa más agradable, me he hecho pipí! ¡Qué guay! —debió pensar al ver que había roto aguas, porque no dejó de sonreír en ningún momento.

Agarró el teléfono y marcando los números en una rueda sin ninguna prisa, llamó al encargado de la obra donde trabajaba su marido.

Los más viejos habréis pensado: “Romper aguas no es divertido.” Los más jóvenes os preguntaréis: “¿Un teléfono con una rueda? Pero, ¿qué dice este idiota?” Sí, los teléfonos de antes funcionaban con una rueda, ¿vale? Todo evoluciona. Hazte a la idea de que, algún día, tus hijos y sus amigos verán tus bailes de TikTok y se reirán con fuerza a costa de tu vibrante y marchoso trasero, así que tú sigue grabando vídeos...

La futura mamá, sin perder su reluciente sonrisa, esperó a su marido y entró junto a él en un taxi. El futuro papá dio una orden al conductor y este puso rumbo al hospital. Tras un ir y venir de médicos, y algunas pocas gotas de sudor cayendo por su frente al dar a luz, tenía a su pequeño entre sus brazos, como no, acompañada de una gran y satisfactoria sonrisa.

¿Por qué te cuento este muermo de anécdota? Pues para que te des cuenta de que nadie te prepara debidamente para lo que llega, solo te muestran películas de hace medio siglo, y mucho menos, te preparan por si la situación se tuerce o se complica.

Pasamos por decenas de pruebas aquí y allá, ecografías y todo tipo de variopintos antojos imposibles. Una noche, a mi mujer le apetecieron fresas con nata a las cuatro de la mañana y, para colmo, fuera de temporada.

—¡Fresas, fresas! —canturreaba desde la comodidad de nuestra cama—. ¡Dame una efe, dame

una erre...!

¿No quería ser aventurero como Indiana Jones cuando era pequeño...? Pues toma dos tazas de exploración urbana y de gasolineras para conseguir las dichas fresas y que mi mujer me permitiera seguir durmiendo. Cuando volví a casa con las fresas, tras vender mi alma a un supermercado que estaba abierto las veinticuatro horas, Vanessa estaba durmiendo a pierna suelta y roncando.

Nueve meses después y como marca el protocolo de la naturaleza, mi hijo nació. No describiré ese momento, este no es un libro de terror. Fue un niño, aunque ya lo sabíamos de antemano por la ecografía, y le pusimos por nombre Aarón, aunque eso ya lo sabes desde muchas páginas atrás. Yo quería llamarlo Nathan, por Nathan Algren, el personaje de Tom Cruise en El Último Samurái. Soy un adicto de la cultura japonesa, pero reconozco que con ese nombre existía un problema en este país. Al leer el nombre en la escuela, habrían pronunciado literalmente *Natan*, y no *Neizan*. ¿Te suena un futbolista famoso que dijo llamarse *James* en vez de *Lleims*?

Amigo futbolista, tu nombre se pronuncia *Lleims*, lo que ocurre es que tus padres te llamaban *James* desde niño porque los dos eran un poco idio... Aarón nació con un tamaño menor al normal, apenas pesó dos kilos, pero su crecimiento avanzó con normalidad y ahora utiliza ropa de niños de once años teniendo menos de nueve. Era un niño sano y fuerte, y con un par de pulmones capaces de despertar a toda una comunidad de vecinos entera.

El tiempo pasó y Aarón cumplió quince meses. Esperábamos unas primeras palabras que deberían haber llegado según los estándares de desarrollo. Parecía que todavía no había llegado su momento, hasta que cierto día, sentado en el carrito y dando un relajante paseo, gritó: “¡Mojam!” Esa fue la palabra que literalmente exclamó. Por un instante, pensé que se transformaría en el superhéroe Shazam.

—¡Cari, cari, ¿has oído eso?! ¡El nene ha dicho su primera palabra! —gritó mi mujer, con un entusiasmo resplandeciente.

—¡Sí, es verdad, también lo escuché! —coincidí, y una gran emoción nos envolvió a ambos—. ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Tú lo has entendido? Ha dicho algo como *Fosam*, ¿no?

—No lo sé. —Ella se aproximó hasta Aarón y le incitó a repetir esa palabra que tanto nos emocionó—. Tete, dilo otra vez —pidió con ternura—. ¿Qué has dicho, cielo?

—¡*Mojam*! —exclamó Aarón de nuevo.

—¡Otra vez, lo ha vuelto a decir! —grité muy ilusionado—. ¡Ha dicho *Mojam*, sí! ¿Qué querrá decir? No me suena de nada.

—Será alguna palabra de Los Minions o El Hotel Transilvania —sugirió mi mujer, recordando las películas favoritas de nuestro hijo—. A saber. Quizá se la ha inventado y no significa nada en concreto.

—¿Tiene capacidad creativa? —aluciné—. ¿Tan pronto? ¡Este ganará el premio Nobel algún día!

De nuevo, por tercera vez, gritó ¡*Mojam*!, y hubo una cuarta, ¡*Mojam*!, ¡quinta y sexta vez...!

¡Al fin, la señal de que nuestro pequeñín hablaría en breve, llegó! Imaginamos cómo sería conversar con él, contarle cuentos para que durmiera, reír con sus preguntas curiosas y explicarle cómo funciona el mundo. Al menos, eso deseábamos los dos, porque forma parte de la propia experiencia de ser padre. Este tipo de emoción solo se vive una vez en la vida, como la primera vez que subes a una montaña rusa, el ingreso del primer sueldo o el primer beso con una nueva pareja. La experimentas con la misma ilusión y entusiasmo que su primer paso, la primera vez que come solo, su primera carcajada...

Nuestra vida se forja con momentos que nos enseñan que somos capaces de mejorar, alcanzar

grandes logros y avanzar hacia delante. En mi caso, por ejemplo, todavía recuerdo con emoción esa primera crítica positiva de un lector. Yo, un humilde empleado, sentí que era capaz de alcanzar cualquier meta, así que publiqué mi segunda novela, mi tercera, cuarta... Esa experiencia me hizo llegar al lugar en el que estoy ahora; hablando contigo, *Acompañante*, en mi quinta publicación.

¡Nuestro pequeño empezaba a hablar!

Pero esa primera y única palabra allí se quedó, en ese instante en el carrito, en ese extraño y desconcertante *Moham* que, a día de hoy, todavía recordamos y desconocemos de dónde procedía.

Ninguna palabra más se escuchó durante los años que pasaron. Lo achacamos a lo que nos enseñaron en el documental de los años setenta, que cada niño era único y avanzaba a distinto nivel. Ya sabes a lo que me refiero, *Acompañante*.

Como te expliqué antes y recordarás, los abuelos y familiares intentaron consolarnos con un: “No os preocupéis, yo no hablé hasta los tres años.” O con un: “Los padres de hoy en día estáis obsesionados con los avances de vuestros hijos. Tranquilos, ya hablará. ¡Al final querréis que se calle, ya lo veréis!”

Aarón alcanzó los dos años y todavía no había empezado a hablar con fluidez. Sí que emitía algún sonido extraño o, como mucho, gritaba alguna sílaba con fuerza, y nada más.

Voy a confesar algo. Yo tenía un sótano muy privado y oscuro al que se debía llegar bajando por una escalera de caracol muy profunda. Para conseguir tener algo de luz, debía encender una antorcha diminuta que apenas me permitía ver más allá de un par de escalones frente a mis pies. Era tan complicado descender por esas retorcidas escaleras, que un simple mal paso me habría hecho tropezar y, sin remedio y en soledad, me habría roto en pedazos el alma y todos los huesos del cuerpo. Allí, en lo más profundo de ese recóndito lugar, había una sala pequeña con un cofre sin cerradura y que solamente yo era capaz de abrir. En él fue donde escondí la realidad que me negaba a admitir. En su interior, había un papel arrugado con una frase corta escrita por mí: Algo no marcha bien en Aarón.

Al cumplir dos años, decidimos llevarlo a una guardería privada. No era una educación obligatoria hasta que cumpliera cinco, pero a mi mujer y a mí nos pareció una experiencia indispensable para su futuro. Aarón aprendería cosas básicas como sumar, restar y dibujar casas con ventanas y un tejado extraño, y también empezaría a socializar con otros niños pequeños. Yo mismo fui a una, ¿lo recuerdas, *Acompañante*? ¿Te suena de algo el niño del parche pirata?

Es posible que hayan llegado alguna vez a tus oídos unos falsos rumores que aseguran que los padres dejan a sus hijos en la guardería antes de los cinco años para poder tener tiempo libre para sí mismos. Por favor..., ¿cómo has podido siquiera creerte una bobada semejante? ¡Qué ridiculez más ridícula!

Está bien, la palabra “ridiculosa” no existe. Me he pasado de la raya sobreactuando. ¿Se me ha notado mucho?

Regresemos a la guardería.

Encontramos una a pocos metros de nuestra casa, con buenas referencias y a un precio razonable. Éramos de clase media... Más bien de clase media tirando a baja, y no podíamos permitirnos lujos como una guardería donde sirvieran entrecot para comer o tuvieran retretes de oro macizo.

A veces soy un poco exagerado, no me lo tomes en cuenta.

Pero, ¿qué más da el precio de una guardería? Lo importante es que cuiden bien de los niños y ellos se sientan cómodos y felices.

Entramos cargando con Aarón en brazos e iniciamos la visita del lugar. Nos recibieron con una amable sonrisa y nos mostraron las instalaciones. El recinto era un poco pequeño, aunque muy bonito, con hermosos dibujos por todas partes y coloridos cuadros colgados de las paredes. Las estanterías altas estaban plagadas con toda clase de cuentos tradicionales y modernos, y las gavetas en la estantería inferior rebosaban juguetes y peluches de todo tipo, forma y color. Algunos eran de personajes de películas de animación famosas, y otros de animales antropomórficos con expresión de felicidad.

La directora nos recibió con una grandísima sonrisa y mucha amabilidad. Nos explicó cómo funcionaban allí, qué era lo que enseñaban en clase a los pequeños, cuál era su rutina diaria, entre las que estaban los horarios de almuerzo, los de la siesta, del patio... En fin, todos los que seáis padres sabéis a lo que me refiero, y los que no, seguramente tendréis un sobrino, hermano pequeño o primo que va a una y la habéis visitado.

Los que nunca habéis visitado una guardería..., deberíais hacerlo ahora mismo, porque sois raros.

Es broma.

Lo apuntamos y al cabo de un tiempo la directora nos llamó para concertar una reunión privada. Como era obvio, nos pareció extraño hacer una tutoría privada tan pronto, pero como es verdad que también éramos padres primerizos, pensamos que sería algo normal en las guarderías avisar tan prematuramente.

La directora nos recibió de nuevo, aunque, esta vez, con una sonrisa más diminuta. Nos ofreció sentarnos en unas sillitas de colores vistosos, en la clase de nuestro hijo. Mi mujer se entusiasmó.

—La sillita en la que estás sentada es la de Aarón —explicó la directora.

—¿Sí?! —exclamó mi mujer, mostrando mucha felicidad. Yo soy muy reservado y me cuesta más mostrar mis emociones—. ¡Qué guay! ¿Y los dibujos de las paredes son de los niños? ¿Cuál es de Aarón?

Por todas partes nos rodeaban dibujos hechos a mano que ¿representaban...? Los niños tenían poco más de dos años, sus creaciones no eran más que líneas sin sentido que, en sus infantiles mentes, deberían ser animales, dinosaurios o sus abuelos.

—He ahí el problema, Vanessa —dijo la directora—. Ninguno de los dibujos está hecho por Aarón.

Mi mujer se quedó en shock y lanzó una mirada fulminante a la directora.

—¿No dejáis que Aarón dibuje?

—Todo lo contrario. No conseguimos que se siente junto a sus compañeros a dibujar, y lo intentamos. Sujeta el lápiz, lo mira, y a los dos segundos abandona la tarea.

¿Apenas llevábamos unas semanas de guardería y algo no encajaba? Empezábamos bien.

La reunión siguió y la directora comentaba repetidas veces que pasar de hacer las tareas podría considerarse medianamente normal tratándose de un niño tan pequeño, pero lo raro era que Aarón, a su edad, ya debería hablar, reaccionar a su nombre e interactuar con diferentes juguetes, aunque fuera un poco, pero mi mujer y yo no hicimos mucho caso y fuimos a lo nuestro. Al fin y al cabo, ellas no eran pediatras y la doctora, al poner las vacunas a nuestro hijo, nos sugirió que no le diéramos tantas vueltas al asunto.

Qué sabrán las profesoras, ¿verdad?

A día de hoy, doy gracias al cielo por sus sugerencias. Gracias a la directora y a su profesora pudimos darnos cuenta a tiempo de cuál era el problema. Si estás leyendo esto, directora de la que no recuerdo el nombre, quiero darte las gracias por tu sinceridad.

Volvamos a la guardería.

Se adaptaron a Aarón y fueron muy amables y comprensivas con él, sinceramente. Al final del trimestre, nos llamaron para nuestra primera reunión con el resto de padres. Mi mujer trabajaba haciendo pizzas, así que aquella mañana acudí solo a la guardería. Fue muy extraño encontrarme con varios padres sentados en sillitas de niño con las rodillas plegadas hasta el pecho.

La profesora tenía varias carpetas y explicaba las tareas que había realizado cada niño en su clase y los avances generales de los alumnos y, para variar, una madre interrumpió contando la vida de su hijo sin que nadie le pasara el turno.

—¡Pues mi José Felipe tiene tres años y ya se sabe la tabla de multiplicar del dos del tirón y la mitad de la del tres! —presumió, orgullosa, dejando a la profesora con la palabra en la boca.

La profesora, pobre de ella, puso una cara de interés sobreactuado. Hasta el más tonto habría percibido que a la *profe*, por dentro, le importaba lo mismo que a mí que ese niño supiera multiplicar a un nivel tan avanzado como para salvar a la humanidad en el futuro y ser un ejemplo para todos nosotros: Nada.

¿Qué pretendía esta señora que hiciéramos, levantarnos y aplaudir por ello?

—Qué bien, ¿verdad? —dijo la *seño*, apurada.

No dejó hablar a la pobre profesora e interrumpió de nuevo. Ese tipo de madres son una pesadilla, de verdad.

—Además, dice palabras en inglés. ¡Y números! Sí, sí. Números — nos explicó, como si el hecho de que su hijo hablara idiomas fuera del interés de alguien.

En mi mente me interpose para dejarla en mal lugar.

—Pues a mí me pasó una cosa más curiosa el otro día... —imaginé diciendo.

¡Cortinilla peliculera en el interior de mi cabeza y cambio de plano al comedor de mi casa!

Yo jugaba a la videoconsola tranquilamente cuando, de repente, sonó el teléfono. Lo cogí y ¡adivina quién era el que llamaba! Pues él, otra vez. El mismo pesado de todos los días.

—¡¿Tú, otra vez?! ¡Deja de llamar a mi hijo, plasta! —exclamé, pero el interlocutor me suplicó que mi pequeño hablara con él—. ¡Está bien, ahora le digo que se ponga!

Mi hijo, con un pañal puesto y sentado en el sofá, leía una revista de ciencia mientras fumaba en pipa. Alertado por mis palabras, plegó la revista y la dejó a un lado.

—¿Otra vez es él, adorado y respetado progenitor? —me preguntó Aarón.

—Sí, otra vez, hijo —respondí y le pasé el teléfono—. Por el amor de Dios, déjale claro que no te puede llamar todos los días; es agotador.

Mi hijo cogió el auricular y habló molesto con el persistente interlocutor.

—¡Hawking, te he repetido mil veces que no puedo resolver todas tus teorías de física cuántica, ya eres mayorcito para hacerlo tú solito! —regañó mi hijo. Alguien habló por el otro lado y Aarón escuchó—. ¡Está bien, está bien! Si te ayudo a ganar otro premio Nobel, ¿dejarás de insistir? —Parece que la voz del teléfono asintió—. Vale, pesado. Pide ayuda para apuntar lo que te voy a dictar. ¿Listo? “La fluctuación de la materia oscura amplifica los electrones en...”.

Cambio de plano, de vuelta a la guardería.

Me parece que los demás padres no se habrían creído esta mentira tan exagerada. ¿Tú qué opinas? Es más sencillo colar la mentira de que un niño tan pequeño sepa inglés o multiplicar.

Si eres uno de esos padres que no puede evitar contar su vida en las reuniones, por favor, deja de hacerlo, ya que podría haber alguien presente, como yo, que esté sufriendo porque desconoce el motivo por el cual su hijo no dibuja, no juega con los demás niños o ni siquiera es capaz de hablar.

La profesora repartió las notas a todos los padres, menos a mí. ¿Por qué? Yo no sabía qué

estaba pasando. La reunión finalizó y todos los padres, madre pedante incluida, se marcharon, y yo seguía sin recibir las notas de Aarón.

—¿Y las notas de mi hijo? —pregunté.

—Necesito que te quedes conmigo un momento, porque tenemos que hablar sobre un asunto importante —me pidió.

Acepté y ambos nos acomodamos en una sillita. Yo tenía las rodillas molidas.

—Dime, ¿qué ocurre con Aarón?

—Verás, Marcos. No quisiera parecer pesimista, y tampoco querría preocuparte, pero el comportamiento de Aarón no es normal para su edad. Creo que la directora ya os comentó algo respecto a este tema a tu mujer y a ti.

—¿Qué quieres decir? ¿Tiene algo que ver con sus notas?

—Sí, tiene mucho que ver. No hay notas, porque no interactúa con la clase.

—Será que es perezoso.

—No es eso, Marcos. Por ponerte un ejemplo. El otro día, hicimos un juego con los niños con unos paraguas para que aprendieran a abrirlos y a protegerse de la lluvia. Son niños de dos y tres años, así que nos limitamos a enseñarles cómo abrirlos y cómo cerrarlos en un juego. Al ser tan pequeños, algunos hicieron algo que es normal para su edad; pasar de mí y utilizar el paraguas como espada o de bastón.

—¿Y qué pasa con Aarón, pegó a un compañero?

—No, nada que ver. Marcos, Aarón se puso a dar vueltas al patio en círculos sin parar.

—Quizá le guste el deporte.

La profesora, con toda la paciencia del mundo, intentó hacerme entrar en una razón que yo negaba.

—Te pondré otro ejemplo, ¿vale, Marcos? Cada vez que les leo un cuento, hay que comprender que son niños pequeños y algunos pasarán de mí. Unos hablan entre ellos, otros cuchichean, y varios ríen e incluso se pegan.

—Obviamente.

—Pero todos se quedan sentados en su sitio, todos menos Aarón, que no aguanta ni un segundo y da vueltas alrededor de la clase corriendo.

—Cada vez me lo dejas más claro; a mi hijo le gusta el deporte.

—No creo que tenga mucho que ver con el deporte. —Carraspeó—. Me sabe mal decirte esto, pero sería conveniente hacerle a Aarón algunas pruebas, por si las moscas.

Sentí un punzón atravesando mi corazón al escuchar esas palabras.

—¿Pruebas? ¿Cómo pruebas? ¿De qué tipo? No te comprendo —pregunté, un poco alterado.

—Cálmate, puede que no sea nada preocupante. Verás, cada niño avanza a un ritmo diferente, pero Aarón hace cosas que, aun teniendo en cuenta las diferencias en el desarrollo, no son del todo normales.

—Menos mal que no me quieres asustar.

Yo no quería ver más allá de la verdad. La *profe* puso su mano sobre mi hombro para apaciguarme.

—Marcos, hace varios años que trabajo con niños pequeños y mi experiencia me dice que el comportamiento de tu hijo no es normal. No te estoy garantizando que exista un problema, y ojalá esté equivocada, pero debes comprender que sería conveniente hacerle pruebas para descartar esa posibilidad. Si no sabemos qué le pasa, no sabremos cómo actuar. Solo quiero lo mejor para él, y para ello necesito saber cómo ayudarlo.

—Ya... Supongo que, en el fondo, tienes razón. —Lancé un suspiro—. Hablaré con mi mujer

y pediremos cita.

Así lo hicimos y el horror llegó. Visitas médicas a puñados y pruebas sin parar de todos los tipos y colores: oído, sueño, actividad cerebral...

Esta historia ya te la he contado varios capítulos atrás.

Al final del recorrido, llegamos al resultado que leíste al principio de la biografía, en el día más duro de toda mi vida.

CAPÍTULO 5

MI ALMA HA CAMBIADO PARA SIEMPRE

Al salir del hospital, tras el diagnóstico de la neuropediatra, yo miraba a mi hijo con otros ojos.

Durante el trayecto de vuelta en coche, mi mujer y yo apenas pronunciamos alguna palabra. Ambos teníamos un nudo en la garganta del tamaño de Oklahoma. Este resultado nos pilló desprevenidos; no esperábamos regresar con la palabra “autismo” tatuada en nuestra mente, aunque una pequeña parte de ambos tenía el duro presentimiento de que existía un problema.

El resto de vehículos pasaban a nuestro lado a toda velocidad, y el silencio era tal, que el viento que producían sonaba con fuerza, haciendo vibrar los cristales de mi coche. Aarón estaba sentado detrás, riendo y emitiendo sus sonidos.

Hicimos una parada en casa de mis padres. Todos vivimos en la misma ciudad. Mi padre, como siempre, recibió a su nieto con una entusiasta alegría y lo subió a su casa en brazos, haciéndole cosquillas mientras Aarón reía y reía sin parar.

La casa de mis padres está en una finca situada en un barrio antiguo que consta de un gran garaje y dos plantas. Mi abuelo paterno perdió la vista en la guerra civil con apenas catorce años. ¿Tan joven? Sí. Pertenecía a una unidad llamada La Quinta del Biberón que constaba, básicamente, de menores que enviaban al frente. Durante un combate, una granada estalló delante de sus ojos y perdió la vista para siempre.

No revelaré en qué bando luchó porque, como expliqué antes, esta biografía no trata de política y parece que en estos tiempos la situación está un poco tensa respecto a ciertos temas, pero si te interesa, buscando La Quinta del Biberón en Google, encontrarás información.

Aunque suene un poco cruel, en los años setenta todavía no existían las opciones de ocio actuales, por ello, mi abuelo apenas podía hacer nada más aparte de escuchar la radio. Reunió el poco dinero que ganaba vendiendo cupones de lotería y lo añadió al que le daban mi padre y mis dos tíos trabajando como panaderos y, cuando mi tío, el mayor de los tres, y mi padre, el mediano, se casaron, construyó gracias a esos ahorros la finca familiar en la que estoy ahora. A cada uno le asignó una de las plantas, y al tercero de mis tíos, el menor, le dio un taller mecánico, que por cosas de la vida no funcionó bien y desde que tengo uso de razón es nuestro garaje.

Mi mujer y yo nos sentamos en el sofá de piel negra del comedor de mis padres. Mi padre seguía jugando con Aarón, llenando el comedor de peluches y piezas para montar.

—Bueno, ¿qué os ha dicho la neuropediatra? —preguntó mi madre.

—Nada bueno —dijo mi mujer.

—¿Nada bueno? —interrumpió mi padre mientras montaba piezas con Aarón, ambos sentados en el suelo—. ¿Ya estamos con lo mismo de siempre? —opinó, enfadado.

—Papá, los médicos saben más que nosotros —dije.

—Pero, ¿qué os han dicho? —preguntó mi madre de nuevo—. Me estáis asustando.

Tomé aire y hablé.

—Aarón es autista.

—¿Autista?! —gritaron mis padres a la vez.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó mi padre, algo desorientado y molesto—. ¿Quieren decir que mi nieto es tonto?

—No, Juan. Un niño autista no es tonto, ¡que te has quedado atrapado en los años ochenta! —le aclaró y regañó mi madre.

—El autismo es una condición que afecta a cada niño de una forma diferente. Unos son incapaces de hablar y se comunican con dibujos; otros desarrollan altas capacidades o se obsesionan con el orden. Aarón todavía es muy pequeño para saber cómo será —explicó mi mujer.

—Y dale otra vez con el mismo cuento de siempre... —comentó mi padre, quejándose—. ¡Los médicos no tienen ni idea! ¡Yo no hablé hasta que cumplí cuatro años!

—¿No dijiste que fue hasta los tres años? —recordé.

—Tres, cuatro... ¿Qué importancia tiene la edad?

—¡Juan, si han estudiado, sabrán más que tú! —gritó mi madre. Ella fue más receptiva que mi padre, pero lo comprendí porque él amaba a su nieto más que a nada en el mundo y hacerse a la idea de algo así en lo que dura un parpadeo no es tarea fácil—. Y ahora, ¿os han dicho qué tenéis que hacer?

—Nos han dado cita con la asistente social. Ella nos dirá cómo debemos proceder —explicó mi mujer.

Nos marchamos, rumbo a casa. Aparcamos cerca y subimos. Nos dejamos caer sobre el sofá y guardamos un tenso silencio, haciéndonos a la idea de que estábamos perdidos en un laberinto sin salida, desorientados en un nuevo y desconocido mundo, y que un largo y complicado camino había comenzado.

¿Qué era el autismo?, me preguntaba una y otra vez. Había escuchado cosas sobre ese trastorno, pero muy poco.

Recordé al niño del parche pirata, a Enrique, a David...

Todavía sentado en el sofá y con mi mujer a mi lado, busqué videos en YouTube que pudieran iluminarme un poco sobre el tema. La neuropediatra nos había dado cita con una asistente social que nos acompañaría en los infinitos trámites que estaban próximos, pero yo necesitaba en el presente conocer y aprender qué era lo que le pasaba a mi hijo.

Para empezar, busqué “Autismo en niños” e hice clic. Aparecieron decenas de vídeos. Toqué el primero de ellos.

En uno, el padre de una niña autista de unos quince años que sí hablaba, explicaba que ella estaba obsesionada con los Pokémon. Los veía en la televisión varias veces al día, coleccionaba toda clase de muñecos, cromos, ropa..., y dibujaba a sus personajes favoritos a todas horas. Ella misma habló a la cámara y confesó, emitiendo un tono robotizado e inexpresivo, que quería ser pintora de Pokémon cuando fuera mayor. Según explicó el padre, ella no tenía amigos y se pasaba el día en casa dedicándose a sus dibujos. Casi llorando, confesó que tenía esperanzas de que su hija, algún día, pudiera cumplir su sueño y ser una gran artista.

Salí del vídeo y busqué otro. Esta vez, era una madre la que aparecía en el primer plano. Explicaba que su hijo, un niño autista de unos diez años que todavía no hablaba, tenía hiperactividad, y el mayor problema del día a día estaba relacionado con los síntomas que acarrea dicho trastorno y que afectaban, no solo a él, también a la vida privada de ella y sus relaciones sociales, laborales y personales: “Insomnio, mala conducta, crisis...” ¿Crisis? ¿Qué era eso? Mientras veía el vídeo de esta madre, no le di la mayor importancia porque la neuropediatra no mencionó nada relacionado con la hiperactividad. A mi pequeño no le iban a dar esas crisis de las que hablaba esa madre, de eso estaba convencido.

¡Ay! Pobre de mí y de mi inocente ignorancia.

En un tercer vídeo, un niño de unos ocho años que tampoco hablaba, montaba un puzzle junto

a una terapeuta mientras los padres observaban. El juguete era para niños de dos años porque constaba solamente de seis piezas. El pequeño se distraía continuamente e ignoraba a la terapeuta que, con mucha amabilidad y tierna paciencia, animaba al chico a prestar atención y colocar las piezas en el lugar correcto. Él puso únicamente tres de seis partes del puzzle, y sus padres, entusiasmados, comentaron que era un gran avance. ¿Un gran avance? Pensé que estaban locos. ¿Cómo iba a ser un gran avance colocar solo tres piezas en un puzzle para niños de dos años?

Pasé varios vídeos más. Vi uno sobre un niño que apenas expresaba nada, tenía la mirada perdida y babeaba, otro que tenía un tic nervioso y se golpeaba a sí mismo en la cabeza cuando se alteraba, y una niña que se comunicaba a través de... ¿unos papeles cuadrados con dibujos muy simples? Por lo visto, cada dibujo representaba un objeto, una acción o un lugar.

Mi espíritu se saturó. En unos minutos tenía que aceptar que uno de los niños que aparecía en los vídeos podía ser igual que mi hijo. Asumir algo así..., de la noche a la mañana, no es sencillo ni agradable. En mi interior, una gran burbuja hizo presión sobre mi pecho al recibir de golpe toda esta información confusa y no pude contener un mar de lágrimas. En ese complicado momento, mi mujer se mantuvo firme y me abrazó y me consoló, sin embargo, sus palabras no surtieron efecto, y lloré, y lloré, y seguí llorando durante todo el fin de semana hasta que me ardían los ojos con un escozor insoportable.

Mi cabeza era un torbellino de incesantes preguntas que desencadenaban angustia, dolor y frustración cuando pasaban frente a mis pensamientos.

¿Existe una posibilidad real de que mi hijo no hable jamás?

¿Será capaz, al menos, de leer o comprender los dibujos?

¿No se sacará el carnet de conducir nunca?

¿Tendrá amigos y enemigos, igual que yo?

¿Tendrá una pareja que lo ame?

Y, sobre todo, la gran pregunta que a día de hoy sigue sin respuesta y provoca que El Señor Depresión, una sombra vestida con una capa perturbadora, me aceche cuando estoy triste, mirándome a través de mi ventana. ¿Qué será de Aarón cuando Vanessa y yo ya no estemos en este mundo?

Mi mujer, ayudada por mi madre y mi hermana, tiró de una cuerda que estuvo atada a mí durante todo ese fin de semana para hacerme regresar a su lado. Me alejó de la ventana por la que observaba a El Señor Depresión que, con su larga capa siniestra y una bruma oscura saliendo de los poros de su piel, me hacía gestos para que fuera hacia él. Ella habló conmigo y me ayudó a salir adelante. Evitó que me hundiera en un pozo oscuro que está tras una cabaña en mitad de un bosque y que se encuentra alejado de toda compañía.

No tenía dinero para ir a un psicólogo y mi pareja me ayudó a levantarme, pero debía enfrentarme a mi dolor por mí mismo o, tarde o temprano, caería en la oscuridad. Comprendí que, para salir adelante y pasar página, no sería suficiente con aceptar el autismo de mi hijo y debía despedirme de la vida que había imaginado junto a él, atravesar un inevitable luto, y conocer al auténtico Aarón de nuevo y desde cero.

Entré en su habitación, dispuesto a dar el paso. Las paredes eran de un color azul celeste, igual que las aguas del mar del caribe, y estaban decoradas con varias pegatinas de pececitos pequeños de muchos colores; una de un pulpo gigante y sonriente, y otra de una ballena con la misma expresión que el pulpo. En una estantería, ligeramente torcida porque la coloqué yo y ya sabes, *Acompañante*, que le tengo alergia al bricolaje, había un gran faro de juguete y varios barquitos de madera. Mi mujer quiso decorar su habitación con un toque marinero porque a Aarón le encantaba, y de hecho es algo que todavía le fascina, el agua. Encargamos un cuadro con el

dibujo de un pirata en el que estaba escrito “Camarote del gran capitán Aarón”.

Me senté sobre su cama, una litera de Ikea que me costó horrores montar, y miré sus peluches. Su favorito era uno de Stitch, ese extraterrestre azul de las películas de Disney.

Un Aarón imaginario entró y se sentó a mi lado mientras yo suspiraba contemplando las costuras de Stitch, y me miró con sus infantiles ojitos.

—Hola, papá —me saludó en mis pensamientos.

—Hola, hijo —respondí—. Estaba mirando tu peluche. Es increíble lo mucho que duran estas cosas. Tiene diez años y no se ha descosido ni una sola costura.

—¿Dónde compraste este peluche? Es mi favorito.

—Lo sé, hijo. Siempre te veo jugando con él. —Tomé aire y lo solté, despacio—. En Disneyland, en París, durante un viaje muy especial que hice con tu madre. ¿Sabes? Allí fue donde decidimos ser padres.

—¿Por qué fue allí, papá?

—Ese lugar es mágico, y a pesar de ir solos en pareja, disfrutamos como niños. Pero... al ver tantas familias con sus hijos, divirtiéndose y siendo felices, quisimos vivir una experiencia igual algún día, y coincidimos en que ambos queríamos ser padres.

—Ya... Supongo que habrá sido un palo descubrir en tan poco tiempo que existe la posibilidad de que jamás podáis hacer ese viaje. Lo siento, papá.

—No es culpa tuya, Aarón. Ahora mismo, hijo, no poder hacer ese viaje con tu madre y contigo jamás, es lo que menos me preocupa.

—¿Y qué te preocupa?

—Entre muchas otras cosas, que seas capaz de expresarte, de escucharme y comprenderme mientras te leo un cuento, de que te sorprendas viendo un espectáculo de circo, de contemplar tu emoción al meter tu primer gol, de celebrar tu cumpleaños y que soples las velas, de despertarte con ilusión para que abras los regalos de navidad, o de pasar una sencilla tarde en el cine —expliqué—. Sé que todo esto está pasando en el interior de mi cabeza, y a pesar de que no sea real, es agradable oír tu voz. ¿Te escucharé alguna vez hablando en el mundo real?

—Nadie puede responderte a esa pregunta, papá. Es posible que sí, es posible que no.

Dejo a Stitch de nuevo en su puesto, apoyado sobre la almohada.

—¿Sabes una cosa? Me habría gustado enseñarte a jugar a la videoconsola, enseñarte a conducir, a afeitarte, a ligar... Bueno, lo último no se me daba como para echar cohetes, pero no me quejo.

—Podrás enseñarme otras cosas que se adapten a mis necesidades, papá.

—¿Como cuáles?

—Tampoco puedo responderte a esa pregunta ni decirte lo que necesito. Te ayudará a comprenderlo mucha gente, si pones de tu parte, y necesitarás tiempo y paciencia para adaptarte. Será un camino difícil, pero lo superarás igual que has hecho siempre.

—Me gustaría que tuvieras una vida como la mía, que llegaras a casa borracho tras una fiesta con grandes amigos y yo te echara la bronca, que te pillara revistas para adultos escondidas bajo la cama durante tu pubertad...

—No necesito una vida como la tuya, papá, porque yo no soy como tú. Necesito que estés a mi lado y me muestres tu mano cuando lo necesite, no cuando tú quieras.

—Tengo miedo de no estar preparado y no ser capaz de estar a la altura.

—Dependerá de ti estarlo o no, papá, y de nadie más.

—No se lo he dicho a tu madre, pero estos días, desde que la neuropediatra nos dio tu diagnóstico, me he preguntado muchas veces... si soy responsable, en parte, de tu autismo.

—No es culpa tuya, papá. Estas cosas simplemente ocurren y no es responsabilidad de nadie, pero necesitarás ayuda para comprenderlo y asumirlo. —Aarón se puso en pie—. Ahora tengo que marcharme para siempre, y quiero que me prometas que cuidarás lo mejor que sepas a ese niño que te necesita.

—¿Y si lo hago mal?

—Cometerás errores, una y otra vez, pero ¿qué padre no los comete? No te preocupes tanto y avanza poco a poco. —Me abrazó con fuerza—. Aunque no pueda hablar, cada vez que te abraza, recuerda que te quiero.

—Adiós, hijo mío.

Salió de su habitación..., y lo dejé marchar.

El luto es algo que no se desvanece con el pasar del tiempo, sin embargo, aprendes a vivir con él como si fuera una cicatriz en tu piel. Por ello, poco tiempo después me tatué el símbolo del autismo junto al nombre de mi hijo para no olvidar que su condición será la mía y formará parte de mí, para siempre.

CAPÍTULO 6

LA EDUCACIÓN

Como les comenté a mis padres, la neuropediatra nos dio cita con una asistente social de mi ciudad para que pusiera en marcha la maquinaria. ¿Qué maquinaria? Si he de ser franco, yo no tenía la más mínima idea.

Acudimos con Aarón a la cita en un edificio del ayuntamiento y entramos en una sala llena de dibujitos por las paredes y juguetes de todo tipo bañando estanterías. Nos recibió una señora muy bajita y algo rechoncha. Llevaba un traje negro muy elegante y unas gafas gigantes que se aferraban a la punta de su nariz. Parecía mayor, debía tener más de sesenta años. Se sentó en una mesa con un ordenador, sacó de un cajón una carpeta y la calibró dándole unos ligeros golpecitos en la parte inferior sobre la mesa. Nos miró con ojos fulminantes. Supongo que la mujer pasó una mala noche rodeada de gatos.

—Bueno, Marcos y Vanessa, aun leyendo el informe de la neuropediatra tengo que examinar el comportamiento de Aarón para ver en qué escuela será recomendable matricularlo —nos explicó—. En las escuelas ordinarias hay una clase llamada “aula CYL” que podría ser adecuada para vuestro hijo.

—¿Aula CYL? —pregunté.

—Significa “Comunicación y Lenguaje”. Es un aula preparada para ayudar a los niños como Aarón, con un trastorno del desarrollo, a comunicarse y desarrollarse. ¿Él es capaz de hablar, aunque sea un poco?

—Nada —indicó mi mujer.

—¿No habla nada?! —exclamó la médium de la película Poltergeist—. Pues eso es un grave problema... —Miró a nuestro hijo, preocupada—. Voy a probar una cosa con Aarón. —Él ya había constituido un circuito con los obstáculos de la sala y lo recorría en bucle. Algunos niños autistas tienden a formar un recorrido en su cabeza y lo repiten sin parar. Pasaba por debajo de una mesa, después saltaba sobre la colchoneta, rodeaba un cojín cuadrado gigante, y vuelta a empezar, una, y otra, y otra vez—. ¡Aarón, hola! ¿Cómo estás hoy? —llamaba la asistente social, pero él no reaccionaba—. Aarón, ¿me escuchas?

—Disculpe —interrumpí—. En el informe de la neuropediatra está indicado que Aarón ni habla ni suele responder a su nombre. ¿Seguro que lo ha leído usted?

Frunció el ceño y me hizo pensar que se sintió ofendida.

—¿Pues claro que lo he leído! Solo quería comprobarlo por mí misma —dejó claro.

Una asistente social, ¿quería verificar si una neuropediatra estaba en lo correcto? Apaga y vámonos.

—¿Cómo matricularemos a nuestro hijo en un aula de comunicación si todavía es incapaz de hablar? —preguntó mi mujer.

—Simple y llanamente, no matriculándolo. El problema de Aarón no es que no sepa hablar, el verdadero problema es que no tiene ninguna intención comunicativa.

—¿Y qué intenta decirnos con eso? ¿A qué escuela irá Aarón?

—La más adecuada para él sería una de educación especial —lanzó de sopetón.

Sin prepararse, sin el más mínimo tacto ni emoción, como si mi hijo fuera una televisión que estábamos comprando y nos dijera: Oye, no tiene Internet, pero estad tranquilos que no es un problema. Le colocáis un reproductor USB externo y asunto resuelto.

—¿Por qué no puede ir a un colegio ordinario? —pregunté.

—¿Imaginas a tu hijo en una clase con treinta niños estudiando historia? No pararía de moverse y retrasaría a los compañeros, y por otro lado, él no tiene consciencia del concepto de historia. Ten en cuenta que su mente es la de un bebé.

—Cuando yo era pequeño, en mi clase había varios alumnos que hacían bullying y estorbaban continuamente, y tuve que soportarlos durante ocho largos años —increpé, indignado.

—Esto es distinto, Marcos.

Mi mujer puso su mano sobre mi muslo para calmar mi enfado.

A pesar de mi comentario, en la actualidad tengo una opinión muy diferente y comparto la de la asistente social, pero ella utilizó las palabras incorrectas. El problema de que mi hijo fuera a un colegio ordinario no era que no prestase atención, era que necesitaba dedicación más específica adaptada a su nivel, algo imposible de cumplir en un colegio ordinario.

—Pero... para que pueda ser admitido en un colegio de educación especial, Aarón tiene que ser... —susurró mi mujer.

—Discapacitado, eso es —confirmó la señora—. Os diré qué documentos tenéis que solicitar, dónde tenéis que ir y la gestión de las ayudas. No os preocupéis.

Otra vez, se hizo un nudo en mi garganta que apretaba una gran tristeza. Recuerdo que me mareé un poco.

¿Educación especial?

¿Discapacitado?

Mi hijo es... discapacitado.

Mi alma luchaba por no tocar fondo manteniéndose a flote, mientras, desde un barco cercano, El Señor Depresión me saludaba sosteniendo un chaleco salvavidas e invitándome a subir a bordo para marcharnos juntos en un viaje sin rumbo.

Mi hijo, mi renacuajo, mi pitufo... ¿es discapacitado?

—Te vas a ahogar, ya lo verás... —me susurraba con su larga capa negra y siniestra, acompañada de una sonrisa cruel—. Yo puedo ayudarte a superar el dolor, puedo buscarte un refugio seguro y lejos de todos los que te rodean.

Pero no accedí; tenía que ser fuerte.

Recordé a esas extrañas personas del Hogar del Minusválido y me pregunté: ¿El colegio de mi hijo sería un lugar igual, ese recinto frío y sombrío que parecía un hospital perturbador?

Cuando le comunicamos la noticia a la familia, algunos intentaron animarnos.

—Seguro que será lo mejor para él, ya lo veréis —opinó mi madre—. En esos colegios cuidan muy bien a los niños, ya no son como antes.

Otros, por el contrario, le quitaban leña al asunto con demasiada brusquedad golpeando con frases crudas como: Es lo que hay.

Aquel día aprendí una lección muy valiosa que me sigue acompañando hasta el día de hoy.

Cuando tienes un hijo discapacitado o con algún tipo de enfermedad, la gente, los amigos, los compañeros del trabajo y la familia pueden sentir lástima por ti y empatizar, pero nadie experimentará el dolor de un padre de la misma manera que tú mismo. Si no lo vives en tus propias carnes, si no es tu hijo, no sabrás lo que se siente realmente. Por ello, si quieres ayudar a alguien cercano a ti que está experimentando una situación similar a la mía, te recomiendo que hagas algo muy sencillo. Siéntate a su lado y dile: Dime cómo te sientes y exprésate como

quieras. Ríe, llora o grita, que estaré aquí para escucharte.

Déjalo reír a carcajadas, llorar a moco tendido, decir cosas buenas sobre su vida y también despotricar las experiencias negativas. Ya lo verás. Se sentirá mucho mejor y conectará más contigo.

En primer lugar, la asistente social procedió a explicarnos las ayudas disponibles y todo el protocolo a seguir, porque para ir a un colegio de educación especial debíamos tener antes un certificado de discapacidad.

Agárrate los machos, *Acompañante*, que viene curva.

CAPÍTULO 7

LA TEMIBLE BUROCRACIA

Me vas a tener que disculpar, querido *Acompañante*. Una vez hemos alcanzado este punto en la trama, no iremos por un orden cronológico exacto. Seguiremos avanzando en línea recta, pero habrá saltos en el tiempo debido a que es imposible contar mi historia de forma lineal, porque muchas de las situaciones se repiten o están muy alejadas las unas de las otras. Me tomaré ciertas licencias temporales, pero no te preocupes, *Acompañante*, porque iremos paso a paso y tema a tema. Por ahora, vamos a centrarnos en las ayudas que nos explicó la asistente social, que no son pocas ni sencillas de comprender.

Ojo, porque voy a explicar cómo funcionan los trámites relacionados con la discapacidad en España y desde mi percepción, por ello, es muy probable que cierta información que te dé sea errónea. Gracias a Dios, mi mujer se entera mejor que yo de estos protocolos, y también están las terapeutas del Grupo Estímulo al que todavía acude mi hijo, y el profesorado del colegio Torrepinos, que con su infinita paciencia han evitado que yo sufriera treinta y seis embolias por mi alergia burocrática.

Prepara tres cafés, *Acompañante*, porque esto tiene mucha tela.

Empecemos.

Lo principal, una vez han diagnosticado el autismo del niño, es solicitar el certificado de discapacidad. Sin ese documento, estás perdido, porque no puedes acceder a ningún otro tipo de ayuda o prestación. Para solicitarlo se necesita, como es lógico, el certificado médico donde se indique el autismo del menor y su nivel, y una serie de papeles que te dará tu comunidad autónoma. Se deben entregar rellenos en el ayuntamiento de tu población o vía Internet con los correspondientes documentos nacionales de identidad sin caducar, incluido el del niño. ¡Ah, sí, se me había olvidado! Porque el pequeño debe tener un documento nacional de identidad, sí o sí, para poder gestionar cualquier trámite, ya que las ayudas las pide él y tú solamente eres su representante legal, así que ya sabes lo que toca. Pide cita en una comisaría de la policía nacional, espera al día que te haya tocado, y consigue hacerle una foto decente con lo nervioso que es. ¡Ahora sí! Con el certificado médico, el documento nacional de identidad y los cientos de papeles de tu comunidad rellenos y en tu poder, ya estás listo para solicitar el certificado de discapacidad. Pasado un mes, aproximadamente, llega el certificado a casa con un porcentaje de discapacidad. En el caso de Aarón, fue del treinta y siete por ciento, suficiente para pedir algunas ayudas. ¡Pero atento, *Acompañante*! Porque ese certificado caduca a los cinco años, así que toca repetir el proceso para renovarlo, esta vez, añadiendo un informe escolar, otro de la psiquiatra y otro más del imperio galáctico. Lo último es mentira, pero ¿a que molaría?

Toma aire y da un trago al café, que seguimos.

Las primeras ayudas, que se pueden pedir de forma presencial y por Internet, son unas que otorga la seguridad social sin que necesites tener un mínimo de ingresos, y constan de mil euros al año, cobradas en mensualidades, según me dijeron ellos, de unos ochenta y tres euros, e ingresadas en dos cuotas de quinientos euros. ¿Tú entiendes algo? Yo tampoco. En resumen: quinientos euros cada seis meses.

Si no renuevas el certificado de discapacidad, pierdes esa ayuda y tienes que solicitarla de nuevo. A mí me pasó por falta de conocimiento.

Por otra parte, están las ayudas para el cuidador o de dependencia. Es decir, si una madre o padre no puede trabajar porque debe cuidar al menor, puede cobrar una pensión que ronda entre los doscientos cincuenta a setecientos euros aproximadamente, dependiendo del nivel de dependencia que tenga el niño. ¿Qué significa eso? Pues que cada niño autista es un mundo. Unos hablan, otros no, unos pueden comer solos, y otros son incapaces. Y no todos los niños discapacitados son autistas. Hay algunos que ni siquiera pueden moverse y necesitan ayuda para casi todas las tareas diarias como ducharse, comer y vestirse. Así que, otra vez, a rellenar doscientos papeles, adjuntando entre ellos el certificado de discapacidad, y a esperar que acuda a casa un inspector para comprobar el nivel de dependencia del niño, que no es lo mismo que el certificado de discapacidad.

Has leído bien: Un inspector viene a casa.

¿Te has perdido? No te preocupes, te lo explicaré de otra forma. Mi hijo, por ejemplo, tiene un treinta y siete por ciento de discapacidad, pero un grado dos de dependencia entre los tres que hay. ¿Por qué? Pues porque, aunque todavía no hable, sí que come solo, camina perfectamente, y se ducha sin ayuda, sin embargo, no es lo mismo que no hable un niño de tres años a que lo haga uno de diez, por ello, cuando renovemos ambos certificados será muy probable que suba de nivel de discapacidad y de dependencia. Porque esa es otra cuestión: El certificado de dependencia también caduca cada seis u ocho años, no lo recuerdo con exactitud.

Otra de las ayudas que se pueden solicitar son las MEC. No, *Acompañante*, no es el grito que hace El Correcaminos. ¿Qué significa MEC? Sinceramente, ni idea. Estas son las ayudas que más me cuesta comprender, así que muy probablemente mi explicación te creará más dudas que respuestas. Las MEC son un tipo de ayudas que se prestan para la escolarización. Cuando un niño va a educación especial, prácticamente todo es gratuito, ya sea la comida del comedor, el transporte hasta la escuela o el material escolar. Raras veces el colegio pide una pequeña cuota para cubrir algunos gastos extra, pero estamos hablando de veinte euros al mes o así, al menos es lo que pide el colegio de mi hijo. Dentro de esas ayudas MEC, hay una para terapias extraescolares, ya sea el logopeda, el psicólogo o terapia ocupacional. En mi caso, mi hijo fue al Grupo Estímulo que mencioné antes, un centro de terapias y en el que todavía sigue en la actualidad. Si una familia lleva a su hijo a un centro de terapias similar, cuando dicho centro es admitido por la dirección de la comunidad autónoma como centro especializado, pueden pedir una serie de ayudas para sus necesidades y se necesita el certificado de discapacidad.

Debes tener en cuenta que, tanto el certificado de discapacidad como el de dependencia, caducan. ¿Significa que la discapacidad de mi hijo dejará de existir? Obviamente, no.

Según escuché de un amigo, existe el certificado de discapacidad permanente, pero mi hijo todavía es demasiado pequeño para solicitarlo.

Todo el trámite conlleva permisos laborales y desplazamientos. Así que, cada cinco años, nos toca volver a visitar a la neuropediatra para que redacte un informe, a la psiquiatra para que haga otro, al colegio le toca el suyo y al centro de terapias también, y mi mujer y yo..., a rellenar papeles sin parar. Eso solo para renovar el certificado de discapacidad, porque con el certificado de dependencia es más de lo mismo, añadiendo otra visita del inspector a nuestra casa para elaborar su informe.

Por último, están las retenciones del IRPF, que, sinceramente, no tengo ni idea de cómo funcionan o cuánto retienen. Llegado a este punto, entre las solicitudes de ayudas, renovación de papeles y visitas médicas, mi cerebro colapsó y decidí aceptar a ciegas el borrador de la

declaración de la renta cada año.

Ya puedes soltar aire, *Acompañante*.

CAPÍTULO 8

VISITA AL COLEGIO

Tras la cardiogénica charla sobre las ayudas, la asistente social nos dijo que debíamos elegir el colegio de educación especial al que queríamos que fuera nuestro hijo. En mi ciudad había dos.

Cardiogénico significa que es tan estresante que produce un infarto.

Mis padres se quedaron con Aarón para que pudiéramos hacer la visita del primero. El recinto parecía un hospital, blanco y sin apenas decoración, la verdad. Tenía un gran patio donde Aarón podría correr y jugar sin parar, pero le faltaba vegetación. Aun así, mi mujer y yo le dimos una oportunidad. La directora nos recibió con mucha amabilidad y nos mostró las instalaciones. Algunos niños se cruzaron con nosotros corriendo. Los profesores nos saludaban al vernos y fueron muy amables. La directora, joven, delgada y con el pelo corto, nos mostró el aula de fisioterapia para los pequeños. Nos preguntó si Aarón la necesitaría, y respondimos que no, que era un niño muy activo y con un par de piernas fuertes y rápidas. Nos impactó esa sala. Había cuatro camillas y dos estaban ocupadas por fisioterapeutas haciendo masajes a niños. Uno de esos pequeñajos tenía las piernas muy delgadas y mal formadas, y guardaba silencio mientras calmaban el dolor de sus piernas. Los terapeutas saludaron a mi mujer y todos, directora incluida, hablaron entre ellos, pero yo no escuché nada; solamente veía cómo se movían sus bocas al hablar mientras yo no apartaba la mirada de ese niño. Sus ojos azules conectaron con los míos.

¿Qué pasaría por la cabeza del pequeño? ¿Qué pensaría de sí mismo? Se me ocurrió que, quizá, al igual que cuando vemos a alguien con un coche mejor que el nuestro y sentimos cierta envidia, a él podía ocurrirle lo mismo cuando viera a otros niños jugando y corriendo. ¿O no, y ese niño era incluso más feliz que yo, a pesar de su discapacidad?

Salimos del centro y mi mujer estaba en shock. Tenía los ojos como platos.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunté—. Estás muy blanca, y que justamente yo diga eso...

—¿Has visto bien este colegio? —me dijo.

—Claro. ¿Qué te ha parecido?

—¿Qué me ha parecido? Marcos, siempre imaginé a Aarón en un colegio lleno de dibujos y colores, y almorzando feliz en el recreo. Aquí... ¿Qué pinta aquí Aarón? Han sido muy amables con nosotros, lo reconozco, pero... parece un hospital.

—Ya. Estoy de acuerdo contigo. ¿Quieres que echemos un vistazo al otro colegio?

—¿Y si el otro colegio resulta ser igual que este? Aarón no será un niño feliz en un lugar tan frío y cerrado. Si el otro centro resulta ser similar a este..., ¿no nos quedan más opciones? —comentó Vanessa, a punto de llorar.

—No te precipites. Si el otro centro es como este, ya veremos qué hacemos.

Decidimos echar un vistazo al otro colegio que había para elegir, porque este, a pesar de tener un equipo de profesionales muy amables, estaba más centrado en niños con parálisis cerebral o algún tipo de disfunción motora, y mi hijo, gracias al cielo, se movía mucho y estupendamente. Además, no había mucha vegetación y Aarón era fanático del aire libre.

El segundo colegio estaba a dos calles de la casa de mis padres, así que ese punto era positivo. Los tendríamos cerca si necesitábamos que recogieran a nuestro hijo.

Esta vez, fuimos acompañados de Aarón, que todavía era lo suficiente pequeño para ir en carrito. Cuando entramos en el segundo colegio, mi mujer y yo sentimos que ese era el lugar perfecto para nuestro hijo. Había árboles altos y verdes por todas partes, abundante aire puro, un bonito parque de juegos con columpios y toboganes, y espacio de sobra para correr, reír y ser feliz. Hicimos la visita durante el inicio del periodo escolar, pero dada nuestra situación y lo prematuro del diagnóstico de nuestro hijo, la directora hizo una excepción y le asignaron una plaza. Hasta el momento, los niños del centro estaban dentro de su clase y la visita estaba transcurriendo con tranquilidad. Junto a nosotros, una madre acompañada de su hijo de unos cinco años, y posible futuro alumno, contemplaban el espacio con curiosidad. Él sostenía un pequeño peluche de Tigger, el amigo del oso Winnie, y lo movía de un lado para otro, como si lo hiciera bailar de felicidad.

—¿Le gusta el colegio a Tigger? —preguntó la madre.

El pequeño puso su peluche pegado a su oreja, como si escuchara las palabras que este le quería decir.

—¡Sí, mamá! —exclamó con entusiasmo—. ¡Le gusta mucho!

Madre e hijo se fueron por otro lado, y a nosotros nos acompañó la directora hasta su despacho para explicarnos el funcionamiento del centro. Era un poco mayor que nosotros, de pelo corto y rizado. Su oficina estaba en la primera planta, en lo alto de unas escaleras blancas de una antigua casa de hace más de cien años muy bien restaurada y adaptada. Entramos con Aarón todavía en el carrito y durmiendo, y nos ofreció asiento amablemente.

—En primer lugar, me llamo Bea —se presentó—. He leído el diagnóstico de Aarón y quiero que sepáis, Marcos y Vanessa, que aquí estará muy bien atendido, tendrá una educación adaptada a su nivel y sus necesidades, y podrá crecer académicamente con nosotros hasta que alcance una edad en la que esté preparado para adaptarse a la sociedad, que suele rondar los veinte años.

—¿Adaptado a su nivel? —preguntó mi mujer—. No te comprendo.

—Las clases están organizadas por grupos dependiendo de las capacidades y necesidades de cada alumno. Normalmente, hay un profesor cada cuatro niños, e incluso, a veces, hay un ayudante para prestar apoyo a ese profesor. Aarón todavía no habla y no tiene intención comunicativa, por ello, nuestro principal objetivo será conseguir que sea capaz de expresarse y comprender su entorno y, por supuesto, comprenderos a vosotros.

—¿Y cómo se comunicará si no habla?

—Existe un sistema de comunicación a base de pictogramas. ¿Lo conocéis?

¡¿Cómo ha dicho?! Tendremos que comunicarnos con nuestro hijo con... ¿dibujos? Tierra, trágame ahora mismo.

—Me vas a tener que disculpar, pero no comprendo nada —dije.

—No te preocupes, Marcos. Entiendo que este es un mundo confuso y nuevo para vosotros dos, pero ya aprenderéis con el paso del tiempo y un poco de paciencia. Este sistema de comunicación no se implanta de la noche a la mañana. Aarón necesitará años para dominarlo. Con suerte, quizá no tanto. Cada niño avanza a un ritmo dependiendo de su grado de autismo, pero, lo normal, es que tarden unos años en dominar el sistema de pictogramas.

Entré en mi cerebro y añadí un nuevo concepto de forma permanente a mi base de datos: El Pictograma.

Resoplé con ansiedad.

—Entonces, ¿es seguro que Aarón no hablará nunca? —pregunté, muy preocupado.

—Tampoco he dicho eso. Con ese sistema, al repetirle las palabras de los dibujos y a base de escucharlas, es posible que él las repita. —Aarón, desde su carrito, abrió los ojos y despertó—.

¡Anda, mirad quién siente curiosidad por su nuevo colegio! ¡Hola, Aarón! ¿Cómo estás? ¿Te gusta este cole?

Él sonrió y bailó sevillanas.

—Habitualmente hace eso con las manos cuando está contento —explicó mi mujer.

—Es normal en los niños autistas, Vanessa. Son una especie de tics. Unos agitan el cuerpo, otros hacen expresiones extrañas... Se llaman estereotipias.

Subí hasta mi cerebro para añadir una nueva palabra.

Toc, toc.

Llamé a mi puerta y me abrió una neurona un poco engreída.

—¿Otra vez tú?! —se molestó—. ¿Qué quieres ahora, pesado?

—¡Hay que parar las rotativas, es una orden! —expliqué—. Tenéis que cambiar la definición de “Sevillanas” por “Estereotipias”.

—¡Es imposible! Por culpa de tus fiestas de adolescente, solo quedamos tres empleados y todavía estamos grabando “pictogramas”. ¡El sistema no da para más! Además, ¿de qué rotativa hablas? ¡Esto es un cerebro, no un periódico!

—Hablabas en metáfora. Haz lo que te pido y graba en la base de datos la palabra “estereotipia”, que para algo soy tu jefe.

Mi neurona sonrió con picardía.

—Marcos, sabes perfectamente que no tienes ningún tipo de autoridad aquí y te hacemos ver lo que nosotros queremos. ¿Quieres que te recuerde en qué no dejabas de pensar durante tu pubertad, piratilla?

—¡Vale, vale, no sigas! ¡Corta ya! —ordené—. En el futuro quiero escribir una biografía y habrá ciertos temas que no podré tocar. No será como en mis thrillers. —Carraspeé—. Te lo voy a pedir amablemente, neurona querida. Por favor, actualiza ese dato, ¿vale? “Sevillana” por “estereotipia”.

—Uf... —suspiró—. Está bien, lo actualizaré, pero a ver si contratas personal de una vez, que no damos a basto. —Una mosca pasó por delante de mis ojos y sentí una necesidad antinatural de contemplarla embobado. La neurona chasqueó sus dedos frente a mí—. Marcos, ¡espabila!

—¡Sí, sí, perdona, neurona! —grité, sobresaltado—. ¡”Pedir pizza para cenar”, lo tendré en cuenta!

—Este chico es tonto —susurró—. Hicimos bien en quitarle el pelo de la cabeza.

Cerré la puerta y volví al exterior, al mundo real.

Mi mujer y yo decidimos matricular a Aarón en ese colegio. Rellenamos y firmamos allí mismo unos papeles, y la directora nos acompañó hasta el exterior mientras yo sostenía a mi hijo entre mis brazos.

Los alumnos habían terminado sus clases y todos salieron de sus aulas en masa. Corrían y gritaban de felicidad, algunos directos hacia el parque para jugar, y otros se sentaron en unos bancos porque les costaba caminar y parecían agotados. Me pillaron por sorpresa una decena de niños que se acercaron corriendo al darse cuenta de que Aarón podía ser un posible próximo compañero.

Uno de los niños no hablaba bien porque tenía los dientes muy mal formados y dijo, con una gran sonrisa, algo acerca de mi hijo que no entendí. Otro era bajito y llevaba puestas unas enormes gafas redondas que duplicaban y difuminaban el tamaño de sus ojos. Saltaba con energía y lleno de alegría alrededor nuestro.

—¡Qué bebé más bonito! —se escuchó.

Una niña muy corpulenta y con el pelo muy largo, que avanzaba con pasos lentos y torpes

columpiando su cuerpo, como si fuera el gigante de una novela de fantasía, cotilleaba desde pocos metros de distancia.

—¿Vendrá a este cole con nosotros? —preguntó a la directora un niño muy alto y delgado, que tenía la mirada perdida y los brazos plegados con timidez, y ella asintió.

El chico debía medir casi dos metros, llevaba puesto un pantalón vaquero muy corto que mostraba unas piernas bastante flacuchas, y su piel era morena y peluda. Cuando le hizo la pregunta a la directora, ni siquiera la miró a los ojos.

—¡Claro! Será vuestro compañero —les dijo, y la alegría se extendió como si hubiera llegado la Navidad por sorpresa.

—¡Bien, qué guay! —gritaron al unísono.

Pero de todos ellos, al que más recuerdo fue al Pitufito bajito de gafas colosales que saltaba con entusiasmo. Cesó su baile y transformó su adrenalina en timidez. Se apoyó en mis brazos, levantó la cabeza y miró con ternura a mi hijo.

—¡Oh, es especial! —dijo—. Aquí lo vamos a cuidar y querer mucho.

Tranquilo, *Acompañante*. En tu casa no hay ninjas invisibles cortando cebollas.

El proceso no ha sido sencillo. Adaptarse a la dinámica de una escuela especial difiere considerablemente de la experiencia en una escuela convencional, donde las calificaciones son reemplazadas por exhaustivos informes pedagógicos que detallan las actividades y logros, incluso aquellos que no se llevan a cabo de manera deliberada por parte de mi hijo. Nos hemos enfrentado a periodos de intensa frustración, momentos en los que parece que no avanzamos en absoluto, sino que solo nos encontramos con rabietas persistentes y problemas de comportamiento. La esperanza de que pase a un nivel superior de clases se desvaneció. Hemos comprendido que el enfoque educativo se centra más en enseñar habilidades prácticas para la vida cotidiana que en materias tradicionales como el lenguaje o las matemáticas. Aquí, se les enseña la crucial capacidad de autorregulación en momentos de frustración y la habilidad para comunicar sus necesidades de manera efectiva.

Las actividades incluyen tareas domésticas y talleres de cocina, habilidades que son fundamentales para la independencia en la vida diaria. En la actualidad, estamos agradecidos por el camino que nos ha ofrecido esta escuela y el crecimiento que ha experimentado Aarón. Después de cuatro años, finalmente lo vemos avanzar a la clase de los medianos, un logro que celebramos con gratitud.

CAPÍTULO 9

LOS PICTOGRAMAS

La comunicación es algo esencial en la vida de todos, seas autista o no. Es vital para hacerse entender. Sin un sistema de comunicación, a la larga, estamos perdidos. Existen de muchos tipos, desde la escritura, el lenguaje de signos, y el *klingon* si no quieres que se acerque nadie del sexo opuesto.

Para ayudar a Aarón a desarrollarse y a comunicarse, íbamos dos veces por semana a un centro de terapias público. Tenía cuatro años cuando empezó. El primer día, pedí permiso en el trabajo y acompañé a mi mujer, pero el resto vendría ella en el metro, en un recorrido de una media hora, acompañada de mi tía.

Cuando llegamos, comprobamos que la recepción era algo fría y silenciosa, pero no me sorprendió. Al fin y al cabo, estábamos en el área de un hospital. Aun así, para amenizar un poco la espera de los pequeños, decoraron el lugar con, demasiados en mi opinión, dibujos de personajes de Disney, animales sonriendo con expresiones humanas y otros niños jugando. Recuerdo que, por casualidades del destino, la Navidad estaba próxima y adornaron un arbolito pequeño que, en lugar de bolas de colores, tenía dibujos que representaban cosas colgando. En uno estaba escrita la palabra “pasear” y representaba un muñeco hecho de palos caminando por la calle. En otro, estaba escrito “jugar” y aparecía el mismo personaje delgaduchito construyendo una casa hecha con figuras geométricas básicas, como un cuadrado azul o un triángulo verde.

El primer día teníamos sesión de comunicación, pero después alternábamos con terapia ocupacional. ¿Qué es la terapia ocupacional, te preguntarás? Y si no te lo preguntas, te lo explicaré igualmente. La terapeuta de Aarón para esas sesiones se llamaba Ana. Era una chica muy simpática, amable y, para que nos vamos a engañar, paciente. Se encargaba de ayudar a nuestro pequeño a realizar tareas cotidianas, como unir puzzles, descartar colores, psicomotricidad o calmar su ansiedad bucal. Entre otras cosas, nos ayudó a deshacernos del chupete de una vez por todas.

Volviendo a la sala de espera con los dibujos de personajes delgaduchos.

Llegó nuestro turno y una joven muy sonriente y amable nos invitó a una sala. Ella tenía una bata blanca, algo obvio, y unas gafas de diseño con la moldura negra. No pasaría de los veinticinco años.

Cruzando el umbral de la puerta, pude comprobar que el interior era mucho más bonito que el exterior, con colchonetas de colores, peluches variopintos y juguetes de todo tipo. Incluso tenían pequeños toboganes. Había varias salas ocupadas con otros niños haciendo terapia.

Accedimos a la que nos asignaron. Era diminuta, con un ordenador sobre una reducida mesa negra de oficina, una mesita liliputiense con cuatro sillas para niños de equitativo tamaño, algunas esterillas de colores pastel y varios juegos de mesa con el cartón de la caja desgastado.

Todos nos presentamos y comenzamos la sesión.

He olvidado cómo se llamaba, soy un absoluto desastre recordando nombres. Me vas conociendo un poco en esta historia, *Acompañante*, y sabes cómo soy. La voy a llamar... Lourdes. Me viene ese nombre a la cabeza cuando la recuerdo.

—Marcos y Vanessa, vamos a iniciar con Aarón el proceso de aprendizaje de la comunicación mediante pictogramas —explicó Lourdes.

—¿Y en qué consiste? —pregunté—. En el colegio al que irá Aarón, nos explicaron algo relacionado con este sistema de comunicación.

—Un pictograma es la imagen representativa de una acción, un objeto o un lugar. Por ejemplo. Si quiere comer, cogerá el pictograma de “comer” y te lo entregará. Más adelante, si funciona, será capaz de componer frases complejas, como por ejemplo, “Quiero comer pasta” mostrándote tres pictogramas. Pero, de momento, vamos a centrarnos en lo básico. Ahora le pediremos que entregue un papel en blanco, lo que significa que está pidiendo algo. Si lo logra, será un gran paso, porque quiere decir que tiene intención comunicativa.

Ojeé una carpeta con decenas de dichos pictogramas. Eran cuadrados de cinco centímetros por lado, unidos a la carpeta con un velcro y con un dibujo en el que aparecía el señor flacucho hecho con palos que también colgaba del árbol de Navidad. Algunos despertaban cierta confusión, como el del verbo “dar”, que consistía en dos hombres palo pasándose una pelota.

—Estos dibujos son muy abstractos —opiné—. ¿Cómo comprenderá que este dibujo se trata de “dar” y no, por ejemplo, de “jugar”?

—¿Cómo sabes tú que una caja de cartón se utiliza para guardar cosas y no para viajar al espacio? —me preguntó Lourdes—. Porque estoy convencida de que, cuando eras pequeño, empleaste alguna caja como nave espacial.

—Supongo que a base de usar las cajas varias veces como objeto de almacenaje.

—Correcto, Marcos. Aarón, a base de repetir y repetir, comprenderá para qué sirve el pictograma. Tranquilo, que no lo aprenderá en un día ni en dos. Ahora, como os dije a tu mujer y a ti, lo primero será conseguir que tenga intención comunicativa.

Intención comunicativa...

Hasta ese momento, la única intención comunicativa que tenía mi hijo era mirarte de reojo y volver a subir a su nave espacial para recorrer el universo a solas, ajeno a todo lo que giraba a su alrededor, explorando los planetas de su mente, sin darle importancia a nuestra presencia, sin saber que nosotros estábamos junto a él.

Recuerdo cuando Aarón apenas era un bebé que todavía estaba en el parque. Mi mujer y mi mejor amiga hacían caras extrañas y muecas, y Aarón reía y reía sin parar. Teníamos un dinosaurio de juguete que perseguía un hueso y funcionaba por control remoto. A mi hijo le encantaba. Gateaba hacia él y se reía cuando lo veía moverse. En ocasiones, caía bocabajo por las intensas carcajadas y, como es obvio, a nosotros se nos pegaba su risa. Un miembro de la familia que ya no está con nosotros, nuestra querida perrita Nela, diminuta, más cariñosa que un trozo de pan mojado en un helado de fresa, y de color canela, de ahí su nombre, intentaba cazar el hueso del dinosaurio y Aarón se ahogaba de risa al verla ladrando a su muñeco.

¿Alguien se atrevería a negarme que la risa de un niño es uno de los sonidos más hermosos del mundo?

La bonita risa de mi hijo fue apagándose poco a poco, día a día, hasta casi silenciarse. De vez en cuando, reía porque sí, sin embargo, ya no reaccionaba a nuestras muecas o sustos como antes.

—Entendido. ¿Cómo funciona el sistema de pictogramas? —preguntó mi mujer.

—Primero, debemos ofrecerle algo que le guste mucho. ¿Qué es lo que más llama su atención?

—Comer —interrumpí, convencido de mi respuesta.

Vanessa y Lourdes rieron con mi comentario, ¿o de mí?

Da lo mismo.

—No, Marcos —negó Lourdes—. Utilizar la comida para llamar su atención no es una buena idea. Si cada vez que quieras hacer un ejercicio de pictogramas con él, le tienes que dar algo de comer, se pondrá enorme como un cachalote.

—Claro. Tiene su lógica —acepté.

—Los niños autistas suelen padecer algún tipo de trastorno alimenticio debido a su ansiedad. Debéis controlar su alimentación con una dieta sana, pero tampoco pasa nada porque le deis algún capricho de vez en cuando. Cuidar su salud es bueno, pero obsesionarse con cada gramo o ingrediente de lo que consume, no es recomendable para vosotros. No puedo daros ningún nombre, pero a este centro vienen algunos padres que rigen la dieta de sus hijos con mano de hierro. Controlan cada gramo de proteínas, azúcar y fruta que les dan hasta convertirlo en una obsesión. Cuidado con eso.

—Parece como si fuera algún tipo de trastorno.

—Lo es, y se llama ortorexia. Advertencias aparte, ¿hay algún dibujo animado o película que le guste mucho a Aarón? La podríamos utilizar para llamar su atención.

—Sí, claro —confirmó mi mujer—. Le fascina la canción de la introducción de la serie Vampirina.

Lourdes encendió su ordenador y buscó esa introducción. Aarón ya había construido su circuito, corriendo de aquí para allá.

—Muy bien. Pues probemos con la introducción de Vampirina. Ahora pondré unos segundos del vídeo para despertar su interés, ¿de acuerdo? Cuando le dé a pausa, os diré qué hacer.

Lourdes le dio al botón de reproducir.

El pequeño correcaminos seguía con su ruta cuando, de repente, escuchó una voz juvenil saliendo de los altavoces del ordenador y cantando “¡Vampirina! ¡Éramos normales en Transilvania...!” Se detuvo en seco y se acercó al monitor con una gran sonrisa en su rostro. Pasados unos quince segundos, Lourdes pulsó el botón de reproducir de nuevo y el vídeo se detuvo, algo que confundió y paralizó a Aarón.

—Se ha quedado extrañado, Lourdes —comenté—. Si no hacemos nada, dará vueltas alrededor de su circuito otra vez.

—Ahora tú, Marcos, acompáñale hasta el papel blanco pegado en la carpeta que está sobre la mesa con un velcro, ponlo en su mano y haz que me lo dé.

Efectivamente, un diminuto papel blanco reposaba en la tapa de la carpeta azul en la que hace un momento eché un vistazo a la colección de pictogramas.

—¡Ah, vale! Comprendo. —Así lo hice. Acompañé a mi hijo hasta el papel en blanco, se lo di y él lo dejó caer al suelo, volviendo a su circuito. Corría y saltaba en libertad—. No hace caso, Lourdes.

—Y es normal, Marcos. ¿Tú aprendiste las lecciones a la primera?

—Ni a la segunda, ni a la tercera.

—En ese caso, me estás dando la razón. Vamos a intentarlo de nuevo, ¿vale? Es posible que no lo aprenda en un día, ni en dos. Necesitará tiempo.

Pasaron las sesiones de terapia y los intentos en casa, repitiendo lo mismo sin parar. Video de Vampirina, pictograma blanco en mi mano hasta la de Aarón, y... ¡Mayday, mayday! ¡Pictograma en caída libre hacia el suelo!

Como padre, puede ser muy frustrante repetir la misma acción incesantemente sin obtener ningún resultado. Al cabo de las semanas, volvimos a terapia, como tocaba ese día. Tuve que acudir a todas las sesiones porque Aarón se puso muy nervioso en el viaje en tren con tanta gente

amontonada, así que pedí permiso en el trabajo para, dos mañanas a la semana, ir con mi hijo a las terapias.

Mi mujer me explicó que Aarón se dio cabezazos contra el carrito, zarandeándose con mucha fuerza, y lloraba gritando con rabia. Me confesó que se sintió observada por la gente que estaba en el metro y nadie se dignó a preguntar si necesitaban ayuda. Yo no iba a permitir que algo así sucediera de nuevo.

—¡Hola, Aarón! ¿Cómo estás esta mañana? —le saludó Lourdes. Él, igual que en todas las sesiones, la ignoró y se metió en su circuito—. ¿Cómo ha ido estos días con los pictogramas? —nos preguntó.

—Nada. No les hace ni caso. Los deja caer al suelo —explicó mi mujer.

—Bueno. Hay que seguir intentándolo, no tenemos otra opción. Voy a encender el ordenador para poner el vídeo de...

—No, está vez Vampirina no —pedí—. Ahora su escena favorita es una de la película Los Minions en la que hipnotizan a tres guardias de la corona de la reina de Inglaterra y los hacen bailar.

—¡Oh, vaya! Pues nada. Pondremos ese vídeo.

Lourdes buscó la escena en YouTube, la encontró e hizo clic en el botón de reproducir. El instinto arácnido de Aarón reaccionó al escuchar la canción de su nueva película favorita y se acercó a la pantalla. Pasados unos quince segundos, igual que siempre, Lourdes pulsó el botón de reproducción y detuvo el vídeo.

—Bueno, voy a darle el pictograma blanco, aunque lo dejará caer al... —interrumpí mi frase, porque algo desconcertante sucedió—. Aarón..., ¿qué haces?

Mi hijo, sin ayuda de nadie, caminó hasta la carpeta azul y tras emitir una estereotipia agitando sus manitas, las utilizó para agarrar el pictograma blanco. Se quedó mirándolo, dudando acerca de qué era lo que debía hacer con él. Lourdes extendió su mano hacia Aarón como un mendigo pidiendo limosna. Ninguno de los tres emitimos ni un solo sonido. Solamente... esperamos.

Él se aproximó a su terapeuta y alargó su bracito minúsculo para entregarle el pictograma blanco con el que tendría autorización para seguir viendo la milagrosa escena de los tres guardias de la reina de Inglaterra bailando con sus grandes melenas tras ser hipnotizados.

—¡Muy bien hecho, Aarón! —gritó ella e hizo clic para reproducir la escena. Mi pequeño apoyó sus brazos frente a la pantalla y disfrutó de su merecido premio. Lourdes nos sonrió con ternura—. Acaba de mostrar intención comunicativa. Es su manera de decirnos que quiere continuar viendo el vídeo. Algo tan sencillo como entregar un simple papel en blanco os parecerá una bobada, pero para un niño como Aarón, es un paso de gigante.

Mi mujer no pudo contener sus lágrimas de alegría al descubrir que todavía había esperanza para nuestro hijo, aunque el trayecto que teníamos por delante iba a ser largo y complicado de recorrer.

CAPÍTULO 10

EL BIEN Y EL MAL

Para un niño autista, la falta de comunicación lleva a la falta de comprensión y, por consiguiente, a mucha dificultad para diferenciar entre lo que está bien y lo que está mal.

Te pondré un ejemplo, *Acompañante*, y así avanzamos un poco en el tiempo.

Aarón sobrepasó los cuatro años y tenía casi cinco. Empezó a hacer sus cosas en el baño él solo. Si algo destaca en Aarón actualmente es su independencia en ciertos ámbitos. Se baña por su cuenta y come sin necesidad de apoyo, eso lo tienes claro, *Acompañante*. Pero ahora, además, busca películas y dibujos animados en el móvil con una habilidad que ya le gustaría tener al protagonista hacker de Mr. Robot.

Ahora va al baño sin ayuda y hace sus cosas, pero en el momento de esta anécdota, Aarón todavía se hacía pipí encima en contadas ocasiones.

Aquel día, mi mujer y yo estábamos viendo una película tranquilamente en el sofá del comedor, tomando un merecido respiro mientras él veía dibujos animados a solas en su habitación. Le faltaban minutos para irse a dormir. El ambiente era agradable y parecía relajado, hasta que...

—Cariño, ¿no huele... un poco raro? —opinó mi mujer—. Como a... ¿A qué huele?

Inspiré en profundidad y noté cómo el ambiente había cambiado, pero para mal.

—Sí, tienes razón, teta —coincidí—. Huele como..., ¡como a caca!

—¡El niño!

Ambos corrimos hasta el cuarto de Aarón. Mi casa es de mileurista, así que dando apenas dos saltos, llegamos hasta nuestro hijo.

Al comprobar de dónde procedía la peste...

Citaré una frase de la película *Apocalipsis Now*: He visto el horror.

Las paredes azul celeste con pegatinas de pececitos, tenían manchas marrones y apestosas impregnadas y resbalando. Mi hijo parecía haber pintado con los dedos, sin embargo, lo que manchaba sus manos, brazos y cara no era pintura de manos, precisamente.

Mi mujer se echó los brazos a la cabeza, estupefacta.

—¡Mierda! —Valga la redundancia—. ¡Aarón, ¿qué has hecho?! —grité.

—Tete, cálmate o le dará una crisis al nene —me pidió.

¿Qué es una crisis? Dentro de unas páginas, lo sabrás. No tengas ninguna prisa.

Al contemplar el cuadro empantanado en el que se convirtió su habitación, le grité.

—¡Eso no se hace!

Por mucho que me esforzara, Aarón no aprendería de la noche a la mañana que manchar las paredes con popó estaba mal. En ocasiones, se me olvidaba que mi hijo era autista y me enfadaba con él, ignorando ciertos comportamientos. Tardé mucho tiempo en asumir su condición y todavía me cuesta aceptarla.

No es fácil.

Por suerte, en la actualidad hay conceptos que va comprendiendo, pero necesita tiempo, rutina, y repetir, repetir, repetir...

Era tarde y Aarón tenía que dormir porque al día siguiente debía ir al colegio, pero con su cuarto apestando a popó, era imposible que lo hiciera. No nos quedó más opción que acostar a mi mujer con Aarón en nuestra cama tras darle una intensa ducha, y quedarme despierto limpiando el cuadro abstracto de color marrón.

Una vez la casa se quedó en profundo silencio, comencé la agradable y divertida labor de limpieza.

Es sarcasmo.

Pasaron las horas, y superada la una de la madrugada, mis manos seguían frotando que te frota. Por mucho que pasaba jabón por la pared, una tenue mancha se negaba a marcharse y el desagradable olor no desaparecía. De repente, un minúsculo diablo, con un rostro exacto al mío, escaló por mi hombro izquierdo y se sentó sobre él.

—Eres consciente de que la pintura absorbe la caca y, por mucho que intentes limpiarla, tu idea de frotar durante horas no funcionará, ¿verdad? —me explicó.

—¿Dónde se ha metido el ángel del hombro derecho, el bueno? —pregunté.

—Está echando una Nintendo, Marcos. No quiere saber absolutamente nada de este maloliente asunto porque opina que buenas opciones no te quedan para solucionar esta crisis. Aunque sea mi enemigo, no negaré que el ángel tiene toda la razón del mundo, chaval.

Miré la pared, asumiendo su lamentable estado, y suspiré profundamente.

—Entonces, ¿qué opciones me quedan, Darth Marcos?

—Lo único que puedes hacer, de momento, es rascar la pared con una espátula para arrancar las partes dañadas, y mañana aplicar masilla y pintar toda la habitación. Tendrás que ir a la tienda y comprar más botes de pintura de este color. ¿Guardaste el bote original para pedir la pintura del mismo código?

—Eres mi reverso tenebroso y me conoces bien. Sabes que soy demasiado despistado y perezoso, y nunca me apetece guardar estas cosas.

—Pues te has metido en un grave problema, amigo. Te tocará pintar toda la habitación desde cero.

—¿¡Cómo?! ¡Mañana trabajo y me levanto a las siete de la mañana y llegaré destrozado a casa! ¡No tendré fuerzas para pintar una habitación entera! ¡¿Estás chalado?!

—¡Más chalado estás tú, que estás discutiendo con un minúsculo demonio imaginario que tiene tu cara!

—Eso es verdad —admití—. Pues nada, a rascar la pared se ha dicho.

Agarré una espátula y me puse manos a la obra. Terminé a las cuatro de la mañana, y al día siguiente, a comprar pintura azul celeste para pintar toda la habitación entera. Esta vez, guardé el bote original, por si las moscas.

Los días pasaron sin ningún percance extraño, sin embargo, una noche, mientras mi mujer y yo preparábamos la cena, ella olfateó y...

—No puede ser —susurró—. ¡Otra vez!

La misma situación se repitió un par de veces más. Por arte de magia y pasado un tiempo, Aarón dejó de hacerlo para siempre. Si pude sacar algo positivo de esa experiencia fue la habilidad que adquirí pintando paredes. Me he convertido en un maestro de la pintura.

No. Es mentira. Sigo pintando fatal. Alergia al bricolaje, ¿recuerdas?

Este tipo de conductas son constantes en niños autistas y se mueven por etapas. En una de ellas, a Aarón le dio por meterse los dedos en la boca para vomitar cuando tenía mucha ansiedad. Aprendió a ir al baño para hacerlo, sin embargo, esa conducta era muy peligrosa. Lo hizo en el coche varias veces, en el suelo de nuestro comedor, en casa de mis padres y en la calle.

Según nos explicó la neuropediatra, Aarón tenía la boca muy sensible y le gustaba estimularla, por ello, lo mordía todo. Le compramos un mordedor para niños autistas, que consistía en un collar que simulaba ser una pieza para encajar similar a las de Lego. Por desgracia, nuestro hijo las escondía o perdía y teníamos que comprar otra. No son objetos fáciles de adquirir ni baratos para lo sencillos que son, y tampoco están disponibles en cualquier tienda. Mayoritariamente, se debían comprar por Internet, y durante el periodo que transcurría desde que solicitaba la nueva pieza hasta la entrega, la ansiedad de Aarón aumentaba hasta el extremo. Masticaba el cuello de su camiseta y lo empapaba con saliva. A veces, incluso dañaba la camiseta tanto que la dejaba inutilizable.

Mordía peluches, juguetes, papel...

De todo.

Por suerte y con trabajo duro, esa manía desapareció y no ha vuelto a ocurrir. Sin embargo, otras siguen repitiéndose, como desnudarse cuando tiene una crisis, algo que explicaré más adelante al ser un tema delicado, o sufrir ansiedad cuando tiene sueño y necesita dormir en el coche, cuando no tiene su paseo rutinario debido al mal tiempo o cuando tiene hambre y no puede esperar a la comida que se está preparando.

Vivir así, es vivir en tensión continua, y esa tensión provoca una irritabilidad que influye en las relaciones de pareja y en la vida laboral. Muchas parejas se sienten abrumadas y terminan con su relación, y no les culpo, porque supone un cambio de vida extremo.

Si combinamos en un cóctel el interior de mi cabeza, una fábrica de imaginar que nunca se detiene, añadimos un agotador día con mi hijo y sus problemas de conducta, y rematamos con mi posterior jornada laboral atendiendo a clientes, obtenemos un refrescante licor de mal humor. Vlad, El Empalador, era un santo si lo comparamos con lo que hice a los clientes en el interior de mi cabeza durante los días malos. Y durante algunos buenos también, para qué nos vamos a engañar.

CAPÍTULO 11

LA LUZ DE LA ESPERANZA SE DETUVO

Seguimos acudiendo a las terapias públicas dos veces por semana, repitiendo, una y otra vez, el proceso con el pictograma. Aarón tenía ya los cinco años cumplidos, casi seis.

Su pasión por los dibujos animados lo había llevado a un punto tan avanzado de control que era capaz de buscar la aplicación que quería, después la película que le apetecía ver, y desplazaba la barra hasta la escena en concreto que llamaba su atención para verla en un bucle infinito. Cuando la escena terminaba, tocaba el botón de diez segundos hacia detrás, y vuelta a empezar.

Imagina estar en el sofá tranquilamente y escuchar una escena de El Hotel Transilvania, aquella en la que el abuelo vampiro transforma a un hombre disfrazado de un personaje llamado Pastelín en un monstruo durante el cumpleaños de Dennis y grita...

—¡Yo me comeré todo el pastel! ¡Compartir es de cobardes! —Aarón apretaba el botón de rebobinar diez segundos—. ¡Yo me comeré todo el pastel! ¡Compartir es de cobardes! —Otra vez—. ¡Yo me comeré todo el pastel! ¡Compartir es de cobardes!

Y otra vez más.

Después otra.

—¿Cómo ha ido con los pictogramas estos días? —preguntó Lourdes.

—No muy bien. No diferencia el dibujo que contiene —explicó mi mujer.

—De hecho, este fin de semana hizo algo muy extraño —recordé—. En vez de utilizar el pictograma, agarró mi mano y me llevó hasta una botella de agua.

—¿Cómo dices, Marcos? Explícalo mejor —pidió Lourdes.

—Pues eso. Que Aarón quería beber y, en vez de entregarme el pictograma, me cogió de la mano y la puso sobre la botella de agua.

La terapeuta dio un salto de alegría.

—¡Eso es genial! ¡Es una intención comunicativa muy buena!

—¿En serio?

Yo no le di tanta importancia, porque para mí era algo nuevo y desconocido.

—Marcos, siempre que Aarón te coja de la mano para pedirte algo, síguele la corriente y nombra el objeto exageradamente para que memorice cómo se dice. Puede que tengamos suerte y lo repita. Si te lleva hasta el agua, pues dices “agua” muy despacio.

—Hecho. Lo tendremos en cuenta.

Empezamos la sesión.

Esta vez, en la carpeta, había dos pictogramas: Uno con el dibujo correspondiente a la acción, es decir, “Ver dibujos”, y otro con una acción que no tenía nada que ver, como por ejemplo, “Comer” o “Pasear”.

Lourdes, como repetía en cada sesión, iniciaba en el ordenador uno de los videos favoritos de Aarón. Según creció, sus gustos por la animación se ampliaron. Su favorito era el caracol Turbo. Si no has visto la película, trata de un caracol, fan de las carreras de Indianápolis, que consigue los poderes de un coche y, tras ser admitido en una, consigue la victoria pasando por debajo de sus rivales, dejándonos con una educativa lección: “Si quieres alcanzar el éxito en la vida, no

tiene nada de malo hacer algunas trampas.” Después, estaban las películas Monstruos University o Inside Out, cuya escena favorita era cuando la figura roja, que representaba la Furia, gritaba y quemaba un cristal, permitiendo el paso de Felicidad y Tristeza.

Él se acercaba a la pantalla, miraba el ordenador, Lourdes lo pausaba, él cogía el primer pictograma que se le pasaba por la cabeza y se lo entregaba.

—No, cielo —le dijo mi mujer—. Ese es el de “comer”. Tienes que pasarle el de “ver la televisión”.

Cuando mi mujer intentó quitarle el pictograma de la mano para corregir su error, él apartó la mano de su madre con violencia y la miró enfadado.

—¿Y eso? —pregunté a Lourdes—. ¿Por qué se pone así?

Ella suspiró.

—Veréis, ese comportamiento es malo y bueno a la vez —explicó—. Malo, porque muestra un problema de conducta que hay que corregir, y bueno, porque refleja una forma de comunicación y expresión, aunque sea a través del enfado.

—Pues vaya una gracia... —opiné.

—Vosotros, incluso siendo adultos, cuando algo os molesta lo expresáis con enfado o frustración, ¿verdad?

—Claro, como todos.

—Que Aarón muestre su enfado no es tan malo, sin embargo, seré franca con vosotros. Si no se corrige a tiempo, puede desembocar en un problema de conducta grave que será difícil regular durante su adolescencia.

—¿Qué tipo de problema?

—Agresividad, y no solo hacia los demás; también hacia sí mismo. —Yo no era consciente del complicado camino que se avecinaba—. ¡Pero no os preocupéis, pareja! Aarón es muy pequeño todavía y hablamos de suposiciones futuras.

—Menudos ánimos para ser solo un supuesto... —comenté con sarcasmo—. Pero si este comportamiento indica que intenta expresarse cada vez más, tenemos que coger la parte buena. Bastante frustrante es ver cómo pasan las sesiones y sigue sin diferenciar el pictograma correcto. Parece que se ha estancado con eso. ¿En cuántas sesiones crees que los distinguirá?

Lourdes ajustó sus gafas en su nariz con una expresión preocupada.

—Pues, respecto a eso..., tengo que daros una mala noticia —comentó.

—¿Otra? —salté.

—La Generalitat no cubre las terapias públicas más allá de los cinco años. Aarón tiene casi seis.

—¿¿Perdona?! —gritó mi mujer—. ¿Qué haremos ahora? Aarón necesita estas terapias.

—En el colegio especial al que va, ya tiene una logopeda, ¿no? Si no la tiene, tenéis que reclamarla.

Cuando tienes un hijo discapacitado, la frase “tenéis que reclamar” se puede traducir como: Tenéis que presentar doscientos papeles, cada cual más complejo de conseguir que el anterior, y esperar una respuesta que tardará, con suerte, unos meses.

—Sí que tiene logopeda —anotó mi mujer—, pero estas sesiones le van muy bien. ¿Qué podemos hacer?

—Podéis buscar sesiones privadas por vuestra cuenta, pero os advierto que son muy costosas.

—Tú sigue animándonos... —opiné.

—No puedo hacer nada respecto a este asunto, chicos. Lo siento, sinceramente.

Lourdes tenía razón. Ella no era la responsable, lógicamente, así que nos despedimos de las

sesiones públicas y buscamos otras privadas por Internet.

Mi mujer inició la caza en Google. En la ciudad que vivimos, Torrent, no había ningún grupo de terapia para nuestro hijo, pero en Valencia capital sí.

Aarón no soporta ir en metro, por ello, no quedaba más opción que utilizar el coche. Estamos a unos quince kilómetros y veinte minutos del centro, y solo yo tengo carnet, por lo tanto, imagina, *Acompañante*, el caos que sería pedir permiso en el trabajo para faltar durante varias horas, unos dos días por semana. Aun así, decidimos informarnos.

Nunca se sabe.

No diré el nombre del centro por motivos más que obvios. Llamamos y nos dieron cita para atendernos. Acudimos una tarde asfixiante de verano y sin Aarón, que se quedó con mis padres porque esta era una mera visita informativa.

Mi hijo siempre tuvo una conexión especial con su abuelo.

Cruzamos la abarrotada y estresante urbe, atravesamos cientos de semáforos, contuvimos la rabia frente a los incesantes pitidos y, pasada una media hora, llegamos a la zona de aparcamiento más próxima al centro de terapia. Admito que para ser en un barrio a las afueras de Valencia, zonas en las que es casi imposible aparcar, conseguimos un hueco enseguida. Entramos en el recinto, decorado con una temática infantil, aunque minimalista, y el aire fresco nos envolvió. Nos recibió una joven muy amable y nos pidió que tomáramos asiento, y así lo hicimos. Como siempre, yo inspeccioné el lugar. Tengo un sentido arácnido para los sitios caros, y mi instinto me alertaba de que escapara de esta trampa, pero no estábamos ahí por nosotros, sino por nuestro hijo, así que le di una oportunidad.

Al fin y al cabo, una bonita decoración y un ambiente tranquilo no eran indicativos suficientes de que esas terapias fueran impagables.

—¿Queréis un café? —nos preguntó la recepcionista y sí, ese era un indicativo de que algo es impagable.

Mi teoría es que si entras en una tienda o centro para pedir presupuesto y te ofrecen tomar un café, prepárate o sal cagando leches de allí.

—No, muchas gracias —agradecí y después susurré a mi mujer—. Nos han ofrecido café; huele a caro.

—¡Qué exagerado eres! —gritó ella en voz baja—. Siempre estás con lo mismo. Dónde vayamos, huele a caro.

Un hombre con ropa informal, pero elegante, salió de un pasillo, nos saludó y nos ofreció acompañarle hasta su despacho. El tipo era corpulento y con un peinado corto y de punta. Tenía una mirada profunda y transmitía cierto temor, como un sargento estadounidense.

Entramos en su despacho y tomamos asiento.

Resumiendo. Nosotros le hablamos de Aarón y cómo era, y él nos explicó el método de trabajo en el centro. No hay mucho más que contar.

—Nuestros especialistas tienen una cualificación excelente —comentó y a mí me llegaba un aroma a billete tostado con hierbas de euro—. Encontrarán, como sea, el método más adecuado para vuestro hijo, os lo garantizo. Todos ellos tienen un doctorado en pediatría.

Y la estrella Michelin para el billete mejor cocinado y emplatado es para...

Siguió hablando de lo maravilloso que eran su centro y sus trabajadores. Que no niego que su centro fuera tan fantástico, pero con mi sueldo, la situación pintaba muy oscura.

—El centro tiene muy buena pinta, la verdad, y se les ve muy profesionales —opinó mi mujer—. ¿Cuánto cuesta?

—Sesenta euros la sesión de una hora —lanzó sin pestañear.

Me atraganté con un vaso de agua invisible y casi me dio un jamacuquis cardiopático. ¿Que eso no existe, *Acompañante*? Ya te garantizo que sí. Es lo que te viene cuando un fontanero de urgencias saca la factura y te cuesta respirar.

En el interior de mi cabeza, yo hacía números y sacaba cuentas a toda velocidad, y si piensas que no era para tanto, tienes la misma manía que un amigo mío cuando nos propone salir a tomar algo. Yo lo he bautizado como: “El dinero fantasma”. Seguro que tú tienes un amigo igual, *Acompañante*.

Suele hacer comentarios como: “Vamos a esa playa que está a una hora. Solo nos gastaremos dinero en las consumiciones; unos diez euros.” No tiene en cuenta que el combustible no es gratis, los peajes tampoco lo son, la entrada al local menos, y la que parecía una noche en la que te gastarías diez euritos de nada, termina siendo una en la que te fundes cincuenta eurazos o más. Y si encima no quieres quedar, te tacha de tacaño.

¿Crees que soy un tacaño? Ya tendrás hijos.

Las cuentas de mi cabeza sumaron los sesenta euros de la sesión, más el combustible, y tomar algo en algún local para amenizar la espera, ¡dos veces por semana!

Imposible de pagar con nuestra economía.

—Bueno, chicos —dijo el propietario del grupo de terapia con empleados que tenían un doctorado, tras una hora de egocéntrica charla—, ha sido un placer. Pensáoslo tranquilamente y me decís algo.

—Claro, lo reflexionaremos —dijo mi mujer.

Ambos estrechamos la mano del propietario y nos miramos de reojo, preocupados. Teníamos que escapar de allí lo antes posible. Justo cuando íbamos a salir por la puerta principal, una voz nos detuvo.

—¡Un momento, disculpad! —nos pidió la recepcionista—. No habéis pagado la sesión.

Yo sonreí.

—Ah, no, perdona. Solamente hemos venido a conocer el recinto y hablar con el propietario —expliqué.

—Ya, lo sé, pero es una visita y el doctor... —No recuerdo su nombre. ¿Por qué narices se me olvidará el nombre de todo el mundo? Me inventaré uno, ¡otra vez!—. El tiempo del doctor Max Hardcore —toma ya— es muy valioso. Está muy ocupado y cobra por las visitas.

¿Perdón? Pensamos que era una broma, pero no. Sesenta tracas tracas por venir a conocer el recinto una única y última vez.

El tema de las terapias de Aarón se quedó paralizado y en pausa indefinida.

CAPÍTULO 12

RUTINAS Y ESTEREOTIPIAS

Es bien sabido por todos que los niños autistas son muy estrictos con sus cosas y tienen comportamientos extraños y repetitivos, y era algo de lo que ya había oído hablar, pero que no comprendí del todo hasta que lo viví en mis propias carnes.

¿Recuerdas el baile de sevillanas, el aleteo de las manos? Pues con el pasar de los años, el catálogo de estereotipias se amplió. Cuando pasábamos al lado de una pared con gotelé, azulejos o una textura extraña, tenía la manía de rascarla con fuerza, hasta llegar al punto de dañarse las uñas. Unas veces, golpeaba con fuerza las paredes, puertas y ventanas con las palmas de las manos. En la actualidad, grita con todas sus fuerzas y en repetidas ocasiones cuando se emociona.

Respecto a la rutina de un niño autista, no viene a ser solamente que coma ciertos alimentos, tenga ordenados los juguetes de cierta manera o necesite pasear a unas horas concretas, no. Muchas de esas rutinas podrían ser catalogadas como manías, y Aarón empezó a mostrar las suyas al poco de empezar la escuela.

Te contaré una de muchas, *Acompañante*, para que te hagas una idea de cuál es el protocolo.

Le fascina correr, antes y ahora, y dar largos paseos, así que, para su tranquilidad y la nuestra, solíamos caminar por una zona a las afueras de la ciudad. Se llama El Vedat. Es la urbanización más lujosa, además, y gracias al universo, no es privada. Un guarda de seguridad patrulla la zona, pero un padre paseando con su hijo no llama la atención, de hecho, a día de hoy estamos por allí casi a diario. Ya nos conoce y nos saluda cuando nos ve.

La zona es amplia, con grandes aceras y frondosa vegetación. Apenas fluye el tráfico y es silenciosa, por ello, antes de llegar a casa tras ir a terapia, antes de ir a casa de los abuelos, o los fines de semana un par de veces, hay que darle la vuelta paseando por El Vedat en el coche. Dura unos quince minutos. Posteriormente, toca el paseo caminando de unos veinte. En ocasiones, cuando hace un tiempo regular y no se puede pasear, hay que darle una segunda vuelta en coche.

Y ahora, tú te preguntarás: Si hace mal tiempo, como una lluvia intensa, y es imposible salir a dar el paseo, ¿qué ocurre?

He ahí el quid de la cuestión. Como diría Morpheo en Matrix: Bienvenido al mundo real.

Habitualmente ocurre de una forma similar. Aarón tendría unos cinco años cuando pasó por primera vez, y es algo que todavía sucede de vez en cuando, con la notable diferencia de que él es cada vez más grande y más fuerte. Empieza con un ligero y exagerado llanto fingido. Si la rabieta no da resultado, procede a traer sus zapatillas porque es su método para comunicarte que quiere pasear. A esta edad y como vimos en las sesiones de terapia, empezó a expresar una intención comunicativa distinta a los pictogramas, con los cuales Aarón se estancó entregando uno aleatorio. En parte, estaba genial que utilizara, al menos, un método para expresarse.

¿No terminas de comprender ese sistema de comunicación? Es muy simple. Si Aarón quería agua, te llevaba hasta la nevera cogido de la mano y la ponía sobre la botella. Si quería ver dibujos animados, pues te traía el móvil. Pillas el concepto, ¿no?

Aarón depositó sus zapatillas sobre mi regazo. Fuera, llovía como si estuviesen rodando la

película: “El Diluvio Universal II: La Venganza de Noé”.

—Aarón, cielo, fuera llueve mucho y hoy no podremos salir a la calle —le explicó mi mujer.

Mi hijo era como un volcán a punto de entrar en fase crítica. Frustrado, aleteó las manos y se precipitó contra el suelo, dejándose caer bocabajo, además, lloró y gritó con mucha fuerza.

Acudíamos a una psiquiatra pública para que nos prestara apoyo sobre cómo comportarnos con Aarón. Nos enseñó que, a pesar de ser un niño autista, era consciente de que podía llamar la atención y no debíamos ceder siempre a sus rabietas. Descubrimos que era más listo de lo que parecía, y si le hacíamos caso, él lo tomaría como una victoria y repetiría la rabieta siempre que quisiera salirse con la suya.

Ahora estarás pensando, *Acompañante*: “Pues igual que cualquier niño. ¿Quién no ha visto en el supermercado a ese niño con un ataque de rabia, gritando a pleno pulmón para conseguir el preciado chocolate, avergonzando a sus padres?” En un principio, puede parecer que la situación sea exactamente igual, sin embargo, la realidad con un niño autista es mucho más compleja y dura de lo que pueda parecer.

Tras varios minutos gritando con la fuerza de unos pulmones de seis años, fuertes y grandes, se levantó y volvió a darme las zapatillas. Las dejé a un lado para que se diera cuenta de que no íbamos a salir.

—No podemos salir, cielo —repitió mi mujer.

El volcán entró en erupción.

Entramos en lo que los padres de un niño autista tememos por encima de todo: La crisis.

En primer lugar, el grito de Aarón llegó a su cénit de intensidad. Tenemos vecinos debajo y me preocupaba lo molestos que serían sus alaridos, pero, por suerte, son una pareja joven y comprensiva y, además, ella ha estudiado pediatría y está familiarizada con niños especiales. Espero que todos los vecinos del mundo sean igual de tolerantes, aunque lo dudo.

En este aspecto, reconozco que el problema era yo. Los gritos fuertes me afectaron mucho y, a pesar de ser su padre, tuve que ponerme tapones para poder aguantar.

¿Estas crisis se siguen produciendo hasta el día de hoy? Sí, pero ten paciencia. Lo peor no ha llegado todavía.

Cuando los gritos no son eficaces, entramos en la segunda fase. Aarón añade un zarandeo violento y brusco. Se tumba entre el sofá y la mesa del centro del comedor y estira sus brazos y piernas, desplazándola junto a una pequeña alfombra que hay debajo. Alterado, se levanta y te da una bofetada en la cara. Mi mujer lo abrazaba para regular su ansiedad, pero él vuelve a dejarse caer sobre el suelo con sus cuarenta kilos. En ocasiones y tumbado, se quita los pantalones y la ropa interior, sin importar si estamos en casa o en el supermercado.

Mi mujer ama a Aarón por encima de todo y, se ponga como se ponga él, lo abraza para calmarlo, aunque él la golpee, aunque él estire del pelo de su madre apretando los dientes con rabia, aunque él la dañe, ella está ahí para él.

Escribo en presente, porque sigue sucediendo.

Si no vives esta experiencia tanto como el padre de un niño que sufre crisis regularmente, no puedes decir que tienes idea de lo que es. No juzgues algo que desconoces. El dolor y la desesperación al ver a tu hijo en ese estado, aprieta tu pecho y te deja sin respiración. Algunos días, lloras por dentro, y otros, gritas sin liberar tu voz.

Al comprobar que su comportamiento no da resultados, incluimos en la receta un último y desesperado ingrediente. Aarón se golpea a sí mismo en la cabeza con el puño cerrado. Y si eso no surte efecto, nos golpea a nosotros otra vez. Puede quedarse en este estado durante varias horas. Ya no es una rabieta; una crisis lo encierra en una burbuja de la que no puede salir.

¿Existe alguna solución? Llegados a este nivel, los pictogramas, las palabras o los gestos no sirven para nada. Lo único que puedes hacer es distraer su atención con objetos que le regulen llamando su atención, como ofrecerle su comida favorita, mostrarle dibujos animados o darle un baño relajante.

Desde el mundo exterior, un niño autista puede parecer un niño malcriado o un llorica, pero créeme cuando te digo que las crisis pueden llegar sin motivo aparente o por un leve desencadenante.

Una tarde, mi mujer fue a comprar con Aarón mientras yo trabajaba. El supermercado está apenas a una calle. Me llamó al móvil y atendí pensando que sería una llamada rutinaria.

—Dime, teta —dije al descolgar.

—¡Cariño, ven corriendo al supermercado! —gritó, envuelta en histeria—. ¡Aarón está muy mal!

Escuché los bramidos de mi hijo a través del altavoz.

—¿Qué ocurre? —pregunté, preocupado.

—¡Aarón se ha tirado al suelo porque no quiere volver a casa, pero voy cargada con la compra y no puedo pasear con las pesadas bolsas! ¡He avisado a tu padre para que venga a ayudarme, pero no sé cuánto tardará y necesito que estés aquí para calmarlo, por favor!

—¡Voy ahora mismo! ¡¿Dónde estás?!

—¡En mitad del cruce, y se está desnudando! ¡Los coches nos están esquivando! ¡Un señor ha parado para echarme una mano porque me ha visto sofocada y Aarón pesa mucho!

—¡¿Desnudándose, en mitad de la calle?!

—¡Sí, Marcos! ¡Por Dios, ven deprisa!

—¡Salgo ya!

Corrí hacia mi taquilla y cogí como un rayo mi mochila donde guardo las llaves de mi coche y mi documentación. Mi encargado, que estaba sentado frente a su ordenador haciendo sus cosas, se asustó al verme recogiendo mis objetos tan precipitadamente.

—¿Qué ocurre, Marcos? —me preguntó—. ¿Dónde vas?

—Vanessa ha ido con Aarón a hacer la compra y, volviendo a casa, se ha tirado sobre el suelo —expliqué mientras me colocaba la mochila sobre el hombro y cerraba mi taquilla—. Ha entrado en crisis en mitad de la calle.

—¡¿En crisis?!

Salí corriendo hacia mi coche sin dar más explicaciones, tomando aire y soltándolo para no sufrir un desmayo por la velocidad. Trabajaba en un desguace de vehículos a diez minutos de mi casa, cinco si no había tráfico, y ese día coincidía que los semáforos estaban en verde, aunque las palabras “semáforo” y “coincidir” son dos que nunca han encajado.

Llegué hasta dónde me indicó mi mujer y, efectivamente, Aarón gritaba y pataleaba, tirado sobre el suelo de asfalto. Mi mujer intentaba calmarlo con una paciencia sobrehumana, pero nuestro hijo había perdido el control de sí mismo.

Aparqué el coche a su lado y, al verme, su ansiedad desapareció en un instante. Se puso en pie, como si nada hubiera pasado, y tocó el coche. Mi mujer agradeció la ayuda del hombre, guardó la compra en el maletero, y dimos a Aarón el paseo por el Vedat que él necesitaba, tanto en el coche como andando. Al llegar a casa, le dimos una ducha para limpiarle porque se había manchado al tirarse al suelo.

El asfalto de las aceras, en contacto con la blandita piel humana, produce unos daños comúnmente conocidos como “rascones”. Aarón tenía varios por todo su cuerpo. Vanessa, sobrepasada por la situación, no pudo contener sus lágrimas y se marchó a llorar al sofá mientras

nuestro hijo reía al darse una ducha como si hubiésemos borrado el percance de la calle de nuestros recuerdos.

Fui a consolar a mi mujer.

—Cariño, cálmate —le dije—. Yo haré la compra por las tardes, cuando termine de trabajar. Aarón es muy grande y no puedes pasear a solas con él.

—Lo sé, cielo, pero no lloro por eso —explicó.

Levantó sus brazos y me mostró unos rodajes de color morado.

—¿Eso te lo ha hecho Aarón? —pregunté, sin dar crédito a lo que veían mis ojos.

—Sí, pero no pasa nada. Él no es consciente de lo que hace.

—Cielo, si esto vuelve a ocurrir cuando sea más mayor..., puede ser peligroso para ti.

—No te precipites, ¿vale? Todavía es un niño.

—Pero si no controla su agresividad al crecer...

—¡He dicho que no te precipites!

Guardamos silencio, y terminé de duchar a Aarón.

Pasó un tiempo.

Yo estaba trabajando y Aarón en la escuela. Mi móvil empezó a sonar y en la pantalla apareció el nombre de la profesora de Aarón.

Recibir una llamada del colegio de mi hijo no era lo mismo que recibir una de mi mujer. En estos casos, solo había dos motivos posibles: La necesidad de estampar mi firma en algún documento, o que había un problema grave con Aarón.

Descolgué con un nudo en la garganta porque sabía que algo no iba bien.

—¿Sí? —pregunté, precavido.

—¿Marcos? Soy la profesora de Aarón —me dijo—. Disculpa por la llamada, sé que estás trabajando, pero hay un problema con Aarón.

Lo sabía.

—¿Qué ha pasado?

—Lo hemos traído al baño para hacer sus cosas, incluso le hemos anticipado que después del baño tocaba volver a clase —¿qué es la anticipación? En breve te lo explico—, pero ha visto la ducha y ha insistido en meterse dentro. Al ver que no podía ducharse, ha pegado a otra profesora y se está desnudando en el patio. Hemos esperado para ver si se regulaba, pero ha pasado una hora y sigue igual. Ahora mismo, se está pegando en la cara él solo.

—¡Mierda! —exclamé, corriendo hacia mí taquilla—. ¡Ya voy!

Di explicaciones apuradas a mi encargado e, igual que el día en el supermercado, volé como un cohete hacia el colegio de Aarón que estaba a, esta vez sí, diez minutos en coche y quince con tráfico.

Cuando llegué a la escuela, me dieron acceso al patio y allí estaba mi hijo, tirado en el suelo, golpeando su cabeza con sus puños y bramando en mitad de una crisis de ansiedad. Al verme, se calmó, se puso en pie, cogió mi mano, y con una gran sonrisa, me llevó hasta la salida.

Los profesores no daban crédito. ¿Cómo podía Aarón cambiar de actitud con tanta facilidad? Fácil. Quería marcharse y al verme llegar, supo que se había salido con la suya.

Avisé a mi mujer para que supiera lo sucedido y senté a mi hijo en la parte trasera para llevármelo a pasear al Vedat y que se regulara del todo.

A solas junto a él en el coche, mi estómago se contrajo y sollocé igual que un pecador arrepentido. Alguien golpeó mi ventana durante mi solitario llanto. Levanté la vista, y allí estaba, sonriente y acechando. El Señor Depresión me señalaba tras el cristal con su dedo índice, ocultando su rostro bajo una capucha oscura.

—Casi te tengo —susurró, orgulloso de estar tan próximo a su objetivo—. En breve serás mío, Marcos.

Cuando Aarón entra en una crisis de ansiedad grave, no podemos ofrecerle ayuda porque no sabe cómo comunicarse debido a que pierde el control de sí mismo, y aunque sepamos el motivo de la crisis, no podemos hacer nada porque Aarón no comprende la situación o el problema externo que impide que tenga su paseo o lo que necesite.

Mi mujer se ha acostumbrado a los gritos y a los golpes. A mí todavía me cuesta. Ponerme tapones de algodón en los oídos para soportar los gritos de mi hijo es muy doloroso.

Ponte en mis zapatos, *Acompañante*, y si tu hijo es especial y ya estás metido en ellos, estoy convencido de que me comprendes.

En esta situación, El Señor Depresión es una sombra que te persigue. Si no andas con cuidado, corres el peligro de tocar fondo y quedar mentalmente vacío. La vida se convierte en una guerra sin un alto el fuego, mezclada con una montaña rusa, con semanas o meses de subida, calma y aprendizaje, seguida de semanas o meses de bajada, crisis continuas y ansiedad.

Tienes miedo de ti mismo.

CAPÍTULO 13

CUANTO MÁS AZÚCAR, NO TIENE POR QUÉ SER MÁS DULCE

La psiquiatra nos dio un test tan largo, que dejaba en ridículo al Quijote. Comentó que era muy posible que Aarón fuera hiperactivo y nos preguntó si en nuestra familia había algún caso diagnosticado. En la de mi mujer no. Ella era huérfana y me pidió que no entrara en detalles en esta biografía, pero te garantizo que somos conscientes de que no tiene ningún pariente hiperactivo. Por el contrario, por mi parte sí. Diagnosticado no, pero tenía todas las papeletas para serlo: Mi padre.

Es de los que duerme cuatro horas por semana, hace footing sin parar, come sano a más no poder, y no aguanta metido en casa ni cinco minutos. Por eso Aarón y él tienen una conexión especial, porque a ambos les encanta salir de casa y explorar lugares tranquilos.

Aarón estaba dormido y soñando plácidamente, así que mi mujer y yo nos sentamos en el sofá, frente a la mesa de centro, para completar el tedioso y eterno test.

—No me parece que Aarón sea un niño hiperactivo. En ocasiones, le gusta estar relajado en el sofá viendo dibujos —comenté—. Yo era igual que él de pequeño. Me pasaba las mañanas tirado en el sofá, devorando galletas Cuétara, y viendo programas grabados en VHS de Barrio Sésamo y Los Fraggle Rock sin parar. Rebobinaba la cinta y los ponía de nuevo.

—¿Los qué? Marcos, tengo cinco años menos que tú. No conozco esos dibujos animados —corrigió mi mujer.

—No eran dibujos animados, eran muñecos de... No importa. Mejor vayamos al test.

—Sí, será lo mejor.

Estornudé por mi alergia a la burocracia, y empezamos.

—¿Observas que tu hijo tiene dificultades para permanecer quieto durante períodos de tiempo prolongados? —leí.

—No se queda sentado más de unos pocos minutos, cielo. ¿Recuerdas la reunión en la guardería? Y en el cole, en casa, en un restaurante...

—Vale, vale. Recibido. Marco la casilla del “sí”. Siguiente. “¿Notas que tu hijo tiene dificultades para prestar atención y se distrae fácilmente?”

—Hace caso a los dibujos animados que le gustan, y se sienta para comer, pero exceptuando eso, si se trata de montar un puzzle o hacer algo que no le gusta, lo ignora por completo. Marca el “sí”.

—Okey... Sigamos. “¿Tu hijo tiene un nivel de energía y actividad física más alto que otros niños de su edad?”

—¿Dudas sobre la respuesta? ¡Sí, Marcos, claramente! En la piscina de tu hermana se pasó cuatro horas metido en el agua, y ya sabes lo que pasa cuando tiene insomnio.

Cuando Aarón no consigue dormir o se despierta en mitad de la noche, tiene una manía repetitiva que he bautizado como: “El Paseílo.” Nos vamos al comedor para no molestar a los vecinos y allí da comienzo...

Redoble de tambores...

¡El Paseílo!

Aarón camina deprisa hasta un rincón extremo del comedor, da la vuelta, y vuelve al punto de origen dando pasos acelerados. Repite el proceso durante horas. ¡Genial!

Es sarcasmo de nuevo.

No es genial.

Puede que la palabra “extremo” te suene a mansión, pero nada más lejos de la realidad. Para que te hagas una idea, mi casa mide setenta y ocho metros cuadrados. Así que me toca estar toda la noche sentado en el sofá, mirando el móvil, mientras mi hijo va de un lado para otro.

¡Me río yo de los budistas que meditan para alcanzar la paz interior! Que pasen dos noches con mi hijo y no alcanzarán la iluminación en toda su vida. El sonido repetitivo de sus pasos, toc, toc, yendo de aquí para allá, sin parar, sacaría de quicio incluso a la persona más paciente del mundo.

En su defensa diré que por lo general es un niño que duerme de maravilla. Cae sobre las nueve de la noche, diez como máximo, y no sabes nada de él hasta las ocho o nueve de la mañana, pero unas dos o tres veces al mes sufre insomnio en mitad de la noche. La situación se complica cuando hay cambios en su rutina escolar, estacional o desarrollo madurativo. Como expliqué anteriormente, Aarón es rígido e inflexible, y estas situaciones lo alteran. Se suele despertar a las cuatro de la mañana, y cuando eso sucede, olvídate de dormir.

Mi mujer me suele ofrecer intercambiarnos a turnos para ir descansando un poco, pero rechazo su oferta porque tengo un tic. Si Aarón está despierto, no consigo pegar ojo. Así que, ¿para qué estar los dos despiertos? Es absurdo.

—Pues pongo otro “sí” en el recuadro —comenté—. “¿Notas que tu hijo tiene dificultades para esperar su turno en situaciones sociales o en actividades grupales?”

—En el supermercado aguanta bien las colas, pero actividades grupales... no hace —sugirió mi mujer—. Es demasiado impaciente y no comprende ciertas órdenes. Tampoco tengo clara la pregunta. ¿Cómo haría actividades grupales un niño autista como Aarón?

—Entonces, ¿qué pongo?

—No lo sé. Déjala en blanco de momento y después la marcamos.

—Seguimos. “¿Tu hijo tiende a hablar en exceso o de manera impulsiva, sin tomar en cuenta las normas sociales?”

—A ver... Aarón no habla todavía, pero sí se expresa a su manera. Cuando tiene estereotipias, agitando los brazos, significa que está entusiasmado. Pon un “sí”.

—¿Estás segura?

—Supongo...

—Pues pongo otra respuesta afirmativa. *Next*. “¿Observas que tu hijo tiene dificultades para controlar sus impulsos y tiende a tomar decisiones sin pensar en las consecuencias?”

—Veamos... —susurró Vanessa, pensativa—. Las estereotipias aparecen de repente, se tira al suelo ante el primer “eso no se hace”, y si tardas en prepararle la comida, se enfada bastante...

—No me lo digas. ¿Otro “sí”?

—Correcto.

—Seguimos con más preguntas. ¡Y las que nos quedan! ¿Este test no termina nunca o qué?

—Marcos, por favor, no te distraigas, que no tenemos todo el día.

—Perdona. Continúo. “¿Notas que tu hijo tiene dificultades para relajarse o descansar, incluso cuando está físicamente cansado?”

—Por lo general, duerme bien, ya lo sabes, pero cuando le da el insomnio...

—Pero ya he marcado un “sí” en una pregunta relacionada con el insomnio. ¿Qué pongo ahora?

—¿Y yo qué sé? Se lo comentaremos a la psiquiatra y ella nos dirá qué poner.

Las preguntas siguieron y siguieron, hasta llegar a unas cincuenta. Por suerte, ya se me había caído el pelo, porque este estresante test habría dejado mi alopecia a la altura del betún.

Para los millennials, el betún es un abrillantador que se aplica en los zapatos.

He buscado en Google y pone que los nacidos en el ochenta y tres también somos millennials. ¡Maldita sea mi...!

Entregamos el test rellenado a la psiquiatra y, para sorpresa de nadie, los resultados verificaron que mi hijo, aparte de autista, era hiperactivo con déficit de atención. Descubrimos que el autismo no suele venir solo.

¡Toma un segundo martillazo, directo a la cabeza!

CAPÍTULO 14

OTRA CUCHARADA DE REALIDAD, POR FAVOR

Una de esas tranquilas temporadas de subida, con Aarón teniendo unos siete años y haciendo un calor insoportable en pleno agosto, estábamos jugando con él y riendo en el comedor.

—¿Te apetece jugar a montar piezas, cariño? —le preguntó mi mujer a nuestro hijo.

Él, como siempre, tenía la mirada perdida.

Vanessa preparó sobre la mesa unos cubos que mostraban animales de apenas seis piezas. Le dio uno de los cubos a Aarón y este se quedó mirándolo.

—Venga, tete. Pon el cubo en su sitio —le ordené y nada. Aarón dejó caer la pieza y se fue a correr al pasillo—. No interactúa con ningún juguete.

—Pues hay que seguir intentándolo —opinó mi mujer.

Trajimos un folio en blanco y pinturas de colores. Hizo un par de líneas y hasta luego. Abandonó la actividad a los dos minutos.

Probamos con un extraño juguete que consistía en colocar unas grandes piezas circulares donde lo indicaba un patrón, pero tampoco dio resultado.

¿Pescar peces con un imán? Un par de peces, y ya.

Los coches de luces y sonidos llaman un poco su atención, y las bolas cayendo por un tobogán también. Según nos dijeron, le gustan los juguetes de causa y efecto, y muy manipulativos. Cosas similares a la plastilina o las pompas son muy útiles para llamar su atención.

Decidimos, tras muchos minutos de intentos, hacerle cosquillas para que interactuara con nosotros. Mi mujer y mi hijo se tumbaron en el sofá tras divertirse juntos. Ella lo abrazó y él la miraba con ternura.

—Mira cómo te mira —comenté—. Aarón, ¿quieres a mamá?

—¿Me quieres mucho, bichito? —preguntó ella.

Así le llama, porque es muy travieso y astuto cuando le interesa.

Él no parpadeaba, solo miraba a su madre a los ojos desde su regazo.

—Aarón, dale un beso a la mamá —le pedí. Él ya daba besos si se lo pedías, pero lo que hacía era agachar la cabeza para que se lo dieran en la frente—. Aarón... —Seguía mirando a su madre sin mover sus ojos ni parpadear—. ¿Aarón? ¿Estás bien?

Preocupado, le di un leve cachete en una mejilla, y nada, no respondió. Lo grave era... que tampoco parecía respirar.

Sin saber qué le pasaba a nuestro pequeño, comenzó a ponerse de color azul, casi morado.

—¡Aarón, hijo! —gritó aterrada mi mujer—. ¡¿Qué te ocurre?!

Durante mis dos años en el ejército me enseñaron primeros auxilios, y esta situación me olía fatal. Tenía un mal presentimiento.

Aparté a mi mujer de los brazos de su hijo y coloqué a Aarón de lado sobre el acolchado sofá para evitar que se ahogara con su propio vómito.

—¡Teta, pide una ambulancia! —ordené.

Ella, al instante, así lo hizo.

Un poco de saliva blanca brotó de la boca de mi pequeño. Mi mujer, al ver que nuestro hijo se ponía cada vez más azul, entró en pánico y me pasó el teléfono cuando descolgaron porque era

incapaz de hablar debido a su ataque de pánico.

—Emergencias, ¿dígame? —preguntó una mujer.

—¡Por favor, envíen una ambulancia lo antes posible! ¡Mi hijo no respira, está tirando un poco de saliva blanca y se está poniendo azul! —grité—. ¡Mi mujer y yo no sabemos qué le ocurre!

—Tranquilo. En primer lugar, dime tu dirección y voy solicitando una ambulancia —me pidió con voz muy calmada, y yo se la di—. Muy bien, la ambulancia va de camino. Ahora, necesito saber si tu hijo respira. ¿Cómo te llamas?

—¡Marcos!

—¡Mi niño, ¿qué le pasa?! —sollozaba mi mujer de fondo, dando vueltas en círculos a mi alrededor.

—Muy bien, Marcos. En primer lugar, pon a tu hijo de lado para evitar que se ahogue en caso de que vomite —sugirió la mujer de voz amable.

—Ya lo hice. En el ejército me enseñaron primeros auxilios.

—¡Genial, Marcos! Ahora, necesito que inclines su cabeza hacia atrás y poniendo dos dedos bajo su mandíbula, la levantes hacia arriba con cuidado para liberar la vía respiratoria. ¿Lo has comprendido?

—¡Sí, creo que sí! ¡Allá voy!

Escuché que si alguien tiraba saliva o espuma por la boca, podía tragarse su propia lengua. ¿Quién no ha visto alguna vez a un socorrista metiendo los dedos en la boca de alguien para sacarla? ¿Por qué no me pidió la amable mujer que hiciera eso? No entendí nada, sin embargo, ella era la profesional, así que me limité a callar y obedecer.

Aarón se ponía cada vez más morado y no respiraba. Mi mujer lloraba y gritaba. ¿Mi hijo se estaba muriendo?

Milagrosamente y a los pocos segundos de hacer lo que me ordenó la mujer amable, Aarón tosió, parpadeó y recuperó su color natural.

—¡Ya está! ¡Parece que respira! —se entusiasmó mi mujer.

—¡Me alegro mucho de oír eso! —dijo la mujer de emergencias—. Aun así, sería conveniente que le echaran un vistazo mis compañeros.

—Claro, claro. Que vengan —coincidí.

Al poco, llegaron y subieron para atender a Aarón. Eran un hombre y una mujer jóvenes. Tras un par de pruebas básicas y un trato muy cordial, comenzaron sus sugerencias.

—Pudo haber sido un golpe de calor —opinó él—. De todas maneras y para descartar problemas, sería recomendable llevarlo a un hospital. ¿Queréis que lo llevemos en nuestra ambulancia?

—¿Podemos ir los dos con él? —preguntó mi mujer.

—No. Solo podrá venir uno en la ambulancia.

—Entonces, será imposible. Si no estoy con él, se pondrá nervioso, y si no está su padre y entra en crisis, yo sola no lo podré controlar.

Comprendieron nuestra situación y nos hicieron un parte para llevarlo en nuestro coche. Anticipamos a Aarón la visita al hospital. ¿Recuerdas, *Acompañante*, que mencioné la anticipación durante la crisis que sufrió en la escuela? No es otra cosa que mostrarle una foto de los lugares a los que irá para precisamente eso, anticipárselo, y que regule su ansiedad al no saber dónde vamos. Por ejemplo: Si vamos a casa de mis padres en el coche, le muestro en primer lugar un pictograma con la foto de mi coche, seguido de uno que indica “ir”, y concluye con uno de la foto de mi padre.

Pusimos rumbo al hospital y cuando llegamos, nos atendieron enseguida dada la situación de

Aarón. Le hicieron algunas pruebas y necesitaron la ayuda de cinco auxiliares para poder tomarle el pulso y sacarle sangre. Tras terminar de examinarle, se calmó un poco.

—En principio, todo parece estar en orden —informó una doctora... ¿Por qué todas las doctoras que atienden a Aarón son jóvenes y con grandes gafas? Quizá es cosa mía, quizá las he olvidado y proyecto la misma cara en mi mente—, pero deberíais quedaros, por prevención. Queremos hacerle unas pruebas.

—¿Más pruebas? —preguntó mi mujer—. ¿De qué tipo?

—Queremos comprobar su actividad cerebral. Hay que ponerle un casco con cables y...

—¡No, que eso ya lo hemos vivido! —interrumpí—. Será imposible. Aarón podría sufrir una crisis y ponerse violento. Le hicimos esa misma prueba con tres años, y fue un milagro terminarla. Ahora, con la fuerza que tiene, sería inviable.

—Ya veo... Podríamos hacerle un TAC.

—Dormido quizá se pueda hacer.

—Un TAC no da los mismos resultados si un paciente está dormido.

—¿Cómo? Será imposible hacerle esa prueba estando despierto. Se moverá y se enfadará. Debe estar dormido.

—Vamos a intentar, al menos, hacerla despierto. Quizá se calme —opinó la doctora.

—Está bien —aceptó mi mujer—. Inténtalo si quieres, pero te advierto que será literalmente imposible.

Hasta la hora del TAC faltaba un rato largo, así que nos dejaron estar en un cuarto acristalado y aislado, y también teníamos permiso para salir de vez en cuando para que Aarón no sufriera una crisis.

Estar encerrados en ese lugar toda la noche fue como sostener un recipiente con nitroglicerina; cualquier movimiento brusco podía hacerlo estallar.

Fuera de nuestro habitáculo, había camas con niños tumbados que miraban extrañados a Aarón cuando gritaba y se quería marchar. Sus padres les decían palabras que no alcanzábamos a escuchar porque el cristal estaba insonorizado. Me preguntaba..., ¿dirán a sus hijos lo mismo que me dijo mi profesora durante mi etapa en el centro escolar?

Ese niño no está bien.

Lo dudo. ¡Estaba siendo paranoico! Los tiempos cambian y la gente es cada vez más consciente del autismo. La mayoría tiene algún amigo o conocido con un niño autista. Aunque... tampoco descarto que esa persona en concreto no lo tuviera y estuviera poniendo a mi hijo por los suelos. Al fin y al cabo, idiotas hay en todas partes y no se puede luchar contra eso.

Avispas, ¿recuerdas?

Ahora que lo menciono, me sucedió una anécdota haciendo la compra pocos días antes del que estoy narrando en este capítulo. Fui con Aarón a comprar en el supermercado de mi barrio y esperábamos nuestro turno en la cola. Él estaba muy nervioso porque compré natillas y quería tomar una en ese instante. Por mucho que le explicaba que tenía que esperar, no se bajaba del burro.

Para los millennials, bajarse del burro significa “cambiar de opinión”.

Los empleados del supermercado de mi barrio lo conocen desde siempre y saben cómo es y cómo se comporta a veces, por eso me permiten darle antes lo que pida y pagarlo después. Pero una natilla, sin una cuchara... Iba a ser complicado dársela.

Aarón se tiró al suelo, como siempre, y bramó.

—Aarón, cielo. En casa te dará papá la natilla —dijo la cajera—. ¿Quieres una cuchara, Marcos, y se la das ahora?

—No, tranquila. Tiene que aprender, porque, si no, cada vez que vengamos querrá una natilla —expliqué.

—Ya. Eso es cierto.

Mientras lo calmaba, un grupo de tres niñas miraba a mi hijo, ese niño grandote que lloriqueaba y pataleaba como un bebé, y soltaron esa risita estúpida que emite toda adolescente. No existe ni una sola que tenga una risa agradable una vez alcanzada la pubertad. Gritaron como hienas su “!hi, hi, hi!”, entrecerrando sus ojos y tapando su boca.

Sentí el impulso de lanzarles la natilla y estampársela en la cara, y pasar unos años en la cárcel por ello. Pero, al instante, recordé lo que solía decir mi profesor de naturales: “Eres joven, eres gilipollas.” Así que no hice nada e ignoré a esas tres adolescentes porque, al fin y al cabo, actuaban así porque eran lo que eran: Tres avispa jóvenes y gilipollas que pertenecían a una generación supuestamente tolerante.

Tras mi experiencia como padre de un niño autista, dejémoslo en un ochenta por ciento de tolerancia. Todavía queda mucho por hacer.

¿Por dónde íbamos?, que me voy por las ramas. ¡Ah, sí! El TAC.

Hicieron falta varios auxiliares y doctores para contener a Aarón sobre aquella gran máquina que me recordó a una escena de la mítica película Akira. Un par de minutos de forcejeo pasaron y, como mi mujer y yo habíamos previsto, no hubo más remedio que anestesiarle. Lo durmieron y procedieron a realizar la prueba. Cuando despertó, nos enviaron a casa sin ningún resultado aparente.

Debíamos estar atentos por si a nuestro hijo le volvía a suceder lo mismo, y en el caso de que así fuera, en qué contexto ocurría.

Los días transcurrieron sin ningún percance, igual que los demás, hasta que...

—Tete, el nene tiene bastante fiebre —me dijo mi mujer. Le miré la temperatura a Aarón y, efectivamente, su frente estaba ardiendo—. Hay que bajarle la temperatura como sea. Vamos a darle un baño.

Un baño de agua tibia funcionó y redujo su temperatura, pero todavía estábamos en verano y el calor exterior era insostenible. Lo tumbé sobre mi cama y comenzó a temblar. Los cambios de temperatura tan bruscos no son buenos.

—¿Qué le ocurre? —pregunté—. Tiembla mucho.

—Será el cambio de temperatura. La bañera estaba tibia y aquí hace demasiado calor —sugirió mi mujer—. Voy a poner el aire acondicionado un poco.

Temblaba y temblaba, y a nosotros se nos hizo un nudo en la garganta. Aarón nos miró fijamente, dejó de parpadear, y otra vez ocurrió. Saliva blanca salió de su boca. Corrí a por un tubo que nos dieron en el hospital la vez anterior.

—Si le vuelve a ocurrir lo mismo, le ponéis este tubo y le administráis la mitad detrás de cada mejilla —nos explicó la doctora.

Así lo hice.

Mi mujer marcaba el número de emergencias en su móvil con sus manos temblorosas y llorando a moco tendido.

—Mi niño, mi niño... —susurraba.

A los pocos segundos y gracias al cielo, Aarón volvió a recuperar la consciencia. Llamé al hospital donde lo atendieron previamente y, ahora sí, tenían un diagnóstico claro.

Tercer martillazo en la cabeza.

Epilepsia.

CAPÍTULO 15

UNA GUERRA IMPOSIBLE DE GANAR

A todos nos vuelven locos las fiestas regionales, ¿no es así? La feria de abril, San Fermín, y alguna más que ahora mismo no recuerdo. Esos días en los que puedes hacer todo lo que quieras sin consecuencias, igual que en la película *La Purga*, son una maravilla. Quizá no tanto cuando tienes un hijo autista.

Soy valenciano y como seguramente sabrás, aquí tenemos una fiesta muy conocida a nivel internacional: las Fallas, esa breve tradición que apenas dura un mesecito de nada.

¿Cómo dices, *Acompañante*? ¿No eres valenciano ni Español y no tienes ni idea de qué son Las Fallas? Bueno..., pues te lo explicaré resumido y desde mi punto de vista.

Si, por el contrario, eres valenciano y disfrutas de Las Fallas, quizá deberías tapar tus oídos durante unos minutos si estás escuchando el audiolibro, o cerrar tus ojos si tienes el formato papel o digital entre tus manos. También puedes leer mi punto de vista y tomártelo con algo de humor.

Algunos te dirán que soy un mentiroso y en realidad Las Fallas sí duran cuatro días, y en parte es así, al menos durante la recta final. Desde *La Cridá* hasta *La Cremá* transcurre un mes entero, y durante ese período de tiempo tienen carta blanca para hacer ruido y arrojar toneladas de pirotecnia.

Fui fallero de dos Fallas distintas por asuntos de mi familia. No a la vez, no lo habría soportado. Primero estuve en una y después en la otra. Asistí a todos los actos, incluso fui presidente infantil de la primera Falla, y era una tradición que no terminó de cuajar conmigo y abandoné a los quince años.

¿Tú escuchas eso, *Acompañante*? Tengo que dejar de escribir, porque me parece oír un ruido que llega del exterior. Creo que suben a mi casa un grupo de falleros con... ¿antorchas y tridentes?

Dame un minuto para ver qué ocurre en el patio de mi comunidad.

Vale, quédate tranquilo. Falsa alarma. No eran falleros cabreados. Las personas que subían con antorchas y tridentes eran de una secta que venía para llevarse a mi vecino de abajo. Además, eran muy simpáticos. Me han regalado un llavero con el logotipo de su secta y un imán para la nevera.

Sigamos.

Las Fallas son grupos sociales que constan de varios subgrupos de amigos, como en las pandillas del colegio. Existen grupos rivales y grupos aliados, y se echan en cara problemas tan variopintos como el pago de la lotería, la asistencia a los actos, y la colaboración en la forja de disfraces y útiles para la cabalgata. Suelen reunirse algunos fines de semana aleatorios para realizar actividades tan estimulantes como campeonatos de Parchís, o yincanas trepidantes en las cuales los más pequeños deberán saltar neumáticos. Si durante esos días vives cerca de un casal, que así es como llaman a su base nodriza, las pasarás canutas para acceder a tu casa en coche, porque la calle estará cortada a cal y canto.

Siempre me he preguntado: ¿Existirá algo más aburrido en el universo que ser el árbitro de un campeonato de Parchís?

Dicho grupo social consta de diversas razas falleras muy bien definidas. Entre muchas, destacan varias como estas.

El marido mecánico: que aprovecha las fiestas para recordar su juventud junto a sus dos amigos, Jack y Daniel, porque el resto del año su mujer se lo prohíbe, y suele tener un nombre como Paco, Antonio o Enrique.

La abuela: que se rompe la caja torácica golpeando un abanico contra su pecho con fuerza cuando hace calor, se funde un bote entero de laca al día, y grita como un demonio "¡Guapa!" cuando su nieta desfila con el uniforme de fallera que le regaló.

El adolescente padrino: que camina sacando pecho porque se ha convertido en el líder de la manada y decide con mano de hierro las actividades a realizar por su grupo. Suele ser el novio de La Adolescente *Guaspa*.

El adolescente esbirro: que camina encorvado porque es el esbirro fiel del padrino y hace de recadero de la pandilla para no ser rechazado.

La adolescente *guaspa*: que porta sus mejores galas con elegancia porque tiene pegados a los adolescentes que sueñan con ella, pero el único que tiene permiso para ser más que su amigo es el adolescente padrino. Siempre irá acompañada de una amiga no tan *guaspa*.

El paellas: que siempre se hará el simpaticón y tendrá una gran barriga, a menos que te ofrezcas voluntario para preparar la paella en su lugar. Si eso llegase a ocurrir, la policía encontraría tus restos hundidos en el fondo del mar. No importa que tengas cuatro estrellas Michelin y seas el maestro de Ferrán Adrià. La paella siempre la preparará él, y punto.

El niño irritante: que se pasa el día tirando petardos y... Básicamente eso. Tira petardos porque no sabe hacer nada más en la vida.

Te haces una idea, ¿no?

Seguimos.

Durante el año se llevan a cabo eventos tan divertidos como La Presentación, en la cual, como su nombre indica, los falleros se presentan ante sus familiares e invitados. ¿Cuántos invitados ajenos a la Falla acuden a ese acto? Ninguno. Con suerte, una decena. Es decir: se trata de un desfile de falleros viendo a sus amigos, también falleros, desfilando con el traje típico regional..., y dura la friolera de casi seis horas.

¿Tú le encuentras el sentido? Yo tampoco.

Durante el mes de Fallas, todo el mundo, falleros y no falleros, puede lanzar pirotecnia, y durante la última semana, las Fallas plantan un monumento que también se llama "Falla". En realidad, su nombre correcto sería "Monumento Fallero", y sinceramente, algunas son auténticas obras de arte. Así como te explico lo malo, también te explico lo bueno.

El último día queman la Falla, es decir, el monumento.

No es una broma, lo hacen.

¿Y la gente paga por hacer eso?

¡Uf! Sí, y mucha pasta.

De locos, ¿no te parece?

Desde que tengo a mi hijo, veo esa tradición con otra perspectiva muy distinta, y me parece, por mi forma de definirla, que ya lo habrás notado.

Vivo en el cuarto piso de un edificio frente a una plaza con un parque infantil. A pesar de que el ayuntamiento, durante el mes de Fallas, coloca varios carteles de advertencia que indican claramente "Prohibido tirar pirotecnia en esta zona", las familias con niños convierten el área en un frente de guerra. Son las mismas familias que cuando ven a un perro dejando excrementos en la calle, le gritan a su dueño, y con razón, "¡Ey, recoge esa caca, guarro, que está prohibido!" Sin

embargo, si tú les dices, "¡Ey, dejad de tirar petardos en este parque, que está prohibido!", te responderán de malas maneras y te dirán que son fiestas, patatín y patatán.

El mismo cuento de siempre.

Si algo les molesta a ellos, estará mal hecho, pero si algo te molesta a ti y a ellos les gusta... ¡Ay, amigo! Ahí, ajo y agua; es decir: te aguantas.

Esa manera de pensar se puede definir con una palabra: Hipocresía.

A mi hijo le afecta mucho el sonido de las incesantes explosiones y cada año se repite la misma historia. ¿Recuerdas que mencioné que faltaba un veinte por ciento de comprensión hacia el autismo? Pues aquí lo tienes, y ahora entraré en detalles del por qué. ¿Recuerdas la rutina de paseo que necesitaba para no entrar en crisis? Pues durante la temporada de Fallas, dicha rutina no es una excepción. Al salir a la calle para iniciar el paseo, se agacha y tapa sus oídos al escuchar el estruendo continuo de la pirotecnia.

¿Sabías que existe un trastorno relacionado con la necesidad de hacer ruido para llamar la atención de los demás? Se llama "trastorno de búsqueda de atención". Vale, no se calentaron mucho la cabeza con la elección del nombre, pero existe.

Al salir a la calle y presenciar el sufrimiento de mi hijo, quien se golpea a sí mismo debido al insoportable sonido, solicito a la gente que deje de hacer ruido por el autismo de mi pequeño. Los que están cerca me escuchan y dejan de tirar pirotecnia, pero la plaza donde vivo es enorme y es literalmente imposible hacerse escuchar entre las explosiones incesantes. Aarón sufre mucho, y yo no puedo hacer nada por él. Me frustra y me irrita esa impotencia. Probé a ponerle cascos, pero no le gusta tener nada en su cabeza.

Por lo general, si les explicas que tu hijo es autista, dejan de tirar petardos, aunque a menudo te cruzas con algún idiota.

Te contaré una anécdota.

Durante la temporada entre *La Cridá* y el comienzo de Las Fallas, ese mes en el que pueden tirar pirotecnia, hay un horario establecido. Desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, si no me equivoco. Yo veía la televisión junto a mi mujer, con Aarón abrazado a ella, aguantando las explosiones y el intenso temblor de los cristales de mis ventanas.

Y no estoy exagerando; las ventanas tiemblan.

Llegaron las benditas diez de la noche, la hora de la anhelada paz y el silencio. Pero alguien seguía satisfaciendo su falta de atención haciendo ruido.

—Cariño, baja y diles algo, por favor, que llevamos así todo el día y son más de las diez —me suplicó mi mujer—. Aarón está empezando a ponerse nervioso porque no consigue dormir con tanto ruido de explosiones.

—Llamaré a la policía —sugerí.

—¿Para qué? En contadas ocasiones vienen y no multan a nadie. Baja y diles que ya es suficiente por hoy con los malditos petardos.

—No sé si me entenderán, no hablo el idioma de los primates.

—Tete, en serio. Baja y pídeles que paren.

—Vale, vale. Voy.

Me puse las zapatillas y bajé. Descendiendo en el ascensor, practiqué el idioma primate para comunicarme con ellos.

—Yo solicitar vosotros parar —susurraba.

Bajé hasta el rellano y salí a la plaza. En la distancia, debajo de una luz amarillenta emitida por viejas farolas, había una pareja con su hijo pequeño, de poco más de cinco años, tirando pirotecnia. Llegué hasta ellos.

—Yo solicitar vosotros... —Carraspeé—. Disculpad, son más de las diez de la noche y está prohibido tirar pirotecnia a estas horas.

El padre, alto, corpulento y con una barriga colosal, me miró con una expresión de asco y fatiga mental. Era como King Kong, con la diferencia de que no tenía pelo en la cabeza.

—Ya tenemos aquí al típico —y dijo literalmente— toca pelotas.

—¿Cómo has dicho? —salté, muy ofendido—. Mi hijo es autista y está en casa con ansiedad. Necesita dormir más que vosotros necesitáis tirar petardos. Además, allí hay un cartel donde pone bien claro que está prohibido tirar pirotecnia en esta zona. Si queréis, la próxima vez, en vez de bajar, llamaré a la policía directamente, a ver qué opinan ellos.

La madre comprendió que el comentario de su marido estaba fuera de lugar, y más tras informarles que tenía un hijo discapacitado.

—Tranquilo, ahora mismo nos marchamos. Lo lamento mucho —se disculpó.

Recogieron la caja de petardos de su hijo y se marcharon.

¿Y de qué sirvió? De nada, porque al día siguiente, una nueva horda de gente llenó la plaza con su incesante ruido e ignorando el cartel de prohibido.

Personalmente, me entristece que una tradición de mi región se convierta en mi peor enemigo, como si fuera un titán imbatible estremeciéndome según se aproxima, o un veneno que haga sufrir a mi hijo y cuya única cura sea huir o esconderse.

Algunos residentes, cuando dejo mi opinión en las redes sociales, me increpan con comentarios como: “Si no te gusta, te marchas a vivir fuera.” Si aplicásemos esa respuesta a todo, ciertas tradiciones que han quedado obsoletas por maltrato animal o humano seguirían existiendo porque, si no te gusta, te marchas.

¡Esta mal tener humanos como esclavos!

Si no te gusta, te marchas.

¡Está mal sacrificar personas para los dioses!

Si no te gusta, te marchas.

¡Está mal hacer daño a los animales por diversión!

Si no te gusta, te marchas.

¡No a la guerra!

Si no te gusta, te marchas.

El cambio llega cuando lo solicita la mayoría, pero si solamente débiles sombras reclaman, la mayoría los repudiará.

CAPÍTULO 16

¿VIDA SOCIAL? ¿ESO QUÉ ES?

Cómo molaban esos primeros años en pareja. ¿Verdad que eran mágicos? Cada fin de semana había planes por hacer. Partida de bolos acompañada de un gran refresco y, después, sesión de cine con palomitas grandes, o una magnífica cena rematada con una partida de bolos con el grupo de los colegas. Puede que ese fin de semana tocara cena en un bufé de pasta y, para concluir, sesión de cine con otra secuela de Harry Potter. Sea como fuere, la llegada del viernes por la noche suponía no aparecer por casa hasta el domingo. ¿Y a primeros de mes? ¡Mucho mejor! La cuenta corriente rebosaba y podías visitar parques temáticos o ir al teatro. Y ¿cómo olvidar esos largos fines de semana con la pareja y sin los padres en casa, eh, piratillas?

Codazo y guiño.

También estaban las discotecas, pero a mí no me fascinaban, la verdad. Nunca comprendí por qué iba con mis amigos a esos sitios. Me sentía fuera de lugar.

¿Para bailar? Mover el esqueleto, como decían mis abuelos, no es que sea una característica que destaque en mí.

¿Para qué íbamos entonces? Le formulé esta pregunta a mis amigos y, según ellos, íbamos a las discotecas para ligar con chicas.

¿Ligar, nosotros?

¡Menuda idea más brillante! Meternos en una caja repleta de gente, apestando a sudor, para competir contra habitantes de gimnasio que lanzaban testosterona por todos sus poros. Era una misión imposible y, de hecho, siempre terminaba en catástrofe, con un amigo ebrio expulsando su contenido estomacal en la zona del aparcamiento, abrazándonos a todos con entusiasmo y sincerando el amor y la amistad que nos une.

En alguna ocasión, me llegó el turno de ser ese amigo ebrio.

Me consideraba un chico del montón, pero, como has comprobado en esta biografía, con cierta chispa de humor y un carisma magnético.

Lo sé, no necesito abuela.

¿Cómo iba a demostrar mi carisma alzando la voz y apestando a vinagre? Pasé de mis colegas y decidí moverme por mi cuenta, y descubrí que Internet era mi terreno perfecto. Curiosamente, no conocí a mi mujer por Internet. Lo hice en un Pub a través del amigo de un grupo más moderado al que, igual que yo, le gustaba tomar algo en lugares más relajados para disfrutar mejor de la conversación. En mi caso y en lo que respecta a parejas, “A la tercera va la vencida” fue una expresión literal, y no te sigo contando más, porque si lo hago, me tocará dormir en el sofá una temporada.

¿Cómo llevas tu café, CocaCola o ColaCao, *Acompañante*? Espero que de maravilla y estés pasándolo bien emocionándote, riendo y llorando con mi historia.

Cuando llegó Aarón, nos sucedió lo mismo que a todos los padres. La vida social se redujo. Sin embargo, en nuestro caso y tras el diagnóstico, el cambio fue algo más... extremo.

Una actividad tan sencilla como ir al cine, era impensable con nuestro hijo. Un niño hiperactivo no aguantaría ni dos minutos sentado. Aparte, no sabía hablar y se expresaría con

gritos, molestando al resto de personas.

Ir a tomar con él un simple café en pareja o con amigos lo hemos intentado, pero también es imposible por el mismo motivo. A los pocos minutos, cuando termina de comer su pedido, quiere marcharse.

¿Ir a casa de un amigo con nuestro hijo? Aarón era muy nervioso y lo golpeaba todo, así que también quedó descartado. De hecho, el hijo de una amiga tiene autismo nivel uno y le molestaban los gritos de Aarón. Encontramos una especie de solución; que nuestros amigos vinieran a nuestra casa de vez en cuando. Pero también tienen hijos, y dejarlos con sus abuelos o con su pareja es una labor complicada que requiere disponibilidad.

¿Parques de bolas? Al principio, sí los disfrutaba, pero ahora es demasiado grande y no controla sus impulsos, por ello, puede hacer daño a otros niños sin querer.

Nos tuvimos que adaptar y limitar nuestra vida social a ir a la piscina en verano, algo que le encanta; a pasear por el Vedat, la zona de la que hablé capítulos atrás, y a realizar esos paseos en patinete, que le fascina y lo domina a la perfección. Porque sí, el verano ya no es una época divertida que espero con emoción, ahora es una cuerda a punto de romperse que deseo que termine. Podemos ir a la piscina pública, donde Aarón controla su carácter, y poco más.

¿Un hotel en familia? Complicado. Si mi hijo se agobia, se querrá marchar y dejaríamos la habitación vacía y pagada.

¿Un camping? Ocurre algo similar al hotel. Además, cuando entra en crisis, grita una barbaridad y el resto de clientes podrían quejarse.

¿Una casa rural apartada, solitaria, y con un extenso terreno para correr libremente? Sí, podría funcionar. Sin embargo, alquilar una casa rural que cumpla esas características es muy costoso, y debido al autismo de Aarón, mi mujer no puede trabajar. Mis padres tienen una casa que era de mis abuelos en un pueblo pequeño de Cuenca. Íbamos todos los veranos y Aarón se lo pasaba en grande. La casa, aunque es antigua, es enorme y tiene un gran corral donde poníamos una piscina para que jugara nuestro hijo. Se bañaba sin parar, al menos, los primeros años. Según nuestro hijo crecía y se veía más afectado por el ruido, su interés por el pueblo fue menguando progresivamente. ¿Por qué? Es casualidad que mis vacaciones de verano coinciden con sus fiestas patronales, y comprendo que, siendo las únicas fiestas que tienen, las disfruten a tope durante una semana. Ello implica música intensa hasta altas horas de la noche y alboroto de gente en un avanzado estado de embriaguez. Si a eso, le adjuntamos que en esa casa no hay aire acondicionado y el calor campa a sus anchas, tenemos un inminente desastre que desemboca en crisis continuas.

En alguna ocasión, Aarón nos trajo su mochila del colegio, comunicándonos a su manera que quería regresar a la escuela.

¿Nada de cole, papás? Pues me lanzo contra el suelo y grito con todas mis fuerzas.

Nuestros veranos no son reparadores ni divertidos, son estresantes y complicados.

Igual que todas las parejas del universo conocido, mi mujer y yo necesitábamos, en ocasiones, tener un momento para nosotros. Si queríamos disfrutar de un paréntesis de intimidad, debíamos mover el cielo y la tierra para cuadrar con mis padres un día en el cual se quedasen en nuestra casa con Aarón. Con mi padre, como sabes, tiene una conexión estupenda y no da muchos problemas. Desgraciadamente, son personas mayores y no podemos pedirles ese favor a menudo. De hecho, fue mi madre la que me sugirió tener el momento con Vanessa que te contaré a continuación, porque creyó que lo merecíamos después de pasar estos años tan complicados.

Hace poco, mientras escribo estas palabras, fuimos a un spa para relajarnos y desconectar. Hacía, literalmente, ocho años que no nos permitíamos un capricho así; sesión de spa, un buen

masaje en pareja y comida increíble en un Hotel de Valencia capital. Desconectar así, fue muy gratificante. El Señor Depresión se alejó unos metros de mí.

Ocho años, *Acompañante*.

Por supuesto que hemos ido al cine o a cenar a solas alguna vez, sin embargo, Aarón no se quedaba más de dos horas con mis padres. Se ponía muy nervioso si pasaba más tiempo separado de nosotros.

Yo tengo algo más de vida social que Vanessa. Tengo un empleo de jornada completa en el cual hablo con mis compañeros, entablo amistad con algunos clientes, bromeamos y desconecto unas horas de la rutina. Ella, como acabo de contarte, no puede trabajar. ¿Existe algún empleo que sea de jornada matinal y de octubre a junio? No. Los meses de vacaciones de verano y las semanas de Navidad, alguien debe quedarse todo el día con Aarón, porque no puede estar tanto tiempo con mis padres. Lo apuntamos a una escuela de verano, pero sufría crisis a diario y tuvo que dejarla. Mi mujer estudió estética para trabajar en casa haciendo masajes y tratamientos, y así poder ganar algo de dinero mientras Aarón estaba en la escuela, pero el negocio no terminó de cuajar porque no pudimos dedicarle el tiempo necesario debido al trastorno de nuestro hijo. Ella es de las personas que necesita trabajar, porque estando en casa se apaga poco a poco. Y yo, que sería el hombre más feliz del mundo sentado frente a un ordenador, escribiendo todo el día con un café o un refresco a mi lado y acompañado de música rock de los años ochenta, no puedo dejar de trabajar.

Así son las cosas.

Muchos, ya sean amigos o familiares, comprenden nuestra nueva vida y son tolerantes con la situación, pero unos pocos, por desgracia, no entienden que Aarón tenga ciertas necesidades específicas ni el impacto que este cambio tan extremo supone para nosotros. En vez de darnos su apoyo, nos miran con desprecio o responden a nuestra disculpa con una frase muy corta cuando nos marchamos de su casa abruptamente, porque nuestro hijo está al borde de una crisis. Ojo, confirmo que siendo yo el padre de un niño discapacitado, me he visto obligado a pedir una disculpa en alguna ocasión, porque me presionaron para hacerlo, y me parece que no debería ser así. No es justo.

¿Recuerdas el viaje a Disneyland que quisimos hacer mi mujer y yo junto a nuestro hijo algún día, ese mágico lugar donde hablamos de ser padres? Al final, asumimos que ese deseo no se cumpliría jamás. Renunciar a un sueño así es emocionalmente duro.

Uno de los momentos que más me dolieron en lo relacionado a nuestra vida social fue durante el bautizo de mi única sobrina. Mi mujer no pudo asistir a la ceremonia porque era imposible llevar a Aarón a una iglesia. En cambio, los dos sí acudieron al convite, pero te puedes imaginar cómo acabó la cosa, *Acompañante*. Mi mujer se arregló y estaba resplandeciente. Siempre se cuidó mucho. Le gustaba ir a la peluquería para que le dijera, al salir, lo guapa que estaba, y comprarse ropa para enseñármela con una entusiasta sonrisa... Pero desde que diagnosticaron a Aarón, se centró tanto en cuidar de él que se apartó de sí misma. Me alegraron las ganas que tenía de verse guapa aquel día.

Anticipamos el día del bautizo a Aarón con pictogramas mostrándole fotos del restaurante. Llegamos los tres al convite y nos sentamos en nuestro puesto. No había mucha gente, la verdad. Fue una ceremonia íntima. Aarón se sentó junto a su abuelo y, a pesar de la comida, se levantó a los veinte minutos. Mi padre se lo llevó a un parque que había fuera para jugar e hicimos turnos con mi hijo, sin embargo, al pasar una hora desde nuestra llegada, mi hijo se tiraba al suelo y gritaba porque ya no aguantaba más tiempo en ese lugar. Nos despedimos de todos y fueron muy comprensivos. Solo hubo una mala cara, una, y fue la que más me dolió teniendo en cuenta de

quién vino.

Te daré un consejo, *Acompañante*. Si alguna vez te ha molestado que un amigo o familiar se marchara de tu casa porque su hijo lo requería, créeme cuando te digo que a él le dolió más que a ti, así que, si esa persona realmente te importa, coge tu móvil y mándale un mensaje. Hazle saber que lo comprendes y lo apoyas. Recalca que no debe preocuparse, porque estarás ahí para lo que necesite, o... ¡te mandaré una maldición ahora mismo en forma de parada cardíaca!

¿Hola...?

¿Sigues vivo, *Acompañante*?

Vaya palo... Tengo un poco oxidada mi habilidad para enviar maldiciones letales.

Resumiendo. Salir los fines de semana pasó de ser una rutina monótona a convertirse en un lujo muy preciado.

CAPÍTULO 17

OXÍGENO A DOMICILIO

Me encontraba pasando mi compra rutinaria a través de la cinta del supermercado de mi barrio en el que conocen a Aarón. Ese día, estaba solo.

—¿Cómo está hoy el Pitufito? —me preguntó la cajera mientras leía el código de barras de mis productos con un láser.

Era mayor, de la edad de mi madre, y amiga suya de la Falla.

—Pues regular. Echa de menos el colegio —expliqué—. El otro día, nos dio la mochila para irse al cole, pero todavía queda un mes de vacaciones y no lo entiende. Se lo anticipamos con pictogramas, pero nada.

—¿No venía una chica a vuestra casa para echaros un cable y enseñaros a comunicaros con Aarón?

—Sí, pero apenas duró una semana. Aparcar en este barrio es casi imposible si no lo conoces bien, además, le salió un trabajo, así que ya no viene.

La cajera, dejando al resto de clientes esperando en la cola, algo que hoy agradezco por lo que vino después, se quedó pensativa.

—¿Sabes? Conozco a una chica que acaba de abrir un centro de terapia privada aquí, en Torrent. Se llama Grupo Estímulo —me dijo.

—¡Uf, un grupo privado! Te agradezco la sugerencia, aun así, diré que no. Tuvimos una mala experiencia con un centro de atención privada en Valencia. Nos cobraron por un simple primer contacto y las tarifas eran excesivamente caras.

—No pierdes nada por preguntar, Marcos. Además, la directora es una chica de aquí. Se llama Amelia. ¿Quieres que te dé su número de teléfono?

—¡Oiga, algunos tenemos algo de prisa! —se quejó una anciana que esperaba en la cola.

—¡Espera un momento, Mari Carmen, que estoy ayudando a este chico con un problema más importante que el tuyo! ¡No pasará nada si te pierdes quince minutos de Sálvame! —recreminó la cajera, amiga de mi madre. Sacó un papel, apuntó un número y me lo pasó—. Toma, Marcos. No pierdes nada por probar y pedir precio.

—Ya, eso es verdad.

—¡¿Ves, Mari Carmen?! —gritó la cajera a la clienta—. ¡Ya está! ¡Tanta prisa, tanta prisa...!

Subí a casa con la compra y el número guardado en mi bolsillo. Mientras dejaba los alimentos en su lugar correspondiente de la nevera, tenía dudas respecto al Grupo Estímulo. Pero, como dijo la amiga de mi madre, “no pierdes nada por probar”. Me lancé sobre el sofá, junto a mi mujer. Miré el número sin saber qué hacer.

—¿Qué es eso? —preguntó ella—. ¡¿Es un número de teléfono?! ¡¿Quién te lo ha dado?!

Vanessa es muy celosa, no lo puede evitar.

—Es el número de una morena de piel oscura y veinte años que está buena que te pasas. Los alopécicos casados, con tripita y con hijos estamos de moda este año. —Y yo tampoco puedo evitar ser sarcástico—. ¡Qué va! Me ha dado este número la cajera de la Falla. Me ha dicho que es de un grupo de terapia ocupacional que acaba de abrir aquí, en esta ciudad, y que ayudaría

mucho a Aarón.

—¡Uf, un grupo privado! Recuerda lo que nos pasó en aquel centro que preguntamos en Valencia.

—Eso mismo he pensado, pero, ¿quién sabe? Quizá, este sí que podamos pagarlo.

—Bueno. No perdemos nada por preguntar.

—Eso mismo me ha dicho la cajera.

Decidimos probar suerte y llamamos al número. Amelia nos atendió amablemente y nos dio cita para dentro de un par de días. Pregunté, tras la experiencia en Valencia, si teníamos que pagar por conocer el centro. Le pareció raro y no me creyó cuando le expliqué que tuvimos que pagar sesenta euros por un primer contacto en otro centro de atención temprana.

Acudimos, sin Aarón, a la cita en el día acordado.

Amelia nos recibió en el centro y esta vez no parecía un hospital con tres pegatinas infantiles; era más colorido y agradable a la vista. Las paredes estaban envueltas en madera y repletas de cuadros abstractos. Hoy en día, se han mudado de edificio. Nos acompañó e invitó a su oficina, y nos ofreció asiento. Cuando todos nos acomodamos, algún detalle de sus facciones me resultó familiar.

—¿De qué me sueñas? —pregunté a Amelia—. ¡Ah, sí! ¡Te conozco de cuando éramos niños!

—¿Marcos? —recordó ella.

Torrent es una ciudad de unos ochenta mil habitantes y es normal que, de vez en cuando, coincidas con algún conocido en un bar o un supermercado. En este caso, Amelia era la amiga de un amigo íntimo y coincidimos alguna vez, años atrás. Tras los saludos iniciales, procedimos a hablar de Aarón. Le explicamos los avances que había logrado y los atrasos en los que estaba estancado.

—Creo que lo más importante en este momento es desarrollar alguna forma de comunicación para Aarón. Mucha de la frustración que tiene es debido a que es incapaz de expresar lo que necesita o siente de una manera clara —explicó Amelia—. Imagina que te pierdes en otro país y nadie entiende lo que dices. A los diez minutos, estarías arrancándote los pelos por la ansiedad.

—No me quedan muchos por arrancarme, la verdad —anoté.

Mi comentario hizo reír a Amelia y a mi mujer. A mí, por el contrario, no.

—¿Habéis dicho que se ha estancado con los pictogramas, Marcos?

—Sí —intervino mi mujer—. Él coge el papel que quiere y te lo pasa, pero no distingue los dibujos. Usamos fotografías y sí que toca lo que quiere, como una foto de su abuelo o del coche para pasear, pero no mucho más.

—Existen varios métodos diferentes de comunicación. Los pictogramas están bien para que muestre lo que necesita, pero se pueden utilizar como apoyo junto al lenguaje bimodal. ¿Habéis oído hablar de él?

—¿Bimodal? —pregunté.

—Para que os hagáis una idea, se trata de una especie de lenguaje de signos. Podemos probar a ver si Aarón es capaz de comprenderlo. Se refuerza con palabras para intentar que el niño, a base de repetir y repetir, las imite y termine hablando. En ocasiones, da buenos resultados. Me dijisteis que no hablaba nada todavía, ¿no es así?

—Ha empezado a pronunciar sonidos como “pa” o “ta”, sin embargo, palabras complejas... no —explicó mi mujer—. Quizá, con este método, Aarón nos sorprenda. Si llegase a hablar, sería la mayor alegría de mi vida, la verdad.

Me encogí de hombros.

—Está bien. Adelante. Si a vosotras os parece bien probar, a mí también —opiné.

Subí hasta mi cerebro para añadir “bimodal” a la base de datos. Llamé a la puerta y me atendió la misma neurona de siempre.

—¡¿Otra vez tú?! —se quejó—. ¿No vendrás a mandarnos más trabajo? ¡Todavía estamos dándolo todo para almacenar “pictograma” y “estereotipias” en el sistema!

—¡Pues apañáoslas! —ordené—. ¡Tenéis que parar las rotativas para añadir “bimodal”!

—Y dale con las rotativas. ¡Que esto no es un periódico, zopenco!

—Un respeto, que soy tu jefe.

—Pues si yo te llamo zopenco en toda tu cara, no quieras imaginar cómo te llaman el resto de tus neuronas a tus espaldas.

—No pueden estar a mis espaldas, porque están dentro de mi cabeza.

—Tienes razón. *Touché*, jefe Marcos. —Me di media vuelta para salir de mi cerebro y escuché—. Idiota...

Cuando me giré, la neurona silbaba, mirando para otro lado.

Si te soy franco, *Acompañante*, que mi hijo fuera capaz de comprenderme o de comunicarse de forma clara, para mí, a estas alturas, era imposible. Perdí toda esperanza. En ese momento, yo estaba atrapado en un vacío del que no lograba salir. Dejaba pasar los días en piloto automático, como si caminara por un sendero recto y eterno hasta la llegada del abismo final.

Antes de aceptar la oferta de Amelia, queríamos saber el precio de las sesiones tras el trauma originado en Valencia. Resultaron tener unas condiciones más lógicas y un precio más razonable. También un descuento de una hora en un aparcamiento cercano. Nada mal.

Aun así, tuvimos que pedir ayuda a mis padres para poder pagar las terapias, porque no llegábamos a fin de mes.

—¡Haremos lo que sea por el niño! —exclamó mi padre—. No me pidas un viaje al caribe, pero para terapias para Aarón, lo que haga falta.

Desde aquí, les agradezco la ayuda que nos dieron y los cables que nos continúan echando.

Estaba decidido. Arrancamos los motores con las nuevas terapias. No solo tratarían su problema de comunicación. Mi hijo recibió un apoyo integral para enfrentar los desafíos que el autismo le presentaba. La mala conducta, la ansiedad, la rigidez en sus rutinas y la impaciencia en las esperas eran obstáculos que enfrentábamos. Sin embargo, gracias a un equipo de terapeutas dedicados, comenzamos a ver progresos notables.

Fue conmovedor presenciar cómo mi hijo aprendió estrategias para controlar sus emociones y lidiar con la impaciencia en situaciones de espera. Las terapeutas trabajaron incansablemente para ayudarlo a comunicarse y a expresarse de manera más efectiva, derribando las barreras que el autismo había erigido.

Para poder asistir, tenía que salir quince minutos antes del final de la jornada laboral. Pasaron los meses y mi encargado se acostumbró a los quince minutos de salida durante dos días por semanas.

—Me marchó a terapia —le dije un miércoles a las siete menos cuarto.

Mientras cargaba mi bandolera al hombro con mis cosas guardadas, me crucé con un compañero.

—Voy a tener que ir a terapia yo también —susurró.

No se dio cuenta de que lo escuché. Me acerqué a él, ofendido.

—Si un genio de la lámpara me ofreciera en un deseo trabajar el triple de las horas que falté para ir a terapia, sin cobrarlas, a cambio de que mi hijo me dijera, simplemente, “hola, papá...”, ten por seguro que lo aceptaría sin dudar —vacilé.

—Tío, era una broma inocente —se excusó—. No hace falta ponerse así.

—No. Bromas así, no. No tienes ni idea de lo que sufre un padre con un hijo autista. Los comentarios no se volvieron a repetir, al menos, delante de mí. Volvamos a las sesiones.

Las chicas que enseñaban a mi hijo Aarón en el Grupo Estímulo eran muy atentas y apasionadas con su trabajo. Algunas sesiones fueron buenas y Aarón colaboraba y avanzaba, y otras terminaron en desastre, otras en las que se tiraba al suelo, gritaba con fuerza, lo pateaba todo e, incluso, golpeaba a la terapeuta. Pero cuando me sentía apurado porque, como padre, me horrorizaba ver a mi hijo haciendo daño a otra persona, todas ellas me respondían con la misma frase.

—Marcos, tranquilo, es nuestro trabajo. Cuando llegue a casa, me tomo una cerveza y solucionado. A mí no me duele como a ti, te lo puedo asegurar. No te preocupes, de verdad.

Te conté, *Acompañante*, que pasé dos años de mi vida en el ejército. Durante mi instrucción me lanzaba sobre el barro en los días lluviosos, cargado con una mochila que pesaba una tonelada a la espalda y un fusil entre mis brazos, recibía insultos continuos de mis oficiales, aunque con cierta chispa de humor, y todas las mañanas salía a correr al monte varios kilómetros.

En realidad..., un amigo y yo encontramos un atajo oculto a pocos metros del inicio del recorrido y nunca lo hice completo.

A pesar de sobrevivir a esta durísima etapa cual Rambo, admiro y respeto a las personas que se dedican a cuidar y ayudar a niños con capacidades especiales, porque no cualquiera sería capaz de realizarlo. Yo mismo dudo si sería apto para aguantar más de una semana.

Las sesiones pasaron y probamos con el sistema bimodal. Para que te quede claro, *Acompañante*, consistía en hacer un gesto cuando Aarón solicitara algo. Por ejemplo: “Si mi hijo pedía un juguete, teníamos que coger nosotros dicho juguete con una mano y, con la otra, realizar el gesto con sus manos.” El gesto de “quiero” consiste en desplazar la mano de izquierda a derecha sobre el pecho, o al revés si eres zurdo, y decir en voz alta la palabra “quiero”.

Iniciamos este método igual que cualquier otro. Funcionaba a base de repetir, repetir y repetir, una y otra vez. Gesto por aquí y gesto por allá. Empezamos por el más básico, el de “quiero”, que acabo de describir, y el de “más”, que se efectuaba tocando la palma de una mano con el índice de la otra.

Mi frustración me impedía tener la mínima esperanza.

Repetimos, repetimos y repetimos durante un par de semanas.

Un sábado por la mañana, como otro cualquiera, Aarón se despertó un par de horas antes de la cuenta. Todavía no había salido el sol. Preparé el desayuno mientras mi mujer se quedó descansando un poco.

Me cuesta mucho dormir si mi hijo está despierto, porque grita y corre por la casa, y es absurdo que nos quedemos despiertos los dos.

Le tocaba un tazón de cereales de chocolate con leche, su favorito. ¿A quién no le pueden gustar los cereales de chocolate con leche? Mi hijo se sentó en su puesto al mostrarle su desayuno, algo que aprendió a hacer. Incluso, colocaba un mantelito para no manchar la mesa.

Cuando se trata de comida, aprende deprisa.

Puse el tazón frente a sus ojos y devoró el trigo procesado con ferocidad. Utilizó su mano izquierda, igual que yo. Aarón terminó de zamparse los cereales en menos de un minuto y se interpuso entre la televisión y el sofá, caja de cereales en mano, como si él fuera un eclipse de sol tapando la luz de la imagen, tomando el papel de la luna, y yo, el de un transeúnte que contempla el sol y exclama: “¡Ostras, un eclipse de...!”.

Intentaba hacerme el profundo, pero me ha salido el tiro por la culata.

Sigo con la biografía.

—Tete, ¿no crees que ya has tomado suficientes cereales? No es bueno comer tantos. Tienen mucho azúcar —le dije. Daba igual, porque Aarón no entendía ni una sola de mis palabras. Él seguía en pie, mirándome inexpresivo y sujetando la caja de cereales—. ¿Qué quieres, hijo? No sé qué necesitas. ¿Quieres más cereales?

Se inclinó y depositó la caja en el suelo. Abrió su mano derecha, estiró el dedo índice de la izquierda, y tocó varias veces con este la palma de la mano contraria, haciendo el gesto de “más”.

El corazón me dio un vuelco. Esta vez, en lugar de un martillazo en la cabeza, recibí una vida extra. El marcador de la esperanza pasó de proyectar un “cero” como una catedral, a un “uno” iluminado con fuerza.

—¿Acabas de hacer un gesto, Aarón?! —grité, muy emocionado—. ¿Quieres más cereales?!

Mi hijo repitió el gesto, otra vez, en una de las imágenes más hermosas que han contemplado mis ojos. ¡Chúpate esa, da Vinci, con tu Capilla Sixtina!

Acabo de buscar en Google, y La Capilla Sixtina es de Miguel Ángel. Mi tierna ignorancia fue fruto de la emoción al recordar el momento. No te rías de mí y volvamos al gesto de mi hijo.

Eufórico, llené el tazón de Aarón con tantos cereales que se desbordaron.

—¡Come todos los cereales con chocolate que tú quieras!! —exclamé, llorando de alegría.

Mi mujer, preocupada por el alto nivel de mi voz, llegó hasta el comedor, recién despertada y rascando sus ojos.

—Pero, ¿qué ocurre? —preguntó, confusa—. ¿Por qué gritas tanto, Marcos?

—¡Cariño, tienes que ver esto!

La agarré del brazo con un tirón tan fuerte que casi la tiré al suelo, y la acerqué hasta Aarón.

—¡Qué bruto eres! —se quejó—. ¡Ten cuidado, que me acabo de despertar!

Estaba experimentando una de las emociones más intensas de mi vida, y se aceleró mi pulso al darme cuenta de que mi mujer experimentaría una euforia parecida dentro de unos pocos segundos. Ella es mucho más sensible que yo. Posiblemente, se desmayaría.

Levanté la caja de cereales, casi vacía, y se la mostré a nuestro hijo, que ya había devorado la segunda ronda.

—Aarón, ¿quieres más deliciosos cereales de chocolate? —pregunté a nuestro hijo.

Por un instante, creí que Aarón me dejaría en mal lugar, porque no reaccionaba, pero no fue así. El pequeño se tomó su tiempo. Masticó los cereales que seguían en su boca, tragó, depositó la cuchara al lado del tazón, y abrió la palma de su mano derecha. Su madre se echó las manos a la cabeza sin que Aarón hubiera terminado el gesto.

—No es posible —susurró—. ¿Cómo...?

Con el dedo índice, repitió el gesto de “más” frente a su madre. En apenas dos segundos, mi mujer estaba nadando en un mar de lágrimas.

—¡Tete, has hecho un gesto! ¡Te has comunicado! —le dijo y, al instante, se giró hacia mí—. ¡Ponle más cereales ahora mismo!

—¡Pero si ya no quedan! —me quejé—. ¡Se los ha comido todos!

—¡Pues baja al supermercado y compra más!

Todavía no había salido el sol y el supermercado estaba cerrado. Vanessa buscó en Google un supermercado de veinticuatro horas, a diez minutos en coche.

No me libré.

CAPÍTULO 18

VIENTOS DE ASIA

¿Cómo lo llevas, *Acompañante*? ¿Lo tienes todo claro? Hagamos un breve repaso. Tenemos, por un lado, la burocracia, que es un caos incesante. Por otro, las constantes visitas médicas. Añade las fases de la depresión cuando recibes el diagnóstico y lo matriculas en un colegio de educación especial, a saber, negación, negociación, depresión, ira y, por último, aceptación. Suma las estereotipias, falta de comunicación, escasa comprensión por parte de algunos familiares y amigos, nula vida social y aislamiento y, por supuesto, no podía faltar lo más temido: Los problemas de conducta y las crisis.

Los años pasaron y Aarón tenía siete años recién cumplidos. Nos encontrábamos en pleno mes de marzo, viendo la televisión tranquilamente mientras los tres comíamos. Las noticias informaban de lo mismo de siempre. Problemas, problemas, y más problemas.

—Menuda se está liando en China con el virus —opiné—. ¿Has visto las noticias? Los hospitales están saturados y han puesto a casi todo el país en cuarentena. ¡Alucinante!

—Ayer dijeron que se detectaron algunos casos diagnosticados aquí, en España —comentó mi mujer—. Tu hermana dijo el otro día que en el hospital —en el que ella trabajaba— rumoreaban que la situación era preocupante y, posiblemente, nos pondrían en cuarentena aquí también.

—¡Bobadas! Los especialistas aseguran que en España no pasaremos de la decena de casos y la situación está controlada.

Por sorpresa e inesperadamente, el presidente del gobierno apareció en la pantalla con una expresión muy seria. No voy a narrar todo lo que dijo porque te dormirías, pero, a no ser que estés en el año dos mil cien, *Acompañante*, estoy convencido de que viviste aquello. Si no en España, en tu respectivo país.

Declaró el estado de alerta y la cuarentena a nivel nacional. La civilización entró en pánico y compró papel higiénico por toneladas. Solo podrían salir de casa los adultos para tareas esenciales, como comprar alimentos o pasear al perro por vigésimo cuarta vez en el mismo día.

Hace pocos días le pregunté a una inteligencia artificial qué sentido tenía adquirir toneladas de papel higiénico en situaciones caóticas, y no supo darme una respuesta concreta. Esa experiencia nos envió una advertencia a todos: la humanidad es idiota.

—¿No podremos salir de casa con Aarón hasta nuevo aviso? —se preocupó Vanessa—. Él necesita dar sus paseos. ¡Sufrirá una crisis cada dos por tres!

Mi mujer tenía mucha razón. A mí también me preocupaba no poder cumplir con la rutina de nuestro hijo. La cosa pintaba bastante fea.

—No te preocupes, teta. Lo subiré a la terraza varias veces al día y solucionado.

—No será suficiente, Marcos. Aarón se pondrá mal.

—Habrá que probar y cruzar los dedos, no tenemos otra opción.

Subí con Aarón a la terraza de mi comunidad.

El primer día fue bien. Corría, reía y parecía que ese reducido espacio satisfacía sus necesidades.

El segundo... transcurrió regular, porque lloriqueaba y se quejaba. Empezó a necesitar su

paseo con una cuarentena que duraría mínimo un mes recién iniciada; la situación pintaba muy oscura.

El tercero... fue horrible. Entró en crisis durante horas hasta que se durmió de agotamiento. Mi hijo llenó mis brazos de arañazos y golpes. Mi mujer y yo, exhaustos y con Aarón volando en sueños junto a Morpheo, desconectamos de los problemas mientras cenábamos.

—¿Qué pasará con Aarón, cielo? Apenas han pasado tres días y está fatal —me preguntó Vanessa.

Suspiré.

—Francamente, no tengo ni idea, pero esta situación no puede continuar. Llamaré a la policía y solicitaré un permiso especial para pasear, a ver si hay suerte. No se me ocurre nada más que hacer.

Como cada noche tras el estado de alarma, el presidente emitía su comunicado para informar de la situación de la pandemia a través de la televisión, y las palabras que pronunció aquella noche sonaron como villancicos en una fresca mañana de Navidad.

—Se autoriza salir a realizar paseos, junto a un acompañante, a las personas con algún tipo de discapacidad, ya sea trastorno del espectro autista o parálisis. Deberán llevar siempre el certificado de discapacidad consigo por si lo reclaman las autoridades —anunció.

—¡Tete, menos mal! —entró en euforia mi mujer—. ¡Mañana mismo te llevas al nene al Vedat y que dé un largo paseo!

Y así fue.

Busqué información sobre las normativas respecto al protocolo del paseo, por si acaso, y respiré aliviado al salir al exterior. Con estas cosas debía tener mucho cuidado, porque al mínimo error, me multarían.

Durante mi búsqueda de información, me crucé con un vídeo en el cual una madre sugería llevar algo de color azul atado en un brazo, porque cuando salió a pasear con su hijo, mucha gente la recriminó desde los balcones al no saber que se trataba de un niño autista. Supuestamente, la policía era la que debía decidir si alguien podía pasear o no, y si ella estaba con su hijo dando un paseo significaba que tenía permiso, pero nos encanta juzgar sin meditar.

Como yo no tenía la cabeza para estas bobadas, y una vez pasados los días complicados me apetecía menos tener que dar explicaciones a nadie, me puse un pañuelo azul de mi mujer atado en el brazo para tener cero problemas, y así todos contentos.

Mi hijo y yo bajamos a la calle por primera vez con el amanecer del cuarto día, y me quedé en estado de shock absoluto al contemplar la ciudad completamente vacía.

Torrent, el lugar donde vivo actualmente y he vivido siempre, es algo grande. Tiene unos ochenta mil habitantes, aunque creo habértelo comentado antes. Su avenida principal concentra la mayoría de la población, por ello, los edificios no serán rascacielos, ni mucho menos, pero son bastante altos. No recuerdo experimentar un silencio ni un vacío tan profundo en ese lugar, ni cuando llegaba de mis salidas nocturnas de joven a las cuatro de la mañana. Recorrer junto a mi hijo toda esa urbe en un ambiente apocalíptico, debo reconocer que fue... una experiencia, cuanto menos, curiosa.

La avenida tenía grandes árboles a cada lado que hacían silbar sus hojas para llamar nuestra atención y nos acompañaban durante el trayecto de nuestro paseo. Los pasos de mi pequeño y los míos emitían un eco hermoso.

Miré el rostro de mi hijo mientras sujetaba su mano. Bañado con una emotiva sonrisa, contemplaba todo lo que le rodeaba con infantil curiosidad y admiración. Comprendí que, así como algunas personas necesitaban salir de fiesta para calmar su ansiedad, otras no podían

existir sin ir al gimnasio, y yo mismo me convertía en un ser insoportable si no tomaba mi café mañanero, Aarón, simplemente, necesitaba silencio, paz y rutina.

Los días pasaron y se convirtieron en meses. Durante toda la cuarentena, Aarón fue un niño feliz y tranquilo, y apenas sufrió alguna crisis casual.

Deseamos lograr un éxito rotundo en nuestra vida y superar las expectativas , ya sean laborales, económicas o de pareja. Soñamos con la gloria y la superación personal, pero mi hijo no. Mi pequeño conectaba su mente con el canto de un pájaro, con la luz que atravesaba los árboles, o con la amplitud de las calles. Su sueño era volar con su existencia y ser un bohemio que explora la vida con libertad, sin preocuparse por los problemas que ella implica.

CAPÍTULO 19

EL SEÑOR DEPRESIÓN

La pandemia terminó, el mundo recuperaba la normalidad y el tiempo siguió su curso de avance natural. Aarón creció y cumplió ocho años.

Mi mujer y yo vivimos temporadas de subidas y bajadas, pero algunas fueron en caída libre, cuesta abajo, y sin frenos.

Nuestro hijo ya era capaz de señalar lo que necesitaba tocando el objeto con su dedo índice. Con ocho años, puede parecer una insignificancia, pero en un niño autista no verbal es un avance monumental. También empezó a pronunciar algún sonido claro, y si me apuras, palabras casuales como “papá”, “mamá” o “Pocoyó”. Mi mujer estaba enamorada de su dulce voz, y he de admitir que estaba de acuerdo con ella. Escuchar a nuestro pequeño era una sensación muy agradable.

Avanzó hasta el punto de darnos abrazos por su cuenta, mirarnos al hablarle, e incluso comprender conceptos de órdenes simples como “pipí”. Si se lo decías, iba al baño, se desnudaba a mitad de camino, una manía que todavía le intento quitar, y hacía sus cosas solo.

También coge su plato con sus propias manos, ya sea de la comida o la cena, y lo pone en su lugar de la mesa. Y si le falta un ingrediente en la receta, abre la nevera y lo busca. ¡Y pide cosquillas o jugar! Pone cara de enfado, alegría, tristeza...

Parezco la señora pesada de la guardería.

Ahora, *Acompañante*, pensarás: “¡Qué maravilla, es un gran avance!” Pues en parte sí, y en parte no.

Verás. Todos esos progresos son un indicativo de que es más consciente de su entorno, de su realidad y de sí mismo, y eso está muy bien, pero ese desarrollo supone un arma de doble filo, porque cuando intenta comunicarse y no lo comprendes o no puedes satisfacer sus necesidades rutinarias, se frustra en exceso, y al ser más consciente de su existencia, esa frustración puede alcanzar niveles astronómicos.

Un día lluvioso de un domingo invernal, tanto que no se podían ver las aceras, estábamos resguardándonos en la seguridad de nuestro hogar, calentados por una estufa sencilla, pero funcional. Mi mujer y yo nos disponíamos a preparar la comida cuando, de repente, Aarón se acercó cargando sus zapatillas y las puso sobre mi regazo.

¿Recuerdas capítulos atrás, las crisis que llegaban con las lluvias? Pues, con el paso de los años, no solo se repitieron, sino que fueron a peor.

Debido al mal tiempo, no pude cumplir con su rutina, algo que él todavía no alcanzaba a comprender. Necesitaba su paseo, sí o sí.

—Aarón, cielo, hoy está lloviendo, ¿lo ves? —le expliqué con cariño abriendo una ventana para que pudiera comprobar el estado del día—. No podemos ir al Vedat a pasear.

Confuso y sin dar importancia a mis explicaciones, Aarón volvió a darme sus zapatillas, está vez, emitiendo un sonido de enfado.

—Tete, papá no puede llevarte al paseo. Llueve mucho —explicó con calma mi mujer.

Ella lo cogió de su mano y lo llevó hasta su panel de pictogramas. La gran mayoría de los niños autistas tiene uno. Suele ser un corcho con muchas indicaciones para que tengan

organizado el día. Suelen señalar el día de la semana, la rutina genérica a realizar durante toda la jornada, y las tareas próximas, como, por ejemplo, ducharse, después vestirse, luego cenar y, por último, dormir. Le mostró un pictograma con el dibujo de paseo y una gran equis roja por encima, indicando que no se podía realizar su rutina.

Nuestro hijo, molesto, la empujó con fuerza y ella, por suerte, cayó sobre el sofá de espaldas.

Vanessa tiene escoliosis. Para el que no lo sepa, se trata de una desviación de la columna que con el pasar de los años se deteriora, y alcanzado este nivel, ella no podía con su hijo, un niño de ocho años que gastaba ropa de diez y con una fuerza salvaje.

A pleno pulmón, Aarón lanzaba alaridos y chillidos. Los vecinos de mi pequeña comunidad conocen a Aarón y respecto a eso nunca hubo ningún problema; sin embargo, como ser humano, te sabe mal alterar la paz de los demás.

—¡Aarón, no se le hace eso a mamá! —grité, preocupado por la salud de mi pareja.

La agresividad es algo común en los niños autistas, sobre todo cuando se sienten frustrados. En teoría, esa conducta se reduce al pasar los años y madurar.

—Tranquilo, estoy bien —calmó Vanessa—. Muéstrale el pictograma con la foto del coche y la equis roja.

Así lo hice. Busqué en la carpeta de pictogramas un dibujo con una fotografía de mi coche y una gran equis roja sobre él. Lo encontré y se lo mostré a Aarón.

—¿Lo ves? Hoy no hay paseo —expliqué. Coloqué al lado el de lluvia—. Hace mal tiempo.

Les dio una bofetada a los pictogramas tirándolos al suelo y, otra vez, estampó sus zapatillas contra mi pecho. Gritó con tanta fuerza que tosió y emitió una arcada.

¿Sabes qué, *Acompañante*? Recientemente hice un test de autismo. Siempre fui un chico muy tímido y reservado, inmerso en mis propios pensamientos, sobre todo en los años anteriores a mi transcurso por el ejército. Mi mujer, bromeando, me sugirió realizar el test porque ella tenía la teoría de que yo podría tener algún tipo de autismo. Según los resultados, setenta por ciento de posibilidades, y era recomendable visitar a un especialista para corroborar dichos datos. Creo que ese test tenía algo de razón, porque cuando Aarón gritaba con todas sus fuerzas, tanto que su cara se ponía roja y parecía que iba a explotar, a mí me molestaba y alteraba. Hace unos días, compré unos cascos aislantes. Son una maravilla y una de las mejores inversiones de mi vida, pero en el momento de esta anécdota, todavía no los tenía.

Tapé mis oídos con mis manos, irritado.

—¡Aarón, no grites tanto, por favor! —supliqué.

No dio resultado. Mi hijo insistía e insistía en salir a pasear ofreciéndome sus zapatillas y gritando con todas sus fuerzas.

—Cariño, cálmate —pidió mi mujer—. Si el niño te ve nervioso, será peor. Siéntate a mi lado y toma aire. Aarón debe comprender que no siempre se puede cumplir con la rutina. Llueve una barbaridad y es peligroso salir; no vas a jugarte la vida.

Me senté junto a mi mujer y la situación no mejoró.

Aarón iba a peor.

—Tal vez, podríamos intentar distraerle con otra cosa —sugerí—. Hoy es un día complicado, y tampoco es bueno para él estar así. Le podría dar un ataque epiléptico.

—Estoy de acuerdo —coincidió Vanessa—. Probemos con distraer su atención del paseo.

Le preparamos un baño calentito con mucha espuma, como a él le gusta, pero nada. No funcionó. Se negaba a quitarse la ropa a base de arañazos y gritos, y sin deshacerse de sus zapatillas.

Le ofrecimos la comida del día un poco antes de la hora para intentar regular su estado de

ánimo, y en principio funcionó, al menos mientras le duró, porque en cuanto dejó su plato como los chorros del oro, volvió a las andadas y regresaron las zapatillas, los lloros y los gritos.

Intentamos jugar con él haciéndole cosquillas, pero se olía la tostada y hacía de todo menos reír. Nos apartaba gritando con furia, y se negaba a seguirnos el juego.

En ningún momento se separó de su calzado.

Mi mujer y yo teníamos pequeños arañazos en los brazos por los ineficaces intentos de distracción.

Como último recurso, y sin muchas esperanzas, le mostramos sus películas favoritas en el móvil. Aarón, harto de tanta negación, golpeó a su madre en el brazo apretando los dientes y tiró de su pelo. Ella se quejó y yo lo aparté para evitar que siguiera haciendo más daño a su madre.

—¡Aarón, no hagas daño a mamá! —ordené.

—Tranquilo, tete, estoy bien —calmó Vanessa—. No pasa nada.

—¡No me gusta que te haga daño!

—¡No es más que un niño! ¡No sabe lo que hace!

Como padre, debes ser paciente, pero a mí, ver a mi hijo golpeando a mí mujer con esa agresividad tras un cúmulo de años sufriendo la pérdida de vida social, conexión familiar, ocio nulo y relación de pareja, rompió mi alma en dos.

Aarón volvió a la carga dando fuertes tirones del cabello de su madre y golpes en sus piernas.

—¡Basta ya, Aarón! —grité.

No era la primera vez que veía moratones en el cuerpo de mi mujer producidos por Aarón.

—¡Solo es un niño autista que no comprende por qué no tiene su rutina! —explicó Vanessa—. ¡Cálmate!

—¡Mira los moratones que tienes, teta! ¡Imagina lo que te hará cuando sea un adolescente y tenga más fuerza!

Aarón gritaba tumbado bocabajo en el suelo, abrazado a sus zapatillas, y su chillido agudo, combinado con la discusión con mi mujer, me ponía cada vez más nervioso.

—¡No sabes si de adolescente seguirá siendo así! —increpó mi mujer, empapando sus ojos con lágrimas—. ¡Es lo que nos ha tocado, Marcos! ¡Él no eligió nacer así!

Una figura extraña entró en el comedor, con una siniestra capa oscura, y se puso a mi lado. Ahora, a esta distancia, pude ver su rostro. Era el mío, desfigurado y arrojando vapor oscuro por sus ojos.

—Al fin eres mío, Marcos —susurró—. ¿Nos vamos?

Vanessa y Aarón compartían un profundo y triste llanto, ella desde el sofá, tapando su cara con sus manos, y él desde el suelo, tumbado bocabajo. Ambos sollozaban y se lamentaban.

—Sí, te acompañaré. No puedo soportar vivir así —dijo a Él Señor Depresión.

—Tranquilo, juntos buscaremos la manera de terminar con todo —me dijo.

Cogió mi mano y me acompañó hasta la puerta de casa, pero antes de que introdujera mis llaves para salir, una voz grave y madura me interrumpió.

—¿Se puede saber dónde vas, jovencito? —me detuvo desde mi espalda.

Me giré, ignorando a El Señor Depresión, y busqué el origen de la voz.

Allí estaba, en mitad del comedor, muy alto, con una gran espalda, ropa rural de color marrón oscuro, sosteniendo su cuerpo con un gran bastón y los ojos blancos perdidos en la guerra.

—¿Abuelo? —le pregunté, incrédulo—. ¿Qué haces aquí?

—Ya sabes dónde estoy en realidad, Marcos. No deberías hacerme esa pregunta. —Mi abuelo, aun con sus ojos apagados, contempló la escena—. ¿No se te cae la cara de vergüenza al huir de los problemas así, como un cobarde, y dejar a tu hijo y a tu mujer llorando a solas?

—Creo que no estoy preparado para esto, abuelo. Me ha venido grande.

El Señor Depresión me esperaba, aguantando la puerta del ascensor. Yo estaba entre dos caminos, la oscuridad y la luz.

—Perdí la vista siendo un niño, y saqué adelante una familia con tres hijos. ¿Me estás queriendo decir, Marcos, que tú no eres capaz de enfrentarte a esto? —me recordó mi abuelo.

—¡No sé si lo soy! ¡No hago otra cosa que cometer errores!

—No le levantes la voz a tu abuelo —me dijo, dándome una lección—. Habla con educación, como hablamos los hombres.

—No sé si soy lo suficiente hombre para aguantar esta vida.

—Pues no lo seas, pero sé el buen padre que tu hijo necesita. ¿Eso puedes hacerlo, puedes aprender?

—Supongo...

—Mira a tu mujer. Ella es fuerte y paciente con Aarón, y lo ha sido contigo cada vez que has cometido un error, y ahí está, llorando desconsolada y sola.

—La he cagado muchas veces.

—Y sigue aquí, luchando a tu lado —opinó mi abuelo, mientras El Señor Depresión me llamaba desde el ascensor, moviendo su mano para que lo siguiera—. La decisión que tomes ahora, cambiará tu vida para siempre. ¿Escogerás el camino fácil metiéndote en ese ascensor y desapareciendo de la vida de los que te quieren, o te enfrentarás a este nuevo reto, como decís los jóvenes hoy en día, con un par?

—Ya no soy de la generación joven, abuelo. Tengo cuarenta años.

—¿Y qué dicen ahora?

—A tope, “compare”.

—¿Que compare qué? ¿Con qué tengo que comparar?

—Olvidalo, abuelo.

Él y El Señor Depresión se esfumaron, y me quedé solo, con las llaves introducidas en la cerradura.

Acabé de tocar fondo. Ahora solo podía hundirme para siempre o nadar hacia arriba con fuerza.

Medité y decidí.

Me acerqué a mi mujer, aparté sus manos de su rostro y la miré a sus ojos, rojos por el pesar.

—Lo siento, cariño —me disculpé—. Lo siento de verdad.

—No necesito que me pidas perdón —respondió—. Solo quiero que estés a nuestro lado y seamos una familia.

CAPÍTULO 20

TERAPIA EN SOLITARIO

¡Al fin hemos alcanzado el presente, *Acompañante*, verano del año dos mil veintitrés! Menudo viaje, ¿no te parece? Hemos compartido algunas etapas muy buenas, la verdad, pero otras, por el contrario, comprobaste que fueron horribles. Mi vida es una montaña rusa incesante, con continuas etapas de subida y bajada, buenos y malos momentos...

Tras tocar fondo y subir a flote, seguía habiendo días en los que necesitaba sentarme y hablar con alguien, pero ya sabes cómo funciona la seguridad social, y un psicólogo público tiene una lista de espera eterna.

¿Dices que a un amigo tuyo lo atendieron en pocos días, *Acompañante*? Pues déjame decirte un par de cosas: te miente o va a un psicólogo privado.

Ciertos círculos familiares siguen sin ayudar lo que deberían, pero no les culpo, porque aprendí que únicamente si vives esta experiencia en primera persona, serás consciente de lo que se sufre. Ya sabes lo que nos suele decir la gente a los padres con hijos autistas, *Acompañante*: Es lo que te ha tocado. Yo he pasado por lo mismo. Eres un exagerado. Etcétera, etcétera, etcétera.

Los psicólogos públicos están hasta arriba de tareas pendientes, y mi ajustada economía no me permite hacer terapia con uno privado, así que haremos una cosa un poco diferente, pero original. Redactaré una conversación con un psicólogo imaginario. Al fin y al cabo, de eso se trata ser escritor.

Veamos... ¿Quién podría ser mi psicólogo?

¡Ya lo tengo!

Introduciré un cameo. Wade, mi personaje favorito de todas mis obras y coprotagonista de mi segunda novela, Alma Desangrada. Disculpa el spam, pero admite que esto es algo que jamás ha hecho nadie en toda la historia de la literatura. Podría llamar a esto... ¿metanovela? Mejor no; suena horrible.

Permíteme dar un sorbo a mi café de cápsulas, transformarme en Marc Markusen, y empezar.

Abro la puerta de la consulta con suavidad, cuyas viejas bisagras suenan con el llanto de un bebé, y entro en la consulta. Wade me recibe con su cabello corto y oscuro, y sus bien llevados cincuenta años, sentado en un cómodo sillón frente a un gran diván. Lleva puesto un elegante traje azul oscuro complementado con una corbata de color gris claro. Sus ojos son libres, no utiliza gafas. Sujeta una libreta con una mano y un bolígrafo con la otra.

En las paredes, hay grandes librerías vacías porque Wade ni es psicólogo, ni le gusta leer. El único libro que leyó a medias en toda su vida fue “Princesa Rosa”, un thriller, regalo de su difunta esposa, que se vendió como palomitas por una combinación del boca a boca y del posicionamiento de las tiendas en línea.

—¿Me puedes explicar qué hago yo aquí sentado, Markusen? —me pregunta Wade, bastante molesto, mientras me acomodo en el diván de la consulta.

—Necesitaba hablar con alguien —le explico—, y estás aquí porque eres producto de mi imaginación y puedo hacerte aparecer dónde y cuándo yo lo desee.

—Supongo que tiene su lógica. Pero una insignificante anotación antes de empezar. ¿Era indispensable ponerme un traje tan cursi, Markusen? Sabes que este estilo no va conmigo, y tampoco contigo. No eres escritor de comedia romántica, precisamente.

Emito un suspiro de aceptación.

—Está bien, Wade. Cambiaré tu conjunto por uno más casual y gamberro.

—Se dice “outfit”. ¡A ver si te actualizas, boomer!

—¡Pero si tú eres diez años mayor que yo!

—Recuerda que me creaste con un espíritu joven, amigo. —Chasqueo los dedos y su elegante traje se transforma en unos sencillos pantalones vaqueros rasgados, unas deportivas Converse rojas y una camiseta de manga corta de color naranja—. ¡Ahora me veo mucho mejor, Markusen! —agradece—. Ahora sí que podemos empezar la sesión. Aunque..., no sé qué debería preguntarte; no soy psicólogo. ¿Por qué me has traído a mí? En la tercera novela, aparece un psicólogo. Tráelo a él.

—Es cierto, Wade, pero recuerda qué clase de psicólogo era.

Me sugiere, mostrándome la palma de su mano, que no traiga al personaje mencionado.

—¡Vale, vale! Es cierto, lo había olvidado —recuerda—. Deberíamos cerrar el pico y no volver a mencionar nada más relacionado con las otras novelas, porque terminaríamos haciendo un spoiler a *Acompañante*.

—¡Fuiste tú el único que casi hizo un spoiler!

—¡No me echas toda la culpa! ¡Mi personalidad está ligada a ti, ¿recuerdas?! ¡He salido de tu cabeza!

—Eres insufrible, Wade.

—Pero me quieres.

Pellizco los lados de mi frente para liberar estrés.

—¿Podemos empezar de una vez la maldita sesión, por favor? —pregunto, mentalmente agotado.

—Está bien, pero lo dicho; no soy psicólogo y no te prometo un milagro. Bueno..., pues improvisaré las preguntas sobre la marcha. —Carraspea—. Bien, Markusen. ¿Por qué has venido?

—Marcos.

—No me llamo Marcos, me llamo Wade.

—Me refiero a que me llames por mi nombre, que es Marcos.

—Pero, ¿tú no eras Markusen? Me estás liando mucho, y creo que a tu *Acompañante* le ocurre lo mismo.

—Markusen era mi álter ego de escritor y lo he utilizado para traerte hasta esta consulta. Ahora soy Marcos, la personalidad real, protagonista de esta biografía y padre de Aarón, un niño autista de ocho años y medio.

Me mira confuso unos segundos, frunciendo el ceño.

—Como quieras..., Marcos. Empecemos la sesión de una vez. ¿Por qué has venido?

—Tenía una cita imaginaria.

—Obvio, pero quiero saber la razón por la cual estás sentado en ese diván y hablando con uno de los personajes de tus libros.

—Estoy aquí por mi hijo, Aarón, que es autista.

—¡Ahá! Muy bien... —susurra Wade, ignorándose.

Toquetea la pantalla de su móvil. Lo ha ocultado tras la carpeta que tiene en su regazo.

—¿Qué haces con tu móvil, Wade?

—Estoy solicitando a una inteligencia artificial que me haga un listado de las preguntas que haría un psicólogo profesional porque, si te soy sincero, no tengo ni “pitido” idea de qué preguntarte. —Una exclamación brota de su cabeza y busca algo por el techo, confuso—. ¿De dónde ha salido ese pitido? ¿Lo has escuchado?

—Estás dentro de una biografía familiar, Wade, no en uno de mis thrillers de suspense. Aquí no puedes decir palabrotas.

—Pues menuda “pitido”. —No ha despegado los ojos de su móvil, ignorándose—. ¡Tengo las preguntas! Leo la primera. ¿Cuál consideras el origen de todo, Marcos?

—Supongo que... ¿el Big Bang?

—No me refería al origen del universo, sino al de tus preocupaciones.

—No sé cuál es el origen de mis preocupaciones, para eso he venido.

—Pues intenta sacarlo de tu interior. Piensa.

—¿Que piense en qué?

—¡En el origen de todo, Marcos! ¡No es tan difícil!

—¡Pero ¿de qué origen me hablas, Wade?! ¡Me estás volviendo tarumba!

—¡Eres duro de mollera, Marcos! ¡Nunca dejas salir tus sentimientos! “¡Pitido, pitido!”

Mi personaje lanza la carpeta y el móvil por los aires, haciéndolos chocar contra una de las desérticas librerías. Ambos guardamos silencio, enfadados el uno con el otro. Tras unos segundos mostrando una expresión malhumorada, Wade comienza a emitir una leve risa.

—¿De qué te ríes? —pregunto.

—Discutir me trae recuerdos de mi mujer. La echo de menos, ¿sabes?

—Lo sé, yo te creé.

Me regala una leve sonrisa amable.

—¿Qué echas tú de menos, Marcos?

—¿Yo? Pues... supongo que esa vida idílica que todo padre desea experimentar junto a su familia. Ya sabes a qué me refiero, Wade.

—No tengo hijos, amigo. No conozco esa vida de la que hablas. Cuéntame más.

—Todo padre, al menos los buenos, soñamos con la llegada de las primeras palabras de nuestro hijo y escuchar su voz junto a nuestra pareja. También nos morimos de ganas por ayudarle a ir en bicicleta, que caiga al suelo, y enseñarle que una caída no significa una derrota. Conocer a sus amigos, enseñarle a afeitarse, viajar a lugares lejanos, descubrir la experiencia de la vida junto a él... Renunciar a esas visiones, no es fácil.

—No es buena idea planificar la vida porque esta, a veces, va a la suya y toma caminos complicados. Aun así, eres valiente y tú solo te enfrentaste a tus problemas. Los abusos en la escuela, la timidez durante la adolescencia, los obstáculos para salir adelante junto a tu mujer cuando te despidieron del almacén con la casa recién comprada...

—No es extraño enfrentarse a una vida dura y salir a flote. Le ocurre a mucha gente. No soy excepcional.

—Pero no eres un cobarde. ¿Recuerdas el punto de inflexión en tu vida? ¿Cuál fue?

—Con diecinueve años, estaba a punto de tocar fondo, porque me veía a mí mismo como alguien inferior a los demás. Apenas había logrado unos avances moderados en mis estudios, y todavía no tenía pareja, objetivo ni motivaciones.

—Con diecinueve años no eras más que un niño, Marcos.

—Lo sé. Daba importancia a ciertos problemas que hoy en día me parecen absurdos.

—¿Por qué se alistaría en el ejército alguien que caía por un profundo pozo oscuro? ¿Por qué se metería de cabeza en un lugar tan duro? Tus compañeros de instituto se burlaron de ti. Dijeron

que eras muy delgado, porque pesabas poco más de cincuenta kilos, y no aguantarías ni una semana.

—¿Cómo sabes todo eso, Wade?

—Recuerda que nací en lo más profundo de tu mente.

—Lo había olvidado. Y respecto al ejército, no me importaba la vida militar ni la política, solo quería probarme a mí mismo. Me infringí terapia de choque.

—Y aguantaste la dura instrucción, quedando en la clasificación por encima de soldados que eran bastante más fuertes y grandes que tú.

—Así fue. No te equivocas, Wade.

—¿Y qué pasó durante los dos años que estuviste en el ejército, Marcos?

—Perdí mi timidez, un poco... Viajé por toda España y conocí a mucha gente, hice nuevos y grandes amigos, me saqué el carnet de conducir y por ese motivo me volví mucho más independiente, descubrí el amor y lloré por él, y “pitido” por primera vez.

—Por lo que me cuentas, parece que esta etapa no estuvo nada mal.

—No, nada mal. Creo que a partir de ese punto... fue cuando empecé a vivir de verdad.

—Pero nada dura para siempre, amigo. La vida es un cambio constante, forjado a base de decisiones, y ellas te han llevado hasta donde estás ahora.

Levanto una copa imaginaria.

—Brindo por los cambios, Wade.

—Resististe en uno de los lugares más duros que existen.

—Tampoco eran las fuerzas especiales, no te pases. Tras los tres meses de instrucción básica, pasaba la mayoría de los días tirado en un almacén rascándome los “pitido”.

—Pero, como he dicho, algunos con más capacidad que tú no superaron esos tres meses de instrucción y se rindieron. Te enfrentaste solo a tus miedos y saliste a flote. ¿Por qué no eres igual de fuerte con el autismo de tu hijo?

—Lo intento, pero... creo que, en ciertas ocasiones, no doy la talla.

—Todos cometemos errores, Marcos. No te tortures tanto a ti mismo, porque tu circunstancia no es sencilla. Además, algunas familias viven una realidad más extrema que la tuya. Tu hijo, al fin y al cabo, está sano y desborda energía por todos sus poros.

—Lo sé. No es necesario que me lo recuerdes, Wade.

—Tampoco es malo lamentarse y recapacitar de vez en cuando, de hecho, es algo natural. Pero debes recordar que no estás solo. Tu mujer está a tu lado, ella te escucha.

—Y me soporta, Wade. —Ambos reímos ligeramente—. No me cuesta admitir que, en lo relacionado con nuestro hijo, ella es bastante más valiente y fuerte que yo.

—Y eso que ella vivió un pasado mucho más complejo que el tuyo. Lo sabes, ¿no es así?

—Lo sé, lo sé.

—No guardes tus sentimientos, amigo, y habla con ella cuando te sientas mal por dentro. Te escuchará, te doy mi palabra. ¿O prefieres acumular dolor hasta desbordarlo y plantearte... ya sabes qué?

Su insinuación me pone la piel de gallina, produciéndome un nudo en la garganta.

—No quiero hablar del asunto ahora, Wade. Cambia de tema.

—Intento recordar que no fue una idea loca que pasó por tu cabeza y se fue, Marcos. Buscaste información en Internet.

—Se quedó en el pasado. Hace mucho tiempo que no me planteo hacer nada así, tan radical.

—Eres un mentiroso. Lo has dejado caer en un par de líneas de esta biografía.

—Wade, por favor...

—Pretendo ayudarte. Si vuelve a pasar por tu cabeza, pide ayuda.

Empieza a cabrear-me.

—Acabo de decir... que lo olvides —le ordeno.

—Sabes que unos te dicen que asumas el autismo de tu hijo, que es lo que te ha tocado, y otros te transmiten su enfado en lugar de hablar contigo y escucharte. Sé que piensas que nadie está a tu lado para comprenderte, sin embargo, no es así. La tienes a ella. El asunto del que te hablo no es una broma, Marcos.

—¡¡Te he ordenado que olvides el tema de una maldita vez, Wade!!

Con mi grito, la consulta estalla en diminutos pedazos y el viento del vacío exterior entra con fuerza. Mi personaje desaparece entre niebla de escombros que danza en lo que hacía un instante era la consulta de un psicólogo con una librería vacía. Arena entra en mis ojos, impulsada por el aire. Los froto con mis manos. Cuando el escozor se disuelve, los abro, y aquí estoy, frente a mi destartado ordenador, escribiendo esta biografía para ti.

Aarón tiene casi nueve años, está durmiendo porque es de noche, y yo estoy frente a mi viejo y demacrado ordenador, viéndome redactar el final de esta biografía y rompiendo la cuarta pared de la forma más épica en toda la historia de la literatura mundial.

Todavía nos queda mucho camino por recorrer a mi mujer y a mí, lecciones por aprender, comportamientos y necesidades por comprender, y subidas junto a bajadas por experimentar en la montaña rusa que se ha convertido nuestra vida.

Desconozco qué le deparará el futuro a nuestra familia. Al final de este retorcido camino, ¿hablará mi hijo por fin? ¿Desarrollará su autonomía y será autosuficiente cuando ya no estemos en este mundo? Y lo más importante. ¿Será feliz?

Como padres, aprendimos a escucharle sin oír su voz y nos adaptamos a sus necesidades, y como personas, hemos cambiado y mejorado poco a poco, y lo seguimos haciendo. Conectando nuestras manos, aprendemos a escuchar a nuestro hijo sin necesidad de que nos hable, y él se adapta despacio a un mundo cada vez más caótico y confuso. Nos acercamos hacia aquellos que nos aportan algo bueno y nos alejamos de los que nos ignoran.

Avanzamos con paso lento, pero firme y hacia adelante.

¿Y qué hay de ti, *Acompañante*? ¿Te fue útil mi historia? Ahora que te has puesto en la piel, o en este caso, en las palabras de alguien que recorrió y atravesó un camino difícil, quiero recordarte que si conoces a alguien, ya sea familiar o amigo, viviendo una situación exacta o similar a la mía, puedes hacer mucho por él con muy poco esfuerzo. Acércate a esa persona y muestra comprensión. Y si no quieres acercarte, con mostrar respeto es más que suficiente.

Por el contrario, si eres tú el que atraviesa una situación emparentada con la mía y te sientes identificado con esta biografía, haz esta frikada que te voy a pedir. Enciende tu móvil, ponte unos cascos y busca la canción “Avengers Portals”, u otra que te motive. Reprodúcela y mira a tu pequeño.

Se suele decir que los padres de niños discapacitados somos superhéroes, y no es cierto. No podemos volar, no podemos teletransportarnos, y mucho menos lanzar telarañas y escalar rascacielos en La Gran Manzana. Amontonamos errores, y no te extrañes si nos ves tropezar sin parar. Sin embargo, tú y yo, compañero, podemos ser fuertes y valientes para ese pequeño que vive en un mundo complejo y desconocido. Tu hijo te necesita. Eres único y nada puede contigo, y no esperes que alguien te felicite, porque has llegado hasta aquí derribando barreras sin la ayuda de nadie, y destrozará las siguientes que se te pongan por delante. ¡Y ya que tienes el móvil en la mano, date un capricho y pide para cenar una hamburguesa grasienta con patatas fritas! ¿Por qué? Pues porque te lo mereces, y punto. ¡Qué narices!

Ahora, *Acompañante*, antes de dejarte a solas junto a las experiencias de otros padres, profesionales y pacientes que han querido dejar su granito de arena en esta biografía, querría dejar el mío con una breve carta dedicada a mi mujer y otra a mi Pitufu.

Para mi querida Vanessa:

Sabes que me cuesta horrores dejar fluir mis sentimientos, y ¡quién sabe! Quizá los resultados del test que hice sean ciertos, y yo también tenga algo de autismo. Pero escribir no se me da nada mal; por ello, en este lugar puedo darte mi sincera opinión. Estuve dos años en el ejército, cargando con mochilas que pesaban una tonelada, embarrándome durante días de lluvia y acabando con agujetas en cada milímetro de mi cuerpo; y, aun así, no te llego ni a la suela del zapato en cuanto a valor. Eres la persona y madre más fuerte y resistente que conozco. No importa cuánto dure la caída por la montaña rusa en los días oscuros, porque tú siempre te mantienes firme y con ganas de seguir luchando. A Aarón no le pudo tocar una madre mejor. Eres cariñosa, atenta, paciente y guerrera. Sacrificaste tu trabajo, tu vida social, tus amistades y tu ocio para poder estar junto a él. Nada ni nadie puede ni podrá contigo. Sin importar lo que nos depare el futuro, esté aquí o en el otro mundo, junto a vosotros o a solas al haber sido sobrepasado por la situación, te admiraré, te querré y respetaré siempre. El mejor regalo que le pudo tocar a Aarón, fuiste tú.

Para mi pequeño Aarón:

No sé si algún día serás capaz de comprender estas palabras, pero quiero pedirte perdón por todos los errores que hemos cometido tu madre y yo, y sobre todo yo. Sé que jamás seré el padre perfecto y que seguiré cagándola una y otra vez, pero proyectaré todas mis energías en comprenderte y saber qué necesitas. Soy consciente de que jamás aprenderás a jugar al Street Fighter, y mucho menos serás el primer humano en salir del sistema solar, rumbo a Próxima Centauri, y aun así te quiero por cómo eres, cariñoso y bichito, y no me importa quién serás.

Por último, te quiero pedir un diminuto favor, *Acompañante*. Si te ha gustado lo que has leído y te ha sido de utilidad, te pido amablemente que dejes una reseña en la tienda en la que lo adquiriste, por favor. Apenas necesitas invertir un minuto de tu tiempo y a mí me ayudaría mucho a posicionar mi obra, darme a conocer y seguir avanzando como escritor. También puedes recomendársela a tus amigos y familiares.

Y si te fascina la lectura, no dudes en echar un vistazo al resto de mis obras. Dispones de una trilogía de thriller de suspense y comedia oscura que comienza con “El Rastro de un Susurro”, y un falso documental satírico de humor negro postapocalíptico que transcurre bajo la ciudad de Valencia, titulado “Aguacates en el Búnker”.

En fin, hasta este punto ha llegado mi historia. ¿Quién sabe? Puede que algún día, en un futuro lejano, escriba una secuela desde una nave espacial llena de buenas noticias sobre avances en el conocimiento mundial en lo que se refiere al autismo.

Por ahora, me doy por satisfecho si evito volver a tocar fondo y recupero mi sentido del humor poco a poco, mientras aprendo cada día lo que mi hijo necesita, intentando comprender cómo funciona el mundo... desde sus ojos.

Verónica Castro Rumbo

Mamá de Enzo

Si el color que representa el autismo es el azul, creo que voy a presentarme así: Me llamo Verónica y soy mamá de un príncipe azul de siete añitos.

Enzo fue diagnosticado provisoriamente de TEA grado dos con dos añitos y medio. Aunque desde que nació habíamos notado ciertas pistas, al principio cosas casi, sin importancia, como que le costaba sujetar el chupete y había que ayudarlo con un dedito, lo muchísimo que le costaba adaptarse a las papillas, o cambios en la talla de chupete..., a partir de los seis meses notamos que solo se reía y miraba a los ojos a mamá y papá, pero con los demás siempre permanecía serio. Con un año comenzó la guardería, y ahí las primeras señales importantes de alarma. La fase oral, explorarlo todo con la boca, le duro casi hasta los dos años. No se reconocía ni a sí mismo, ni a los papis en las fotos. Tampoco sabía señalar, con lo que nos estiraba del brazo llevándonos hacia el objeto que quería conseguir. No miraba a los ojos, y no aprendió a andar hasta los dieciocho meses...

Hubo test y más test con la psicóloga de la guarde, y una ligera sospecha, pero mejor no pillarse los dedos porque aún era muy pequeño. Inició segundo año de guardería y comenzaron las estereotipias: aleteo de una mano en la oreja, giros y giros sobre sí mismo mirando el techo, recorridos en bucle, movimientos repetitivos con la cabeza, juguetes alineados, aislamiento en el juego colectivo, ausencia de juego simbólico, de habla y control de esfínteres...

Era momento de ir a la pediatra. Automáticamente nos derivó a la neuro y luego a la psiquiatra. “Trastorno generalizado del desarrollo”. Nos dijeron que era muy pequeño. Seguramente sería un déficit de desarrollo cognitivo que con estimulación temprana se podría conseguir avanzar y, posiblemente, antes de los seis años estaría al mismo nivel que cualquier niño.

Comenzamos instantáneamente con estimulación temprana. Pasó de no hablar, a las ecolalias, que consiste en repetir palabras que escucha. Luego, lenguaje bimodal, después, lenguaje más pictogramas, y a día de hoy tiene más vocabulario que Cervantes... Aprendió el abecedario entero en inglés y castellano. Se expresaba mucho mejor en inglés, incluso, contaba hasta veinte, y aprendió lectura global; todo eso antes de los tres años y con seis meses de terapia.

Tocaba apuntarlo al cole de “mayores” y nos derivaron al gabinete psicopedagógico del pueblo para decidir qué colegio era el más apropiado para él. Otros muchos test y pruebas, y ahí, en ese momento, llegó el diagnóstico específico: “trastorno del espectro autista grado dos”.

No sé si fue por ignorancia o desconocimiento general del tema, pero os puedo jurar que no me asusté, ni me ofusqué. En mi cabeza, mi Enzo seguía siendo mi Enzo, el de siempre, con sus peculiaridades que lo hacían único y especial, con sus terapias y la dedicación que siempre le había entregado, solo que ahora sus peculiaridades tenían nombre y apellido. Solo se me ocurrió preguntar cuál era el siguiente paso, si debía hacer algo diferente a lo que había hecho hasta el momento, ya que el diagnóstico cambió. Pero no, íbamos por el camino correcto. Enzo, a nivel cognitivo, iba más que bien, por ello decidimos entre todos que un colegio ordinario con apoyos sería lo mejor.

Durante seis años me dediqué por entero a Enzo, veinticuatro horas al día. Si el niño tenía

terapia dos veces por semana, yo entraba con él para aprender de las terapeutas y reproducir cada material, recurso, juego y enseñanzas en mi casa el resto de días, con lo cual, Enzo tenía terapia los siete días de la semana. Me vi convertida en mamá, terapeuta, maestra de apoyo, nutricionista, logopeda, enfermera y no sé cuántos oficios más, mientras, su papá trabajaba para mantenernos a los tres.

Pasamos de estimulación temprana a terapia ocupacional. Después, a pedagogía terapéutica con logopeda, y en la actualidad, psicología infantil. Trabajamos y trabajamos, nos esforzamos, sufrimos, nos caímos, nos levantamos, luchamos y avanzamos siempre juntos de la mano. Con seis años tocaba la prueba definitiva con la poda neuronal. ¿Cuál sería el diagnóstico esta vez? TEA grado uno, funcional con altas capacidades.

A día de hoy, Enzo tiene una discapacidad del cuarenta y seis por ciento, porque en cuestiones de autonomía sigue bastante flojo. Dejó definitivamente los pañales a los cinco años, pero seguimos trabajando duro para superar cualquier dificultad.

A día de hoy, Enzo es un niño alegre, que se ríe de todo, habla perfectamente y razona como si tuviera mucha más edad de la que tiene. Es sociable, tiene muchísimos amigos, es cariñoso, sensible y muy noble. Mira a los ojos a todo el mundo y, aunque la sensibilidad auditiva la tiene muy alta, sabe autorregularse bastante bien.

El Risperdal ayudó a que las estereotipias desaparecieran casi por completo, duerme solo en su camita desde los tres años perfectamente, ha incorporado muchísimas texturas y sabores nuevos en sus comidas.

Sé que cada niño con Trastorno del Espectro Autista es único, y no pretendo establecer un ejemplo para nadie. Mi intención es simplemente compartir cómo es mi vida en este mundo particular, y concluir esta narración expresando mi profundo agradecimiento a todos los profesionales que me han brindado su invaluable apoyo en este camino. También deseo expresar mi gratitud hacia mis familiares y amigos por su apoyo inquebrantable. Sobre todo, quiero agradecer a Dios por este maravilloso regalo, mi hijo, quien ilumina mi vida. Me siento afortunada de que nunca haya tenido que enfrentar crisis o autolesiones, gracias a la protección divina que ha rodeado a mi pequeño.

Por si te puedo ayudar en algo a ti, que me estas leyendo, te diré que la negación del problema jamás es una solución. El diagnóstico, cuanto más temprano, mejor. La implicación, empatía y apoyo de los padres es más que fundamental, incluso más que las terapias y la medicación.

Por último, sea cual sea vuestro caso, te felicito desde lo más profundo de mi corazón, porque ser papi o mami de un niño autista os convierte en superhéroes y superheroínas.

Carolina Rasero Gómez

Mamá de Hugo

Veintitrés de agosto del año dos mil veintiuno, una de las fechas que no voy a olvidar. Ese día me dieron el diagnóstico de mi hijo. “Tu hijo es autista”, sin más, sin explicarte ni prepararte para nada. ¿Te fija la mirada? ¿Alinea los juguetes? ¿Atiende a su nombre? Esas fueron las preguntas esenciales que me hicieron. Parecen una tontería, pero no lo son. Todo el mundo sabe lo que es una diabetes, tener triglicéridos, lo que es una bronquitis, etc. Todos tenemos conocimientos de todo esto, pero ¿del autismo? Perdóname si me equivoco, pero, por lo menos, yo no me hacía idea de lo que podía abarcar dicha palabra.

Me llamo Carolina y soy mamá de un peque TEA. Ese día sentí que mi hijo, al que había estado criando durante tres años, no lo conocía de nada. Ese día sentí como si hubiera muerto y tenía ante mí a otro niño. Quiero pedir perdón por si alguna de mis palabras pudieran llegar a herir sentimientos o mi expresión fuera demasiado dura, pero así fue como lo viví y sentí.

Os cuento un poco. Bruno, mi pequeño koalita, que así es como le llamo, tuvo un desarrollo normal. Me imitaba, me miraba a los ojos, me buscaba, señalaba, repetía lo que le decía y fue adquiriendo los hitos que por edad debía tener. Recuerdo que mi hermano me decía...

—Ya verás, teta, cuando cumpla los dos años, el cambio que pegan.

Cuando los cumplió, yo pensaba: ¿Dónde está ese cambio?

Mi cuñada me decía...

—Solamente quiere jugar solo, no hace juego simbólico.

Las dudas que aquello me generó, se las trasladé a su pediatra. Me dijo que no me preocupara, que cada niño lleva su ritmo y que a los niños siempre les cuesta un poco más que a las niñas. Llegaron las Navidades y le decía...

—Bruno, vienen los Reyes Magos y hay que dejarles el chupete, que como eres más mayor, ya no lo necesitas.

Ante este comentario, cualquier niño hubiera reaccionado, y él se quedaba exactamente igual. Yo le decía a mi marido...

—Este chiquillo no nos entiende.

—¿Cómo no nos va a entender?! —me decía él.

Pasadas las Navidades, Bruno retomó la guardería. Su pediatra nos dijo que podíamos volver a llevarlo. Os explico esto último; Bruno ha padecido mucho de los bronquios desde que nació. Con tres meses, estuvo ingresado muy malito y casi se nos muere, y con un añito, también lo tuvimos que volver a ingresar. Su pediatra “nos dio permiso” para que retomara la guarda, porque con todo lo del COVID quería asegurarse de que estuviera más o menos controlado para que él no corriera peligro, y ahí fue cuando empezó todo. La directora, que lo conoce desde que nació, me decía que no era el Bruno que conocía. Me hacía preguntas que en aquel tiempo no entendía, y me fui otra vez a ver a su pediatra a comentarle lo que sucedía. Me dijo que en el peor de los casos era autismo, pero que podía ser un retraso madurativo. Me pidió perdón, porque estaba tan centrada en sus bronquios, que había estado pasando por alto mis preguntas de los comentarios que me estaban haciendo. Pasé unos meses muy duros, hasta el punto que me dio

un ataque de ansiedad porque me sentía impotente al no saber ayudar a mi hijo. No sabía qué hacer, no sabía cómo gestionar..., hasta que tope con la directora del centro donde va Bruno a terapia, y empezó a guiarme. Bruno comenzó a ir al centro incluso antes del diagnóstico. Fueron meses, como he dicho, muy duros, porque dentro del autismo hay una gran variedad y no hay dos niños autistas iguales. Bruno dejó de hablar. Perdonar mi expresión, pero hace dos años era como un mueblecillo. No me dejaba contarle un cuento, no me dejaba cogerle la mano para pintar con él, no me dejaba ayudarlo, no me dejaba hacer absolutamente nada con él, y eso os puedo asegurar que para una madre es muy duro. No podía disfrutar de mi hijo.

El comienzo de las terapias fueron muy duras. Bruno tiene muchísima rigidez y eso impide todo lo que he comentado antes. Me acuerdo que le decía a su terapeuta: ¿Cómo le enseñas a un niño que no se deja?

He llorado muchísimo. Ver que llegas a casa y que no se gira para mirarte, que lo llamas y que no responde, que le hablas y es como si nada... Durante este tiempo he tenido que aguantar comentarios como: “Pena no, pero victimismo por tu hijo, sí”, “Yo no sé por qué lo llevas a tantos médicos”, “Déjalo, cada niño lleva su ritmo”, “Con lo guapo que es, y no se le nota nada”. Todo esto, claro está, es ignorancia de lo que es el autismo. No les culpo, pero esas palabras duelen como no os podéis imaginar.

He perdido a mis amistades por el camino porque no supieron entenderme. Para mí fue un golpe duro y por su parte muy egoísta, porque tanto decir “es mi sobrino” para luego, cuando realmente te hacen falta, no están. Pero después de este tiempo me he dado cuenta de que tampoco necesito tener personas que resten, sobre todo a mi hijo, porque es lo que menos necesita. He leído, escuchado y hablado con personas que entienden, profesionales que me han ayudado a comprender a mi hijo, y poco a poco he ido creciendo respecto a conocimientos sobre el autismo que me están haciendo ver y entender “el mundo” en el que se mueve mi hijo.

La maternidad es muy dura de por sí, pero ser madre de un niño autista, os puedo asegurar que es el doble de dura. Te preguntas: ¿Qué abre hecho mal? ¿Por qué yo?

Pero también, a la vez, es más gratificante, porque cada logro que consigue tu hijo es una gran victoria para ti. Te cambia tu vida por completo. Tu manera de pensar, tus objetivos marcados... Eso no te vale con un peque TEA.

Después de estos dos años, de que la neuropediatra me dijera: “No sé si tu hijo hablará, piensa en tener un hermano para que cuide de Bruno el día de mañana. Tienes que pensar en eso, porque alguien tiene que decidir por él”, de haber llorado lo más grande, de haber tocado un fondo muy oscuro, de no saber, de tener incertidumbre de lo que pasará, os puedo decir que Bruno ahora mismo es otro niño. Gracias a las terapias y al esfuerzo diario que hace y hacemos, porque en casa también “trabajo” con él, ya me deja cogerle de la mano para pintar, me deja jugar con él y puedo leerle cuentos. Cada vez hay menos pictogramas en casa, aunque si algo sale fuera de su rutina, siempre le preparo historia social para que entienda qué es lo que hará y pasará. Aunque muchas veces se sigue bloqueando.

Me da besos, me abraza, ya me dice mamá, porque al principio solo era “ma”, y está empezando a adquirir el lenguaje. Cada vez lo entiendo más y eso lleva a que su frustración haya bajado, y que su rigidez, aunque la sigue teniendo y no desaparecerá nunca, haya disminuido un poco. Empieza a entender y comprender mejor cómo funciona este mundo, porque, señores, ellos son la pieza del puzzle para que el mundo encaje, y no al contrario. Él me ha hecho ser mejor persona, ha hecho que me maraville, sobre todo esto, y aunque de vez en cuando sigo teniendo bajones, es mi motor de vida. Y aunque sé que me queda aún mucho trabajo que hacer para seguir ayudándole, verlo ahora, verlo sonreír y saber que es feliz cien por cien, me da fuerzas

para seguir adelante, porque me enseña él a mí todos los días y me da lecciones de vida. Él es puro amor. Son unos guerreros incansables. Yo he aprendido que tengo que respetar sus tiempos y sus intereses, y desde que lo comprendí, todo ha empezado a fluir.

Tanto su padre como yo, lo queremos incondicionalmente, porque eso es lo que nos enseña él, a querer sin esperar, porque nos está demostrando que sí puede, que es capaz de todo, pero siempre respetando sus tiempos, porque es lo mejor que nos ha pasado en esta vida. Ser sus padres es todo un orgullo y no cambiaríamos absolutamente nada de lo vivido con él.

Como dice su padre: ¿Qué somos? ¡Equipo!

Mi pequeño koalita, gracias por existir. Gracias por estos cinco años de amor puro.

Te quiero hasta el infinito.

Amelia Carratalá Moreno

Directora del Grupo Estímulo

Cuando estudias psicología, nadie te prepara para ver determinadas cosas. Te preparan para saber realizar una entrevista familiar perfecta, pero no para ver el sufrimiento y la impotencia de las familias.

Desde que comencé mi andadura en dos mil siete, han pasado a mi lado cientos de familias, todas ellas con problemáticas diferentes, pero todas con el mismo fin: que ayudemos a sus pequeños y pequeñas.

Fundamentalmente, nos llegan cuatro tipos de familias.

Unas con diagnósticos desde hace años, con un proceso de aceptación ya sanado, que buscan el avance de sus hijos e hijas después de dar muchas vueltas buscando orientación y ayuda.

Unas pocas que cuando se habla de esa palabra que da tanto miedo, ante la mínima posibilidad de que se puedan confirmar sus sospechas, se marchan y no vuelven más.

Otras muchas familias totalmente desorientadas, buscando explicaciones, motivos, diagnósticos... Les han dicho que sus hijos no cumplen los hitos del desarrollo por edad, que deberían hacer muchas cosas que no hacen, que deberían hablar ya, comunicarse, girarse cuando le llaman, que juegan de manera diferente, rara o paralela, que no buscan a otros niños, que hacen movimientos con las manos o los brazos cuando se excitan, etc. Familias que no saben a dónde deben de ir o qué deben hacer para saber qué les puede pasar a sus hijos. Familias que, a pesar de haber escuchado hablar de ese diagnóstico y tener sospechas de ello, no quieren que un especialista se lo llegue a confirmar nunca.

Otras con un diagnóstico reciente, metidas en un túnel negro, con un papel debajo del brazo diciendo que su hijo tiene TEA, con un sentimiento de culpa brutal, con mil dudas, con mucha incertidumbre, sin una persona de referencia que se pueda sentar con ellos, que pueda informarles sobre qué significa en Trastorno del Espectro Autista, que les orienten de qué pasos deben de seguir, qué recursos tienen a su alcance, qué ayudas económicas pueden solicitar o qué terapias van a necesitar. Familias que les lanzan a una sociedad poco empática a veces, en la que debes de ser como el resto, en la que no es capaz de incluir muchas veces a gente con necesidades diferentes, en la que “ser raro” implica dejar aislada a una persona y no aceptarla en muchos círculos.

Tras muchos años de trabajo en las espaldas, reconozco que muchas veces he llorado con ellos, y lo sigo haciendo, porque como bien decía al principio, en la carrera te enseñan a hacer una entrevista perfecta, pero impersonal. Al final, vencen tus sentimientos, empatizas con las familias, sientes su dolor y ya no eres la estudiante tan perfecta que te enseñaron en la carrera ni tan profesional como vendían que debías serlo. Sientes la impotencia que sienten ellos, no entiendes por qué no se les tiende una mano, por qué no se les facilita toda la burocracia, por qué no se le informa de las ayudas que pueden solicitar para ayudar a sus hijos. En definitiva, por qué la gente no es un poco más humana.

Quiero aprovechar esta carta para rogar a las administraciones públicas que protejan a estas familias, que piensen en ellas, que se pongan en su lugar, que les den más recursos, que les

orienten y asesoren, que no les pongan tantas trabas para todo. Estas familias solo quieren que sus hijos e hijas sean felices, como queremos cualquier padre o madre para los nuestros.

Montse Sánchez

Presidenta de asociación Movimiento Azul Y Mamá de Iago y Edgar

El autismo transforma el mundo, la mirada hacia al mundo, lo que el mundo significa. La relación con las demás personas, la relación con el resto de la familia y amigos, con tu pareja, con tus otros hijos, contigo mismo.

Siempre digo que el autismo ha sacado lo mejor de mí pero en muchas ocasiones, también lo peor.

Soy Montse, mamá de dos niños con autismo, Iago y Edgar, en diferentes grados, severo y leve, respectivamente.

El diagnóstico de autismo puede abrir un mundo completamente nuevo para ti y tu familia. Como padres de un niño diagnosticado con autismo, uno de los mayores desafíos personales es lidiar con la preocupación y el dolor que sentimos con respecto al diagnóstico de nuestros hijos. Nos invaden los temores, las preguntas, el futuro...

Yo me sentí muerta en vida..., pero tocaba remontar.

Después de luchar con todas las emociones que supone ese cambio de vida, llega la etapa de aceptación, que es donde verdaderamente se aprende a manejar el problema.

Este proceso es doloroso, una vez que aceptas el diagnóstico de tu hijo y la realidad de tu familia, ese dolor se puede transformar, y en su lugar aparece un vínculo fuerte e inquebrantable con la nueva realidad, es cuando finalmente aceptas que no vale la pena permanecer en ese estado anímico por algo que no puedes cambiar. Estar bien contigo mismo es lo más importante, nos necesitan con una estabilidad emocional que les pueda transmitir calma, así fluirá el día a día con más sosiego y serás capaz de ver sus avances.

Recuerda... no permanezcas más de lo necesario en un estado cuando lo que lo originó, no tiene remedio.

Tras pasar el duelo de dos diagnósticos, sentí la necesidad de compartir mi experiencia para sobre todo apoyar a esas familias que inician el camino y hacerles entender que no están solas. No quería que nadie más pasara el dolor y el sentimiento de abandono que yo sentí.

Creé la Asociación sin ánimo de lucro Movimiento Azul con la idea de crear un espacio para dar visibilidad al autismo, ayudarnos entre todos a digerir el diagnóstico, encontrar herramientas, consejos, apoyo tanto logístico como emocional. Soy de las que piensa que estamos de paso y hay que dejar huellas bonitas.

Hace que las noches no sean tan largas, pensar que poner acción para poder ayudar a otras familias es el gran canal de alimentación y oxígeno en nuestro día a día. La satisfacción de tener enfrente a alguien que verdaderamente te entiende, no tiene precio.

Esto es una carrera de fondo, en la cual te vas encontrando otros corredores quienes te ofrecen sus consejos, igual que puedo hacer yo... Ser padres no es fácil, lo estáis haciendo bien, no sé de dónde sacamos la fuerza. Bueno, sí lo sé... Ver su alegría, sus risas espontáneas, sentir su amor...; eso es lo que nos da el aliento que en ocasiones tanta falta hace.

Los años pasan, las situaciones se complican, y la madurez te hace revalorizar tu tiempo. Es lo más valioso que tenemos. Nuestros hijos se merecen tiempo, pero de calidad.

No debemos descuidar eso, nuestra salud mental es tan importante como el que nuestros hijos tengan una buena atención. Es una rueda.

Llegó el momento de comprender que hay que desconectar, que debemos recordarnos la persona que somos y no por eso somos peores padres.

Buscar una vía de escape, de ser tu mismo, drenar emociones negativas... Para mí, el deporte es mi gran aliado. No, no es la solución, porque no la tiene, pero es lo que da energía para poder continuar el camino.

Orgullosa de conocer esta vertiente de la vida, me ha hecho sentir una parte de mí que no conocía, pero, sobre todo, me ha enseñado a mirar en el interior de las personas maravillosas que me ha ofrecido el mundo del autismo y sentir el buen corazón.

Recuerda que el autismo no define quién es tu hijo. Él siempre será mucho más que eso.

No estás solo.

Yeya Villa Montiel

Mamá de Adán

El autismo llegó a mi vida en el peor momento para golpearme tan duro que a veces creía que no podría levantarme.

Adán nació el veintisiete de enero del dos mil dieciocho, trece días después de la muerte de mi hermano. El momento más feliz de mi vida se convirtió en el más amargo, pero cuando nació él, todo empezó a endulzarse. Año y medio después, Adán empezó a experimentar síntomas de retroceso que coincidieron con el cáncer que le diagnosticaron a mi madre y por el que estuvimos siete meses en el hospital, para finalmente fallecer días antes del cumpleaños de Adán.

Justo cuando cumplió los dos años, me puse manos a la obra, pensando que había que enfrentar una depresión infantil, no autismo. Cuando escuché la palabra autismo, dentro de mí supe que, aunque no quería que fuera cierto, esa era nuestra realidad.

Un mes después, vino la pandemia. Para todo el mundo fue una cárcel, pero para nosotros fue sanador por todo el tiempo que pudimos dedicarnos. Me costó mucho aceptar y hablar del tema sin llorar, pero un día empecé a ver a mi hijo y no tanto su autismo. Ahí empecé a ser feliz.

Hoy por hoy, Adán tiene cinco años y medio. Estoy completamente enamorada y orgullosa de él; no imagino otro tipo de hijo en mi vida. Hay una frase que para mí es un lema de vida que dice: Que ver lo bueno sea prioridad, cuando la vida te golpea con la realidad.

Soy una madre y esposa de personas con autismo y no puedo ser más feliz.

Andreia Lopes

Resignificar

La rutina ya no es más la misma, el humor varía cada día, las prioridades cambian, la percepción del tiempo es otra y las relaciones cambian por completo. Así empecé mi largo viaje en la maternidad atípica, un viaje mayormente solitario, con muchos frentes abiertos y con un deseo claro: que al final de todo, hayan merecido la pena todas las luchas y esfuerzos.

En este camino aprendí que la culpa, la frustración y el miedo van de la mano, y que también existen momentos de tristeza absoluta y una gran nostalgia. Es perderme y volver a encontrarme día tras día, es cansancio extremo, es impaciencia, es responsabilidad saliendo por mis poros, es lidiar con infinitas barreras, es sentir que no encajo en ningún sitio, es caótico a veces, pero sé que ese torbellino de sentimientos y acontecimientos son parte del proceso para darle un nuevo sentido a mi maternidad.

Sí, soy mamá de dos niñas de seis años con autismo, y desde hace cuatro años intento resignificar mi maternidad y lidiar con ella de una manera más amena pese a los momentos difíciles y la gran incertidumbre que asola mi ser. Sigo aprendiendo con el tiempo que soy la mamá que Laura y Amaia necesitan tener, pues ellas son dos niñas maravillosas que me enseñan cada día a ser una persona mejor.

En este proceso, no todo son sombras. Hay días preciosos de misión cumplida, hay sonrisas, hay cariños y abrazos, hay caricias memorables, y también mucha vibración por cada pequeño paso logrado por ellas. Estoy aprendiendo a resignificar mi maternidad, pero sin pelearme con ella. Creo que se trata de aceptarla y pulirla cada día un poco más.

Sé que soy una buena madre para mis hijas y que me esfuerzo muchísimo para que no les falte lo esencial: mi amor, mi paciencia, mi presencia y mi fe inquebrantable.

Estoy segura de que resignificar la maternidad es hacer las paces conmigo misma y entender que no todo son flores, pero aún hay flores en el camino; es aceptar las dos caras de la moneda; es ejercer la maternidad desde un lugar más consciente y también agradecer, pues me ha dado las lecciones más duras y, a la vez, más preciosas de amor incondicional, perseverancia, resiliencia y de mantenerme firme ante la adversidad.

Estoy conociéndome mejor; ahora sé de lo que soy capaz. Veo con más claridad las cosas que de verdad importan, y el autismo, aunque intente arrebatarme las lecciones positivas de nuestro cotidiano, no será capaz, pues seguiré luchando por ellas hasta mi último aliento, como todas las madres que sueñan con lo mejor para sus hijos.

COLABORACIONES

Querido lector:

En primer lugar, quiero felicitarte por tu interés en aprender más sobre el autismo a través de esta valiosa autobiografía. La comprensión y la empatía son fundamentales para construir un mundo más inclusivo y acogedor para las personas en el espectro del autismo.

Si en algún momento sientes la necesidad de obtener más información, apoyo o recursos relacionados con el autismo, te animo a explorar las numerosas fuentes disponibles en línea.

Para nuestros lectores de Sudamérica, es importante mencionar que pueden consultar también en centros y organizaciones locales de sus países, ya que existen numerosos recursos y redes de apoyo en la región. Los profesionales de la salud y terapeutas especializados en autismo también están disponibles en diferentes países de Sudamérica para brindar asesoramiento y apoyo.

Aquí te dejo algunas asociaciones y grupos de terapia de España que han colaborado.

Grupo Estímulo (Asociación Neurodes)
TERAPIA, PSICOLOGÍA, ATENCIÓN TEMPRANA, ETC.
Avd./ El Vedat, 140
46900, Torrent (Valencia)
Tlf: 610825481
Instagram [@grupoestimulo](https://www.instagram.com/grupoestimulo)
www.grupoestimulo.com

Asociación Adisto
c/ La Marina, 1
46900, Torrent (Valencia)
Tlf: 961292745
Instagram [@adistotorrent](https://www.instagram.com/adistotorrent)
www.adisto.org

Autismo Córdoba
ASOCIACIÓN
Avd./ Vía Augusta 1 y 3
14011, Córdoba
Tlf: 670549178 / 957492527
Instagram [@autismocordoba](https://www.instagram.com/autismocordoba)
www.autismocordoba.org

Autismo Sevilla
ASOCIACIÓN
Avd./ del Deporte, s/n

41020, Sevilla
Tlf: 954405446
Instagram [@autismo_sevilla](#)
www.autismosevilla.org

Autismo Burgos
ASOCIACIÓN
C/ Vadenuñez, 8
09001, Burgos
Tlf: 947461243
www.autismoburgos.es

Asociación Gueopic
ASOCIACIÓN Y FUNDADORES DE UNA APP DE PICTOS
C/ Jacint Verdaguer, 94
08750, Molins de Rei (Barcelona)
Tlf: 638085032
Instagram [@gueopic](#)
www.gueopic.com

Espacio Autismo
INTERESANTE BLOG DE NOTICIAS E INFORMACIÓN
Instagram [@espacioautismo](#)
www.espacioautismo.com

Movimiento Azul
ASOCIACIÓN SIN ÁNIMO DE LUCRO
Instagram [@movimientoazul2019](#)
www.movimientoazul.com